



Reconocimiento - No Comercial - Compartir Igual - Sin restricciones adicionales

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Usted puede distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir del documento original de modo no comercial, siempre y cuando se dé crédito al autor del documento y se licencien las nuevas creaciones bajo las mismas condiciones. No se permite aplicar términos legales o medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier cosa que permita esta licencia.

Referencia bibliográfica

Villena, J. (2007). *El Dualismo Esquema-Contenido*. [Tesis para optar el grado de Licenciado en Filosofía]. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Facultad de Letras y Ciencias Humanas. Unidad de Pregrado.

REPOSITORIO DIGITAL DE TESIS DE LA BIBLIOTECA DE LETRAS DE LA UNMSM

Autor

Joseph David de Jesús Villena Saldada

Título

El Dualismo Esquema-Contenido

**País de
publicación**

Perú

**Fecha de
publicación**

2007

**Tipo de
publicación**

Tesis de licenciatura

Idioma

Español

Resumen

La tesis explora el dualismo esquema-contenido, analizando su crítica desde el empirismo lógico hasta su rechazo definitivo por Davidson. El capítulo I presenta la evolución del Círculo de Viena y sus teorías sobre el significado. El capítulo II examina la crítica de Quine al empirismo tradicional, centrada en la analiticidad y el reduccionismo. El capítulo III desarrolla el holismo confirmacional, la indeterminación de la traducción y otros aspectos de la filosofía quineana. El capítulo IV introduce la teoría del significado de Davidson basada en Tarski, y el capítulo V concluye con el rechazo al dualismo esquema-contenido y su insuficiencia lógica.

Palabras clave

Dualismo; Esquema; Contenido; Crítica.

Campo del conocimiento del OCDE

Filosofía

Tipo de trabajo de investigación

Tesis

Nombre del grado

Licenciatura

Grado académico

Licenciatura en filosofía

Institución que otorga el grado

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS

(Universidad del Perú, Decana de América)

Facultad de Letras y Ciencias Humanas

EL DUALISMO ESQUEMA-CONTENIDO

Tesis presentada por el Bachiller Joseph David de Jesús Villena Saldaña
para optar el Título Profesional de Licenciado en Filosofía

Lima, 2007

A Cartesius, *sine qua non*

Es gibt... keine prinzipiell unbeantwortbaren

Fragen, keine prinzipiell unlösbaren Probleme.

*[No hay preguntas que en principio sean incontestables, ni
problemas que en principio sean insolubles.]*

Moritz Schlick. "Die Wende der Philosophie," p. 7

καὶ γνῶσεσθε τὴν ἀλήθειαν, καὶ ἡ

ἀλήθεια ἐλευθερώσει ὑμᾶς.

[Y conoceréis la verdad,

Y la verdad os hará libres.]

Juan, 8:3.

ÍNDICE



Introducción	6
Capítulos	
I. Empirismo lógico	19
1. El Círculo de Viena	20
2. Significado	31
2. 1. Verificación	33
2. 2. Confirmación	38
II. Los dos dogmas del empirismo	43
1. Analiticidad	44
2. Reduccionismo	50
III. Empirismo sin dogmas	55
1. Holismo confirmacional	56
2. Indeterminación de la traducción	60
3. Inescrutabilidad de la referencia	64
4. Relatividad ontológica	67
5. Naturalismo	70
IV. Hacia la eliminación del empirismo	76
1. Teoría de la verdad <i>qua</i> teoría del significado	77
2. Teoría de la verdad <i>qua</i> teoría de la interpretación	85
V. El tercer dogma del empirismo	92
1. Esquema	94
2. Dualismo esquema-contenido	99
3. Contenido	105

Conclusiones	113
Bibliografía	120

INTRODUCCIÓN

De alguna manera, aunque más implícita que explícita, hay un *dictum* de Immanuel Kant que a estas alturas de la historia es bastante conocido e influyente en diversas disciplinas y contextos. Tal afirmación reza: “Los pensamientos sin contenido son vacíos; las intuiciones sin conceptos son ciegas”¹. Según esto, sería necesario hacer sensibles los conceptos, o, lo que es lo mismo, añadirles el objeto en la intuición, y al mismo tiempo hacer inteligibles las intuiciones, esto es, someterlas a los conceptos. Kant presenta, pues, a los objetos como construcciones producto de la unión entre la receptividad de la sensibilidad y la espontaneidad del entendimiento. En sus propias palabras: “Ni el entendimiento puede intuir nada, ni los sentidos pueden pensar nada. El conocimiento únicamente puede surgir de la unión de ambos. Mas no por ello hay que confundir su contribución respectiva. Al contrario, son muchas las razones para separar y distinguir cuidadosamente una de otra”². En efecto, esta distinción entre sensibilidad, por un lado, y entendimiento, por otro, es primordial e imprescindible para el proyecto crítico y filosófico de Kant, pues en ella se funda la Doctrina Trascendental de los Elementos, núcleo cuantitativo y cualitativo, así como primera de las dos únicas partes de su obra magna, la *Crítica de la razón pura*. Sin la distinción entre sensibilidad, en

¹ Immanuel Kant, *Crítica de la razón pura*, Trad. de Pedro Ribas, Madrid, Alfaguara, 1994; A 51/ B 75.

² *Ibid.*, A 51/ B 75s.

virtud de la cual se nos *dan* los objetos, y entendimiento, en virtud del cual los *pensamos*, no habría sido posible la Estética Trascendental, en tanto ciencia de las reglas de la sensibilidad, ni la Lógica Trascendental, en tanto ciencia de las reglas del entendimiento. Recuérdese: “Los pensamientos sin contenido son vacíos; las intuiciones sin conceptos son ciegas”³. La sensibilidad da formas, el entendimiento, reglas. No en vano la Deducción Trascendental de las Categorías o Conceptos Puros del Entendimiento termina afirmando que:

El entendimiento no es, pues, una mera facultad destinada a establecer leyes confrontando fenómenos, sino que él mismo es la legislación de la naturaleza. Es decir, sin él no habría naturaleza alguna, esto es, unidad sintética y regulada de lo diverso de los fenómenos. En efecto, estos no pueden, en cuanto tales fenómenos, existir fuera de nosotros. Existen sólo en nuestra sensibilidad.⁴

Éste, en su formulación pristina, y, acaso, de mayor autoridad, y, por tanto, dirían algunos, de mayor verosimilitud, es el dualismo esquema-contenido: sensibilidad y entendimiento.

Las consecuencias metafísicas y epistemológicas de una concepción semejante de la mente y el conocimiento son inmediatas: idealismo trascendental, el expresado en la última cita – sin entendimiento no habría naturaleza alguna, entendida como unidad sintética y regulada de lo diverso que se da en la intuición – y relativismo conceptual, una doctrina que se declara continuadora de Kant, y que fue hecha conocida por Herder y Humboldt entre los siglos XVIII y XIX, llegando hasta el XX a través de las tesis antropológicas y lingüísticas de Sapir y Whorf y filosófico-científicas de Kuhn y Feyerabend, sólo para mencionar algunos de los numerosos representantes del relativismo conceptual contemporáneo. Las variantes son muchas, pero todas, sin embargo, compartirían un mismo espíritu, a saber, el rechazo del

³ Ver nota 1.

⁴ *Ibid.* A 126s. (Agradezco a Luis Piscocoya por sus observaciones referentes a este pasaje.)

...dogma impuesto por la larga hegemonía postilustrada en el pensamiento occidental, que se puede resumir brevemente de la siguiente forma: existe un mundo exterior, cuyas propiedades son independientes de cualquier ser humano individual e incluso de la humanidad en su conjunto; dichas propiedades están codificadas en leyes físicas "eternas," y los seres humanos pueden obtener un conocimiento fidedigno, aunque imperfecto y tentativo, de estas leyes ateniéndose a los procedimientos "objetivos" y las restricciones epistemológicas prescritos por el (así llamado) método científico⁵.

Dicho brevemente, el relativismo conceptual es la idea de que *la verdad es relativa a un marco o esquema de conceptos en particular*, a uno de los muchos esquemas alternativos e inconmensurables entre sí, cuya elección no se ciñe a criterios racionales ni sustantivos, y que, según el primer Kuhn, el Thomas S. Kuhn de *La estructura de las revoluciones científicas*, se asemeja a una conversión religiosa basada en la fe⁶.

La especie de relativismo conceptual más difundida hoy por hoy es la lingüística, de acuerdo con la cual las lenguas pasan a ser el sistema de categorías (esquema) que organizan la experiencia sensible (contenido). El relativismo lingüístico es también una especie de determinismo lingüístico. En este sentido, Sapir sostiene que el "mundo real" es consecuencia inconsciente de los usos lingüísticos de la comunidad a la que pertenecemos y que "los mundos en los que viven las diferentes sociedades son mundos distintos, no meramente el mismo mundo con diferentes etiquetas"⁷. A una con esto, Whorf, el otro propugnador del relativismo lingüístico, señala que "el mundo es presentado en un flujo caleidoscópico de impresiones que tiene que ser organizado en nuestras mentes – y esto significa en su mayoría por los sistemas lingüísticos en

⁵ Alan Sokal, "Transgredir las fronteras: Hacia una hermenéutica transformadora de la gravedad cuántica" en Alan Sokal y Jean Briemont, *Imposturas intelectuales*, Barcelona, Paidós, 1999, pp. 231-274; p. 231s.

⁶ Cf. Thomas S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, México D. F., F. C. E., 1985; p. 244.

⁷ Edward Sapir, "The Status of Linguistics as a Science" en David G. Mandelbaum (ed.), *Selected Writings of Edward Sapir in Language, Culture and Personality*, Berkeley, University of California Press, 1949, pp. 160-168; p. 162.

nuestras mentes”⁸. De este modo, la tarea del lingüista y el antropólogo, y, por añadidura, del historiador de la ciencia y el sociólogo del conocimiento, es aislar lo dado en la experiencia (contenido/materia) de aquello que nosotros introducimos para organizarlo vía la lengua o la ideología (esquema/forma). Éste, en su formulación contemporánea, es el dualismo esquema-contenido.

El presente trabajo tiene como objeto prioritario ofrecer insumos que sirvan para considerar y someter a discusión las conclusiones epistemológicas y metafísicas que se desprenden de la semántica veritativo-condicional davidsoniana, a saber, postular la necesidad de la caridad como principio de orden trascendental para la interpretación del discurso y la negación del error global junto con la imposibilidad de dar sentido a la existencia de esquemas conceptuales totalmente distintos o inconmensurables. Esta última es la tesis relativista fundada en el dualismo esquema-contenido, al cual, Donald Davidson identifica con el tercer dogma del empirismo, aquello que precisamente era condición de posibilidad de los dos primeros dogmas señalados por Quine: la analiticidad y el reduccionismo.

La crítica de Quine es conocida. Desde el *Essay* de John Locke hasta el *Aufbau* de Rudolf Carnap, el empirismo moderno se habría erigido sobre estas dos creencias mal fundadas⁹. Quine, autoproclamado empirista sin dogmas, pragmatista verdadero, naturalista, conductista, así como continuador de la obra del filósofo John Dewey, considera a ambas creencias meros artículos de fe. A su juicio, la noción de analiticidad en juego, no obstante cuán familiar nos resulte, no se puede hacer inteligible, y, por tanto, emplearla carece de justificación racional. Pues, de apelarse a nociones como las

⁸ Benjamin Lee Whorf. “Science and Linguistics” en John Carroll (ed.), *Language, Thought and Reality: Selected Writings of Benjamin Lee Whorf*, Cambridge, Massachusetts, The M.I.T. Press, 1956, 207-219; p. 213.

⁹ Cf. Willard Van Orman Quine, “Dos dogmas del empirismo” en su *Desde un punto de vista lógico*, Barcelona, Ariel, 1962; pp. 49-81. Además, cf. John Locke, *An Essay Concerning Human Understanding*, Oxford, Clarendon Press, 1987, y Rudolf Carnap, *La construcción lógica del mundo*, México D. F., U. N. A. M., 1988.

de autocontradicción, significado, definición, sinonimia, e, inclusive, a la de reglas semánticas, para dar cuenta de la analiticidad, se incurriría en una explicación incompleta, ya que aquellas nociones necesitan ser aclaradas tanto como ésta. El dogma del reduccionismo, por su lado, depende del dogma de la analiticidad. En efecto, la distinción entre enunciados analíticos y sintéticos auspicia el establecimiento de una teoría verificacionista del significado, según la cual, los enunciados sintéticos, al reducirse cada uno a cuestiones de hecho, es decir, en último término a datos particulares de la experiencia sensible inmediata, pueden ser confirmados o disconfirmados cada uno mediante la contrastación y el experimento.

En palabras de Quine, el conjunto de ciencias configurarían, de algún modo, una especie de red humana que cubre la experiencia del mundo, y en cuya periferia el empirista dogmático ubica los enunciados sintéticos confirmables o disconfirmables en aislado, y al centro de la red, distante de los hechos, y sin relación con ellos, los enunciados analíticos como tautologías vacías y enunciados confirmables *ipso facto*.¹⁰ Es necesario que una vez descartada por ininteligible la distinción entre analítico y sintético, se descarte también la teoría verificacionista del significado, versión sutil del reduccionismo empirista, y que el paso hacia el holismo y la infradeterminación sea inminente.

La crítica quineana ha minado el programa empirista del positivismo lógico. Es más, se presume que de un trazo lo haya destruido de una vez y para siempre. Bajo una interpretación peculiar de la parábola del marinero que reconstruye su barco mientras navega en él¹⁰, Quine sugiere no insistir más en la deducción de la ciencia a partir de datos observacionales y una reducción logicista, y propone, a su vez, una nueva agenda

¹⁰ Formulada por Otto Neurath, su autor, la parábola es la siguiente: "Wie Schiffer sind wir, die ihr Schiff auf offener See umbauen müssen, ohne es jemals in einem Dock zerlegen und aus besten Bestandteilen neu errichten zu können" (Somos como navegantes que tienen que transformar su barco en alta mar, sin desmontarlo jamás en un dique para poder construirlo de nuevo con los mejores componentes). Otto Neurath, "Proposiciones protocolares" en A. J. Ayer (comp.), *El positivismo lógico*, pp. 205-214; p. 206s.

para la epistemología, naturalizada y libre ya del fundamentalismo asociado a su presunto carácter de filosofía primera. La tarea es quizá la misma: entender el vínculo entre observación y ciencia. Pero el método es diametralmente opuesto. Para Quine, deshechos los dogmas de la analiticidad y el reduccionismo, así como la posibilidad de construir un edificio lógico que explique la relación entre enunciados observacionales, experiencia y el corpus científico, no habría peligro alguno de incurrir en un razonamiento circular si se utiliza la información que brinda la psicología empírica, una entre tantas ciencias, para dar cuenta de *cómo* es aprendida y se desarrolla la ciencia misma, en tanto práctica y conocimiento de animales humanos finitos¹¹. Este programa manifiestamente holista, y exhibiendo como corolarios las tesis de la inescrutabilidad de la referencia, la indeterminación de la traducción, la infradeterminación de la teoría, y la relatividad ontológica¹², se ha impuesto como paradigma de investigación dominante dentro de la filosofía analítica en los últimos cincuenta años, sea de manera ortodoxa o heterodoxa, pues el desencanto con respecto del positivismo lógico es un sentimiento generalizado en los sectores más amplios de esta comunidad, y la reacción en su contra va desde las moderadas, como las que formulan, entre otros, Donald Davidson y Hilary Putnam, hasta las extremas formas de relativismo conceptual o cultural como las de Norwood Hanson, Paul Feyerabend, Thomas Kuhn y el conocido Richard Rorty¹³.

Una filosofía sugerente, y, hasta cierto punto, iconoclasta y nihilista, como la de Quine invita, por supuesto, a consecuencias tales, pero, también, a su propio descrédito, y, aun, a su misma refutación.

¹¹ Cf. Willard Van Orman Quine, "Naturalización de la epistemología" en su *La relatividad ontológica y otros ensayos*, Madrid, Tecnos, 2002, pp. 93-119; p. 101ss. y Willard Van Orman Quine, "Cinco hitos del empirismo" en su *Teorías y cosas*, México D. F., U. N. A. M., 1986; pp. 87-93.

¹² Cf. Willard Van Orman Quine, "On What There Is" en *Review of Metaphysics*, Vol. 2, N° 5, 1948, pp. 21-38, y Willard Van Orman Quine, "Hablando de objetos" y "Relatividad ontológica" en su *La relatividad ontológica y otros ensayos*, pp. 13-41 y 43-91, respectivamente.

¹³ Cf. Norwood R. Hanson, *Observación y explicación*, Buenos Aires Paidós, 1979; Paul K. Feyerabend, *Límites de la ciencia: explicación, reducción y empirismo*, Barcelona, Paidós, 1989; Kuhn, *Op. Cit.*; Richard Rorty, *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1983; y Richard Rorty, *Consecuencias del pragmatismo*, Madrid, Tecnos, 1996.

Entendámonos.

Quine pinta el cuadro de la ciencia como un campo de fuerzas cuyas condiciones límite son la experiencia, y afirma que ninguna en particular se encuentra conectada con un enunciado particularizado dentro de este campo, excepto mediante "consideraciones de equilibrio" que, afectando el campo como un *todo*, permiten elegir a voluntad qué enunciados someter a reajuste cuando aquélla se presenta a manera de ejemplo en contrario para la teoría del caso. Cualquier enunciado podría ser, por tanto, confirmado, y, por lo mismo, también disconfirmado. Así, resulta engañoso hablar del *contenido* empírico de un enunciado *singular*, y absurdo buscar un límite entre enunciados sintéticos y analíticos¹⁴. En tanto instrumentalista, Quine piensa que la función de lo que llama *esquema conceptual* de la ciencia se reduce a la de simple utensilio predictivo apoyado en la experiencia pasada, y, lo que *parece ser* más sorprendente, que los objetos físicos que constituyen su ontología, tanto los macroscópicos como los microscópicos, así como las fuerzas de la naturaleza, las clases y funciones matemáticas, son importados como "postulados culturales" (*cultural posits*) tan sólo a causa de su conveniencia, al igual que Homero importa los dioses del Olimpo para dar estructura y sentido a sus poemas. La doctrina de Quine, acaso en su símil más célebre, llega a postular que entre los objetos de la ciencia y los dioses de Homero la diferencia es de grado y no de tipo epistemológico. Pues encuentra obvio, que, en su condición de instrumento, la creencia en objetos físicos permite un trabajo más productivo y redituable que el que se obtendría de utilizar la creencia en dioses para explotar el mundo¹⁵.

¿Pero cuán libre de prejuicios y dogmas resulta esta nueva concepción empirista?

¹⁴ Cf. Willard Van Orman Quine, "Contenido empírico" en su *Teorías y cosas*, pp. 37-44.

¹⁵ Cf. Quine, "Dos dogmas del empirismo," p. 79.

Es propósito del presente trabajo trazar en detalle el desarrollo de una teoría filosófica que, asumiendo como válida la parte negativa de la crítica quineana del empirismo tradicional, desemboca en una crítica de lo más radical que hay en su parte positiva, es decir, del relativismo conceptual generado por no advertir dentro de sus premisas la presencia de un tercer dogma: el dualismo esquema-contenido. La teoría aludida se encuentra en la obra dispersa del filósofo naturalista Donald Davidson, estudiante de Quine recientemente fallecido.

Es cierto: la empresa de Davidson es tal vez más modesta que la de su mentor. Esto se revela ya en el hecho de que, a diferencia de Quine, nunca expuso su pensamiento en un tratado sistemático, sino a través de numerosos artículos a lo largo de cinco décadas y terminados de compilar hace menos de dos años, en mayo de 2005, cuyas tesis, aunque imbricadas entre sí, son muchas veces redundantes, y, por momentos, hasta incompletas¹⁶.

Preocupado desde el inicio de su carrera por explicar la estructura de la racionalidad humana¹⁷, y considerando a los seres humanos como animales lingüísticos y finitos, Davidson ha querido hacer inteligible la naturaleza de la acción y de los lenguajes naturales, así como – asumiendo la composicionalidad como característica necesaria de estos lenguajes – esclarecer el concepto ordinario de significado y no reconstruirlo como pretendió Quine. Pues poseer un lenguaje sería, finalmente, tener la capacidad de interpretar o conocer el significado de las palabras de un otro, y hablar de

¹⁶ La referencia es a la publicación del quinto tomo de sus ensayos filosóficos, y a un volumen complementario editado por Harvard University Press. Cf. Donald Davidson, *Truth, Language, and History*, Nueva York, Oxford University Press, 2005; y Donald Davidson, *Truth and Predication*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2005. Aunque la literatura exegética que ha despertado Davidson es abundante, a pesar de la relevancia de su filosofía no se ha podido escribir sino hasta hace fecha reciente un estudio comprehensivo en dos volúmenes de su obra. Cf. Ernest LePore y Kirk Ludwig, *Donald Davidson: Meaning, Truth, Language and Reality*, Nueva York, Oxford University Press, 2005; y Ernest LePore y Kirk Ludwig, *Donald Davidson: Truth-Theoretic Semantics*, Oxford, Oxford University Press, 2005.

¹⁷ Cf. Donald Davidson, Patrick Suppes y S. Siegel, *Decision Making: An Experimental Approach*, Stanford, Stanford University Press, 1957.

modo que uno mismo sea interpretable para él. El programa semántico de Davidson se realiza en la construcción de una teoría composicional del significado para lenguajes naturales basada, con las modificaciones del caso, en el modelo teórico de definición de la verdad que Alfred Tarski instituyó para lenguajes formales¹⁸. La prueba empírica que deberá afrontar esta teoría para ser validada como tal pasa por hacer las veces de teoría de la interpretación radical mediante la que un sujeto ignorante de la lengua y actitudes proposicionales de otro, pero asido de la facultad de reconocer sus asentimientos como evidencia, llegue a conocer el significado de las expresiones en un inicio arcanas de aquél. Una consecuencia de este enfoque es postular la necesidad de la *caridad* como principio de orden trascendental para la interpretación del discurso; y otra, implicada por ésta, y por la posición de tercera persona que asumiría el intérprete radical, y el consiguiente rechazo del empirismo que excluye el carácter social y unificado del conocimiento empírico, es la negación del error masivo junto con la existencia de “esquemas conceptuales” totalmente distintos, o “incomensurables,” si se ha de utilizar la expresión introducida por Kuhn y Feyerabend para dar cuenta de su relativismo.

Los siguientes capítulos pretenden describir con minuciosidad la compleja línea argumentativa, que del empirismo lógico y Quine, pasa a través de Davidson, quien no obstante suscribir la inescrutabilidad de la referencia y la indeterminación de la interpretación¹⁹, pone al descubierto como propias de la doctrina de un empirista dogmático las consecuencias relativistas y escépticas que se desprenden de los principios de la filosofía de Quine.

¹⁸ Cf. Alfred Tarski, “The Concept of Truth in Formalized Languages” en su *Logic, Semantics, Metamathematics*, Oxford, Clarendon Press, 1956; pp. 152-278.

¹⁹ Cf. Donald Davidson, “The Inscrutability of Reference,” En sus *Inquiries into Truth and Interpretation*, 2da ed., Nueva York, Oxford University Press, 2001, pp. 227-241; p. 227s.

El capítulo I bosqueja las principales posturas del empirismo lógico. La primera sección narra la historia del Círculo de Viena y la segunda describe las visiones cambiantes sobre el significado que se sucedieron en las diferentes fases del Círculo.

El capítulo II aborda la parte negativa de la crítica quineana del empirismo tradicional, mostrando en detalle sus argumentos en contra de los así llamados dogmas del reduccionismo y la analiticidad.

El capítulo III aborda la parte positiva de la filosofía de Quine lógicamente dependiente del rechazo de los dos dogmas del empirismo tradicional. Se divide en cinco secciones que estudian el holismo confirmacional, la indeterminación de la traducción, la inescrutabilidad de la referencia, el relativismo ontológico y el naturalismo, respectivamente. A través de estas tesis, Quine supone presentar una versión remozada del empirismo, libre de dogmas y ambiciones fundamentalistas.

El capítulo IV propone las bases teóricas necesarias para hacer comprensible y legítima la eliminación del empirismo llevada a cabo por Davidson. La primera sección ofrece una teoría del significado que, tomando como modelo la convención V de Tarski, explica el funcionamiento de un lenguaje natural. La segunda sección, insistiendo en el modelo tarskiano, contrasta esta teoría mediante la construcción de una teoría filosófica sobre la interpretación radical que más tarde sirva para argumentar en contra del tercer dogma del empirismo y sus consecuencias relativistas y escépticas.

El capítulo V aborda de lleno la crítica de Davidson en contra del tercer dogma del empirismo, teniendo como resultado el rechazo de toda forma de empirismo que no sea trivial o inocua. Sostener el dualismo esquema-contenido se revela como algo irracional al resultar lógicamente imposible otorgarle algún tipo de justificación. La primera sección analiza el concepto de esquema. La segunda sección hace lo propio con

la relación entre esquema y contenido, y la tercera con la noción de contenido inserta en la teoría proximal del significado y la evidencia defendida por Quine.

Finalmente, ofrezco las conclusiones a las que arribé en la elaboración de esta tesis²⁰.

Antes de pasar a los contenidos mismos del trabajo, quisiera dejar registro de las personas e instituciones que, de alguna manera, contribuyeron a su desarrollo. La ayuda recibida ha cobrado múltiples y variadas formas, extendiéndose a lo largo de los últimos seis años, los cinco que comprendieron mi formación como estudiante de pregrado y el último, el 2006, como alumno de maestría. En este sentido, la motivación filosófica parte de las aireadas discusiones sostenidas en torno a *La estructura de las revoluciones científicas* de Thomas S. Kuhn en el curso de Seminario de Epistemología durante el periodo 2003-II. Agradezco a Marino Llanos por su paciencia y ocasional, aunque no infrecuente, mordacidad de buen polemista. El resultado de este trabajo indica que, no obstante mi orgullo (cosa que hoy tengo por lo más inútil en filosofía), logró convencerme.

La investigación empieza con el penetrante estudio de la Deducción Trascendental de las Categorías que Dante Dávila me encargó realizar para exponer en, al menos, dos sesiones completas del seminario dedicado a la *Crítica de la razón pura*. Este proceso se extiende hasta llegar al par de seminarios que cursé en mi último año de

²⁰ Por cuestiones de espacio, no entro en la discusión que John McDowell ha puesto sobre el tapete durante la última década en relación con su peculiar interpretación del dualismo esquema-contenido y su rechazo del coherentismo de Davidson, quien afirma que, aunque la experiencia cause las creencias, su rol epistemológico no es prioritario, pues sólo una creencia puede justificar otra creencia. McDowell, descartando por paradójico el dualismo esquema-contenido, sostiene que la experiencia, en tanto inseparable del reino de lo conceptual, justifica las creencias. La explicación de McDowell sobre la relación de los pensamientos y el mundo es tributaria de la crítica al Mito de lo Dado y los *sense data* efectuada por Wilfrid Sellars. Cf. John McDowell, *Mind and World*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1996; John McDowell, "Scheme-Content Dualism and Empiricism" en Lewis Edwin Hahn (ed.), *The Philosophy of Donald Davidson*, The Library of Living Philosophers, Vol. XXVII, La Salle, Illinois, Open Court, 1999, pp. 87-104; Wilfrid Sellars, "Empiricism and the Philosophy of Mind" en Herbert Feigl y Michael Scriven (eds.), *Minnesota Studies in the Philosophy of Science, Volume I: The Foundations of Science and the Concepts of Psychology and Psychoanalysis*, Mineápolis, Minesota, University of Minnesota Press, 1956, pp. 253-329.

estudios de pregrado con José Carlos Ballón, cuyo pragmatismo, crudo e inspirador al mismo tiempo, hizo que aborde de manera nueva y diferente los problemas más abstrusos de la metafísica y las decisiones más sencillas de la vida cotidiana. Quedo profundamente agradecido por sus enseñanzas y el consecuente giro en mi concepción del análisis y el mundo, sea que afirme o contradiga la suya.

Debo a Óscar García innumerables tardes de discusión y debate. Su vasta experiencia e ingente colección bibliográfica permitieron que, en buena cuenta, supere con éxito la empresa de redactar una tesis de licenciatura. Agradezco la cordialidad y el estímulo que he recibido de su parte en tanto colaborador de sus tres proyectos más recientes en el Instituto de Investigaciones Humanísticas. Agradezco también a Miguel Polo por sus sabios y desinteresados consejos en el plano personal y académico, así como a Arsenio Guzmán, Luis Piscocoya, Antonio Peña, Javier Vidal, Manuel Campos y James Cargile por sus acertadas observaciones en relación con los argumentos y tesis que presento en este trabajo. Menciono, asimismo, a Jaime Villanueva y Steven Bayne, quienes, sin duda profesionales expeditivos y eficaces en alto grado, supieron responder a mis demandas tan pronto como se las hube planteado.

Diversas secciones de este trabajo forman parte de “¿Empirismo sin dogmas?”, ensayo con el cual gané el primer lugar del Concurso Augusto Salazar Bondy 2004-2005, y que, más tarde, fue publicado por la revista *Solar*²¹. Otras tantas fueron expuestas en el X Congreso Nacional de Filosofía²², el Coloquio Interpretaciones de Davidson “Mente, Significado y Verdad”²³, el I Coloquio Peruano de Filosofía de las

²¹ Cf. David Villena, “¿Empirismo sin dogmas?” en *Solar*, Año 2, N° 2, Lima, agosto de 2006; pp. 51-71.

²² Cf. David Villena, “Davidson: alcances y límites.” Ponencia presentada en el X Congreso Nacional de Filosofía, Universidad Nacional San Antonio de Abad del Cusco, 7, 8 y 9 de noviembre de 2005. (Inédito)

²³ Cf. David Villena, “El dualismo esquema-contenido.” Ponencia presentada en el Coloquio Interpretaciones de Davidson “Mente, Significado y Verdad,” Pontificia Universidad Católica del Perú, 2 y 3 de noviembre de 2006. (Inédito)

Ciencias “Significado, Relativismo e Interpretación: Entre Frege, Quine y Davidson”²⁴ y el I Simposio Metropolitano de Estudiantes de Filosofía²⁵. Además, en el último mes de noviembre, Álvaro Revolledo tuvo la gentileza de dejar su cátedra de Filosofía del Lenguaje a mi disposición durante un día para exponer parte de los capítulos II y V.

Es necesario señalar que la presentación de este trabajo no hubiese sido posible sin el financiamiento que obtuve, mediante concurso, de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas y el Consejo Superior de Investigaciones de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

“Los últimos serán los primeros y los primeros últimos,” reza una frase bíblica. “Porque muchos son los llamados, pero pocos los elegidos”²⁶. Y, precisamente, en esta lista de personas e instituciones, teniendo en cuenta su real trascendencia e importancia en mi vida y estudios, tales sentencias cobran un significado pleno y auténtico. Pues a Gabriela del Castillo Vigil, más que a cualquier otro, se dirigen todos mis agradecimientos, admiración y loas.

Quien tenga oídos, oiga.

²⁴ Cf. David Villena, “Quine, Davidson y el tercer dogma del empirismo.” Ponencia presentada en el I Coloquio Peruano de Filosofía de las Ciencias “Significado, Relativismo e Interpretación: Entre Frege, Quine y Davidson.” Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 28, 29 y 30 de noviembre de 2005. (Inédito)

²⁵ Cf. David Villena, “Crítica naturalizada y antirrealista del holismo y la verdad.” Ponencia presentada en el I Simposio de Estudiantes de Filosofía, Pontificia Universidad Católica del Perú, 19, 20 y 21 de octubre de 2005. (Inédito)

²⁶ *Mateo*, 20:16 y 22:14, respectivamente.

CAPÍTULO I

EMPIRISMO LÓGICO

Supongo que su defecto principal es
que *casi* todo él era falso.²⁷

A. J. Ayer

El empirismo lógico es un movimiento filosófico que, en cuanto tal, no es propio de un pensador en aislado. Sus doctrinas y perspectivas sufrieron diferentes mutaciones con el devenir del tiempo y como consecuencia de las discusiones sostenidas entre los miembros del Círculo de Viena y sus allegados externos.

El presente capítulo, el primero de mi tesis, pretende bosquejar las principales posturas de esta escuela para, así, llegado el momento, poder obtener una comprensión global y contextualizada de la crítica quineana del empirismo y los efectos relativistas subyacentes a ésta más tarde indicados por Donald Davidson. Pues, como se argumentará en un capítulo ulterior, el dualismo esquema-contenido no es otra cosa que el remanente dogmático del empirismo revisionista de Quine.

En este sentido, la primera sección aborda al Círculo de Viena como fenómeno epocal y trasfondo histórico de la filosofía analítica contemporánea. Luego, en la

²⁷ B. Magee, "El positivismo lógico y su legado, diálogo con A. J. Ayer," en su *Los hombre detrás de las ideas*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1993, pp. 123-141; p. 138. (Mi énfasis.)

segunda sección, son descritas las visiones cambiantes sobre el significado que se sucedieron entre los integrantes más conspicuos y activos del Círculo, ideas todas estrechamente vinculadas con los dos dogmas señalados por Quine: la analiticidad y el reduccionismo. Aquí, apreciaremos el hecho nada baladí de que el empirismo tradicional, inclusive en sus versiones más liberales como las del Carnap tardío, tiene por fundamento la división entre oraciones analíticas, aquellas cuyo necesario valor de verdad depende tan sólo de su significado, y oraciones sintéticas, aquellas cuyo significado se reduce a datos sensibles de la experiencia inmediata, o, lo que es lo mismo, a una proposición protocolar.

1. El Círculo de Viena

En su manifiesto del año 1929, la hasta entonces llamada Asociación Ernst Mach adquiere el nombre de Círculo de Viena, presentando públicamente, y de modo explícito, las dos características determinantes de su “concepción científica del mundo” (*Wissenschaftliche Weltauffassung*). En primer lugar, se menciona su empirismo y positivismo, el mismo que, siguiendo a estas tradiciones filosóficas, postula que sólo hay conocimiento en virtud de la experiencia. Y, en segundo, yendo más allá del canon empirista y positivista clásico, el Círculo de Viena declara que se caracteriza por la aplicación de un método en particular, a saber, el del análisis lógico²⁸. Estamos, pues, frente a una especie de empirismo y positivismo que, al evadir, por ejemplo, las estrategias psicologistas de un Hume, o el inductivismo poco plausible de John Stuart Mill, se distingue de los históricamente anteriores por el empleo de la lógica de Frege y

²⁸ Cf. O. Neurath, H. Hahn y R. Carnap, “Wissenschaftliche Weltauffassung. Der Wiener Kreis” en Rudolf Haller y Heiner Rutte (eds.) *Otto Neurath: Gesammelte philosophische und methodologische Schriften*, Vol. 1, Viena, Hölder-Pichler-Tempsky, 1981, pp. 299-317; p. 307.

Russell, y que, por tal razón, a sugerencia de Herbert Feigl²⁹, se ha venido a denominar 'empirismo lógico' o 'positivismo lógico'.

El origen del Círculo de Viena puede rastrearse hasta 1907, en las reuniones privadas que, influidos por el positivismo de Mach y su desdén de la metafísica, sostuvieron todos los martes por la noche Philipp Frank, Otto Neurath y Hans Hahn con el objeto de discutir problemas epistemológicos y añadir las ideas de Henri Poincaré y Pierre Duhem a la filosofía de Mach³⁰. Estos encuentros terminaron en 1912, cuando Frank abandonó Viena para asumir la cátedra de Física Teórica que Albert Einstein había dejado vacante en la Universidad Alemana de Praga. Tiempo después, a causa del estallido de la Primera Guerra Mundial, Hahn huye de la ciudad, y no retornaría sino hasta 1921³¹.

Al año siguiente, en 1922, Moritz Schlick, conocido ya por su *Allgemeine Erkenntnislehre* de 1918, y a la sazón ocupado como docente en Kiel, luego de una estancia de diez años en Rostock, es invitado, a instancias de Hahn, por parte de la Universidad de Viena a ocupar la cátedra de Filosofía de las Ciencias Inductivas, que se había fundado en 1895 especialmente para que Mach se ocupe de ella, dejando de lado su cargo de profesor de Física Teórica en Praga, que luego vendría a ser de Einstein y, más tarde, en 1912, de Philipp Frank. En 1901, luego de seis años de magisterio, Mach se vio obligado a abandonar la Universidad de Viena a causa de un infarto, cediendo su cátedra al no menos famoso físico Ludwig Boltzmann, quien, debido a diferencias de principio con la doctrina de Mach, cambió el nombre de la cátedra a Física Teórica y Filosofía Natural, rótulo bajo el cual continuaría impartiendo aún después de su retiro

²⁹ Cf. H. Feigl y A. E. Blumberg, "Logical Positivism: A New Movement in European Philosophy" en *The Journal of Philosophy*, Vol. 28, N° 11, 21 de mayo de 1931, pp. 281-296; p. 281s.

³⁰ Cf. P. Frank, *Modern Science and Its Philosophy*, Nueva York, George Braziller, 1955; p. 1ss.

³¹ Cf. T. Uebel, "On the Austrian Roots of Logical Empiricism" en P. Parrini, W. C. Salmon y M. H. Salmon (eds.), *Logical Empiricism. Historical and contemporary Perspectives*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2003, pp. 67-93; p. 70ss.

y posterior asunción por Alois Höfler³². Hahn y Frank, antiguos discípulos de Boltzmann en Viena, fueron quienes auspiciaron la llegada de Schlick para que asuma la cátedra que alguna vez hubo sido de su maestro, y restablezca el nombre que éste despóticamente cambió. Con Schlick, de pensamiento tan afín a Mach, como lo notaron Frank y Hahn, nuevamente se instituyó la cátedra de Filosofía de las Ciencias Inductivas en la Universidad de Viena, y, como consecuencia de ello, el movimiento que alguna vez se conocería como positivismo lógico se hizo posible.

No debe extrañar que Schlick también haya tenido formación de físico. Bajo la tutela de Max Planck en la Universidad de Berlín, redactó su tesis doctoral durante 1906, teniendo como tema la reflexión de la luz en un medio no homogéneo, y en 1915 llegaba a publicar un texto sobre el tiempo y el espacio en la física contemporánea, que fue objeto de elogiosas críticas por Einstein. Pero las preocupaciones intelectuales de Schlick trascendían la esfera de la ciencia física, inscribiéndose, sobre todo, en la filosofía, en sus muchas y variadas formas, tanto en la teórica como en la práctica. Prueba de ello es que el primer libro de su autoría, *Lebensweisheit: Versuch einer Glückseligkeitslehre*, publicado en 1908, abordara de lleno el problema de cómo obtener la sabiduría para vivir bien y alcanzar la felicidad³³. Así, pues, con la dirección de un hombre de tan vasta cultura y sensatez como Schlick, las reuniones que a inicios de siglo había instaurado el pequeño círculo de Frank, Hahn y Neurath volvieron a tener lugar a partir de 1922, ahora fuera de los bares y cafés de la ciudad de Viena, y de modo académicamente institucionalizado, con la participación de un número mayor de personas dispuestas a debatir.

En el año de 1925, se uniría a este grupo de discusión Rudolf Carnap, quien, a la postre, resultó ser el miembro más representativo e influyente. Carnap, al igual que

³² Cf. Neurath, Hahn y Carnap, p. 302s.

³³ Cf. A. J. Ayer, *La filosofía del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1983; p. 145

Schlick, había tenido formación de físico, pero, a diferencia de éste, su doctorado fue en filosofía. La disertación, titulada *Der Raum*, que presentó en 1921 en la Universidad de Jena para obtener el grado de doctor, abordaba problemas vinculados a los fundamentos de la geometría, e intentaba mostrar que la contradicción entre las explicaciones de la naturaleza del espacio que defendían matemáticos, filósofos y físicos, se debía a que todos estos hablaban sobre cuestiones por completo diferentes, utilizando, no obstante, el mismo término: 'espacio.' Carnap, para disipar estas presuntas contradicciones, introdujo la distinción entre espacio formal, espacio intuitivo y espacio físico³⁴. El abordaje semántico manifiesto en la tesis estaba claramente influido por las enseñanzas de Gottlob Frege, de quien Carnap fue alumno en Jena entre 1910 y 1914, en los cursos de Conceptografía I, Conceptografía II y de Lógica en Matemática.

Interesado en la nueva lógica y su potencial uso en el desarrollo de una filosofía científica, Carnap colabora en la organización de una pequeña conferencia al respecto celebrada en Erlangen, al norte de Nuremberg, durante el mes de marzo de 1923, en donde llega a conocer, entre otros, a Hans Reichenbach, Heinrich Behmann, Paul Hertz y Kurt Lewin. El primero de ellos, Reichenbach, entonces profesor de física en el Instituto Tecnológico de Stuttgart, con quien Carnap ya había tenido contacto epistolar, se convierte en su principal interlocutor, y, un año después, en el verano de 1924, le presenta a Schlick, quien impactado por sus aptitudes, lo invita a Viena en 1925 a dictar una serie de conferencias frente a su círculo filosófico-científico de discusión. Luego de esto, en 1926, a instancias de Hahn, quien, al entrar en conocimiento de su proyecto reduccionista y su virtual realización en los manuscritos de *Der logische Aufbau der Welt*, creyó ver realizadas las esperanzas de Russell y Mach, Carnap fue nombrado

³⁴ Cf. R. Carnap, "Intellectual Autobiography" en P. A. Schilpp (ed.) *The Philosophy of Rudolf Carnap*, The Library of Living Philosophers, Vol. XI, La Salle, Illinois, Open Court, 1963, pp. 1-84; p. 11s.

instructor de filosofía en la Universidad de Viena, función que habría de desempeñar durante cinco años consecutivos, hasta el verano de 1931³⁵.

En las reuniones de Schlick y compañía la actitud antimetafísica se mostraba desde el inicio a cualquier visitante, configurada ya en el lenguaje del cual se hacía uso a lo largo de sus discusiones, en donde escaseaban los términos de la filosofía tradicional y académica, y, en cambio, abundaban los de la lógica, la matemática y la ciencia empírica, e, inclusive, algunos del lenguaje ordinario, pues estos, a diferencia de los metafísicos, podían ser, a juicio de los neopositivistas, traducidos al discurso de la ciencia. Así, Schlick afirma: “si alguien quiere calificar como positivista a toda opinión que niegue la posibilidad de la metafísica, como una mera definición no tiene nada de objetable y en ese sentido yo me designaría a mí mismo un estricto positivista”³⁶. Tal espíritu era común al grupo, y, aunque el líder oficial haya sido Schlick, Neurath era quien sobresalía por su efusividad, vehemencia y compromiso tanto a nivel interno como de cara al público.

Neurath había estudiado filosofía, economía y sociología en Viena, y, a causa de su formación en ciencias sociales, tendía a recalcar las condiciones históricas y políticas en donde surgían los pensamientos y doctrinas. Fiel a esta metodología, impartió clases privadas de marxismo a los miembros más jóvenes del grupo³⁷. Además, gracias a la experiencia administrativa y estratégica que adquirió luego de la Primera Guerra Mundial como funcionario público en los gobiernos socialdemócrata y espartaquista, Neurath fue pieza clave del círculo de Schlick en la organización de conferencias, difusión de ideas y captación de adeptos, tanto que no, sin razón, se ha venido a decir

³⁵ Cf. *Ibid.*, p. 30.

³⁶ Moritz Schlick, “Positivismo y realismo” en A. J. Ayer (comp.) *El positivismo lógico*, México D. F., F. C. E., 1978, pp. 88-114; p. 89. (Este artículo data de 1932)

³⁷ Carnap, uno de sus oyentes habituales en estas sesiones, observa: “His expositions and the subsequent discussions were very illuminating for all of us.” *Op. Cit.*, p. 24.

que, aparte de crear un movimiento filosófico internacional, su deseo era dar forma e impulso a un partido de izquierda³⁸.

Bajo este enfoque funcional y organizativo, en 1928 el grupo adquiere formalmente existencia política con el nombre de Asociación Ernst Mach, cuya presidencia, como no podía ser de otra manera, recayó en la persona de Schlick. Hahn fue nombrado vicepresidente, mientras que Neurath y Carnap, la así llamada ala izquierda del neopositivismo, son quienes asumen la secretaría. Sin embargo, poco tiempo después, la Asociación corre el riesgo de desintegrarse a causa de la tentadora oferta que Schlick recibe de la Universidad de Bonn, pero que, finalmente, se resiste a aceptar, debido al promisorio futuro del grupo de Viena. En agradecimiento a un gesto tan generoso como éste, en 1929, durante la breve estancia de Schlick en la Universidad de Stanford, Hahn, Carnap y Neurath cambian el nombre de la Asociación Ernst Mach a Círculo de Viena y publican “Wissenschaftliche Weltauffassung. Der Wiener Kreis,” un manifiesto dedicado a Schlick. Este documento fue presentado en la Primera Conferencia de Epistemología de las Ciencias Exactas que organizaron durante los días 15 y 16 de setiembre en conjunción con la Sociedad para la Filosofía Empírica que Reichenbach dirigía en la Universidad de Berlín, donde enseñaba desde 1928. La Conferencia, además, era parte del Quinto Congreso de Físicos y Matemáticos Alemanes celebrado en Praga bajo la organización de Frank³⁹.

El manifiesto consigna como miembros del Círculo de Viena a Gustav Bergmann, Rudolf Carnap, Herbert Feigl, Philipp Frank, Kurt Gödel, Hans Hahn, Victor Kraft, Karl Menger, Marcel Natkin, Otto Neurath, Olga Hahn-Neurath (hermana de Hans Hahn y segunda esposa de Otto Neurath), Theodor Radakovic, Moritz Schlick y Friedrich Waismann. Los autores simpatizantes listados son Dubislav, J. Frank,

³⁸ Cf. Ayer, p. 146.

³⁹ Cf. Neurath, Hahn y Carnap, p. 300.

Grelling, Härlen, Kaila, Loewy, Ramsey, Reichenbach, Reidemeister y Zilsel, y los que consideran como primeros representantes de la concepción científica del mundo son Albert Einstein, Bertrand Russell y Ludwig Wittgenstein. También es importante señalar que el manifiesto ofrece una enumeración exhaustiva de quienes habrían sido los predecesores filosóficos y científicos del Círculo de Viena. Tales serían, en el caso de su positivismo y empirismo, Hume, la Ilustración, Comte, Mill, Rich, Avenarius y Mach; en el caso de su filosofía de la ciencia, Helmholtz, Riemann, Mach, Poincaré, Enriques, Duhem, Boltzmann y Einstein; en el caso de su lógica, Leibniz, Peano, Frege, Schröder, Russell, Whitehead y Wittgenstein; en el caso de su método axiomático, Pasch, nuevamente Peano, Vailati, Pieri y Hilbert; en el caso de su eudemonismo y sociología positivista, Epicuro, nuevamente Hume, Bentham, nuevamente Mill, nuevamente Comte, Feuerbach, Spencer, Müller-Lyer, Popper-Lynkeus, Carl Menger (padre) y Karl Marx⁴⁰.

En su manifiesto, el Círculo de Viena pone de relieve el rechazo de la metafísica como carente de sentido, a la filosofía como sistema de actos consistente en reducir oraciones a hechos u oraciones observacionales, y no como ciencia o cuerpo de conocimiento, y el carácter tautológico de las oraciones verdaderas de la lógica y la matemática. De los errores lógicos que supone toda metafísica, culpan a la incapacidad de detectar las ambigüedades del lenguaje natural, al hecho de que, por ejemplo, en la plática cotidiana se utilice el sustantivo para designar cosas, cualidades y procesos, lo que, como consecuencia, da lugar a la penosa reificación⁴¹. El Círculo de Viena, partiendo del supuesto de que una descripción científica sólo contiene la estructura y no la esencia de los objetos, consideraba que el significado de toda afirmación debía comprobarse mediante una reducción a afirmaciones sobre lo dado en la experiencia

⁴⁰ Cf. *Ibid.*, p. 303.

⁴¹ Cf. *Ibid.*, p. 306.

inmediata. Pero la refutación de la metafísica no respondía sólo a motivaciones cognoscitivas y de orden lógico, sino también a factores políticos, sociales y económicos. La metafísica, junto con la teología, sería un peligroso remanente de las formas premodernas y feudales de producción e intercambio, por lo cual, el Círculo de Viena propone que quienes se colocan a la vanguardia de los tiempos rechacen estas concepciones a favor de las ciencias empíricas. El propósito, pues, antes que puramente teórico, consistía en facilitar la penetración de la concepción científica del mundo en la vida pública y privada, en la educación, la crianza, la arquitectura, la planificación y la vida social⁴².

El aparato propagandístico que se pondría en acto para la consecución de tales fines no se haría esperar. En 1930, los neopositivistas se hicieron cargo de los *Annalen der Philosophie*, publicación a la cual, bajo la dirección de Carnap y Reichenbach, convertirían en su principal órgano de difusión periódica con el nuevo nombre de *Erkenntnis*. Se continuó con la edición de monografías iniciada en 1928 como parte de la colección *Schriften zur wissenschaftlichen Weltauffassung* a cargo de Schlick y Frank, entre cuyas entregas aparecería en 1934 la *Logik der Forschung* de Karl R. Popper. Además, en 1933 pondrían en marcha la serie *Einheitswissenschaft* (Ciencia Unificada), con el objeto expreso de enlazar y armonizar los logros de investigaciones encuadradas en diversas disciplinas científicas, desde la física a la sociología, para, así, poder construir un sistema en donde cada enunciado legítimo se reduzca a conceptos de más bajo nivel referidos a la experiencia inmediata. En 1938, con el Círculo prácticamente disuelto, Neurath, empeñado por llevar a término la obra filosófica que se había propuesto junto a sus camaradas de Viena, gestiona desde el exilio la publicación de la *International Encyclopedia of Unified Science* junto con Niels Bohr,

⁴² Cf. *Ibid.*, p. 314s.

John Dewey, Charles Morris, Russell y Carnap. (En 1962, como número dos del segundo volumen de la Enciclopedia, aparece *The Structure of Scientific Revolutions* de Thomas S. Kuhn.)

La influencia de Wittgenstein fue considerable, “pero no es correcto decir que la filosofía del Círculo de Viena era tan sólo la filosofía de Wittgenstein”⁴³. En efecto, en su *Allgemeine Erkenntnislehre* de 1918, tres años antes de la publicación del *Logisch-philosophische Abhandlung* (*Tractatus logico-philosophicus*, nombre de la traducción inglesa de 1922) en el último número de los *Annalen der Naturphilosophie*, Schlick ya había rechazado la existencia de verdades sintéticas a priori, señalando que todas las oraciones a priori, como las de la lógica y la matemática, eran analíticas, necesarias y verdaderas únicamente en virtud de su significado, y, por tanto, independientes de los hechos contingentes del mundo fáctico. Es cierto, sin embargo, que “bajo la influencia de Wittgenstein, esta concepción se fortaleció e hizo más definida y radical”⁴⁴, como bien señala Carnap. Además, en el *Tractatus logico-philosophicus* (‘TLP’ en lo sucesivo) se otorgaba, de algún modo, sentido a la posibilidad de que existan verdades de orden místico de las cuales el lenguaje impide dar cuenta. De hecho, Wittgenstein es enfático al respecto: “Hay ciertamente, lo inexpresable, lo que se *muestra* a sí mismo; esto es lo místico.” (6.522). Tales afirmaciones van, desde luego, en contra del decidido espíritu antimetafísico del Círculo, y si Wittgenstein termina su obra aconsejando que “de lo que no se puede hablar, mejor es callar” (7), Neurath replica diciendo que “cuando se trata de la metafísica ciertamente hay que guardar silencio, pero no *sobre* cosa alguna”⁴⁵.

⁴³ Carnap, p. 24.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 25.

⁴⁵ Citado por A. J. Ayer, “El círculo de Viena” en G. Ryle, *La revolución en filosofía*, Madrid, Revista de Occidente, 1958, pp. 87-106; p. 93. Neurath admite que “los escritos de Wittgenstein han sido extraordinariamente estimulantes, tanto por lo que se ha tomado de ellos como por lo que se ha rechazado.” Neurath, “Proposiciones protocolares,” p. 214.

No obstante esto, un hecho histórico innegable es que Wittgenstein influyó sobre la agenda de discusión del Círculo de Viena no sólo a través del TLP, sino también a causa de las numerosas reuniones privadas que, en el lapso de 1927 a 1929, sostuvo con varios de sus miembros. En realidad, ya desde 1922 el TLP había captado la atención del grupo de Schlick, cuando el matemático Reidemeister ofreció una charla sobre el libro en el seminario que dirigía Hahn. La afinidad de ideas fue inmediata. Pero el intercambio directo parecía imposible, pues Wittgenstein, creyendo haber resuelto definitivamente los problemas filosóficos, repartió su patrimonio entre parientes cercanos y se alejó de la comunidad académica para trabajar como maestro de escuela en la Austria rural, primero en Trattenbach, luego en Hassbach y después en Puchberg. En esta última localidad es donde, a lo largo de 1924, recibe la visita de F. P. Ramsey, con quien discute el significado de gran parte de los aforismos del TLP, volviendo, de esta manera, a la práctica filosófica. Enterado de ello, el 25 de diciembre del mismo año Schlick le escribe con la esperanza de que también le conceda una cita, pero, para entonces, Wittgenstein ya había sido transferido a Otterthal, una villa cercana a Trattenbach. En abril de 1926, una vez más Schlick intenta visitarlo, pero, al igual que la anterior, su deseo no resulta fructífero, pues Wittgenstein había abandonado el lugar y renunciado definitivamente a la enseñanza escolar, tras el proceso que se abrió en su contra por maltrato físico a los estudiantes.

Las esperanzas de Schlick recién se concretan en febrero de 1927, gracias a un arreglo de Margarethe Stonborough, la hermana de Wittgenstein. Después de varios encuentros, y de negarse a asistir en persona a las discusiones del Círculo, Wittgenstein aceptó reunirse con Waismann, Carnap, Feigl y Marie Kaspar-Feigl, además de Schlick. Estas reuniones colectivas terminaron al final de 1928, pues, a partir de 1929, Wittgenstein, por motivos estrictamente personales, sólo quiso reunirse con Schlick y

Waismann⁴⁶. Meses más tarde, Wittgenstein viaja a instalarse en la Universidad de Cambridge, y, en sus ulteriores visitas ocasionales a Viena, se reúne con Waismann para examinar cómo marchaba el libro *Logik, Sprache, Philosophie: Kritik der Philosophie durch die Logik* que éste escribía en base a las discusiones del periodo 1927-1929. “Finalmente, después de que Waismann había escrito y rescrito el libro por un largo periodo de años, Wittgenstein de repente declaró que no quería ver sus pensamientos representados en forma “popular””⁴⁷.

La disolución del Círculo de Viena fue progresiva. Carnap viaja a Praga en 1931, Hahn muere en 1934, y con el ascenso del nazismo en Alemania y Austria muchos se deciden a emigrar, pues comenzaron a ser objeto de una censura y persecución política mayores de las sufridas con los gobiernos clericales de Dolfuß y Schussnigg. Así, Neurath se refugia en Holanda, Feigl, Menger y Gödel en los Estados Unidos, y Waismann en el Reino Unido. Schlick, por su parte, decidió permanecer en Viena y fue asesinado el lunes 22 de junio de 1936, cuando, al subir por las escaleras de la Universidad para ir a dictar clase, Johann Nelböck, uno de sus antiguos discípulos, le disparó cuatro veces con un arma de fuego. Hecho que fue tan celebrado como bien recibido por la prensa alemana y los nazis austriacos, encomiando la “lucha anti-judía.” a pesar de que Schlick, el occiso, era un “ario puro”⁴⁸. Se dijo en titulares “esto es lo que saca la enseñanza del positivismo lógico”⁴⁹, y en un artículo escrito por Johan Sauter, bajo el seudónimo de ‘Prof. Dr. Austriacus,’ el materialismo ateo de Schlick fue culpado de corromper a Austria como nación cristiana, acusándolo de hedonista y

⁴⁶ Cf. *Op. Cit.*, p. 27.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 28. Waismann, sin embargo, tras la muerte de Wittgenstein, publicó las conversaciones que durante este periodo sostuvieron con él Schlick y otros. Cf. Friedrich Waismann, *Ludwig Wittgenstein and the Vienna Circle*, Oxford, Blackwell, 2005.

⁴⁸ Cf. Dietrich v. Hildebrand, “Professor Schlick” en *Der Christliche Ständestaat*, 28. 6, 19 de julio 1936. (Esta nota fúnebre es una defensa de la figura e integridad de Schlick.)

⁴⁹ Citado por Ayer “El círculo de Viena,” p. 89.

licencioso, que, como todo judío, es “antimetafísico” y “logicista” “de nacimiento”⁵⁰. A Nelböck, poco después, aunque hallado culpable de asesinato, se le dio libertad bajo palabra, llegándose a declarar miembro del partido nazi tras la anexión de Austria a Alemania en 1938. Ese mismo año, en el Cuarto Congreso de Filosofía Científica celebrado en Cambridge, se pudo afirmar que el Círculo de Viena había dejado de existir.

El Círculo de Viena, es cierto, desapareció, pero su influencia continuaría arraigándose alrededor del mundo en las décadas siguientes, contribuyendo a conferir rigor en el ejercicio de la práctica filosófica, así como sentido de responsabilidad entre quienes cultivan esta disciplina, que, a pesar de no ser ciencia, puede ser honrada como la “Reina de las Ciencias”⁵¹. En mayor medida, sus integrantes se asentaron en los Estados Unidos, cambiando por completo el panorama filosófico de ese país, y dando origen a la moderna filosofía analítica. Cosa parecida sucedió en América Latina en virtud de sus enseñanzas, y, en particular, en Perú, donde Francisco Miro Quesada Cantuarias y Augusto Salazar Bondy introdujeron su método, profesionalidad y doctrina del humanismo científico.

2. Significado

Alguna vez, Mach afirmó: “donde no hay confirmación ni refutación, tampoco hay ciencia”⁵². Y, fieles al pensamiento de este hombre, los neopositivistas basaron su

⁵⁰ Cf. Johan Sauter (Prof. Dr. Austriacus), “Der Fall des Wiener Professors Schlick - eine Mahnung zur Gewissensforschung” en *Das Neue Reich*, Viena, XI, 12. 7, 9 de agosto de 1936, pp. 1-2; p. 2. (Este texto fue publicado originalmente en *Schönere Zukunft* pocos días después de la muerte de Schlick.)

⁵¹ Moritz Schlick, “Die Wende der Philosophie” en *Erkenntnis*, Vol. I, 1930-1, pp. 4-11; p. 8.

⁵² Ernst Mach, *The Science of Mechanics: A Critical and Historical Account of Its Development*, Chicago, Open Court Publishing, 1940; p. 587. (Este libro data de 1883.)

“filosofía” en un *dictum* semejante, al cual consideraron como “legítimo [e] inatacable elemento nuclear”⁵³, a saber,

(PV) Una oración sintética tiene significado si y sólo si es verificable,

un criterio de significado que también se conoce como ‘principio de verificación.’

Es sólito, no obstante, que (PV), desde un punto de vista histórico, y en tanto fundamento epistemológico del Círculo de Viena, no se retrotraiga hasta Mach y otros positivistas decimonónicos, pues, aunque en ellos se encuentre su presunto origen, la formulación más influyente, inmediata y de mayores alcances filosófico-científicos para el grupo de Schlick se halla en el TLP, donde es sugerido que el significado de una proposición depende de las condiciones de su verificación⁵⁴.

En un primer momento, el Círculo de Viena, arrobado por la retórica wittgensteineana, y su propio ímpetu antimetafísico, elevó (PV) a criterio demarcatorio de la ciencia⁵⁵. De este modo, se consideró que el significado de una oración es su expresión de un estado definido de cosas⁵⁶. Toda oración con significado, si no era analítica, debía ser verificable empíricamente, de lo contrario, carecería de significado o sentido, no siendo otra cosa que una cadena ininteligible de palabras, un mero ruido o simplemente metafísica⁵⁷. Pero, como bien señala Carnap, el Círculo tuvo como característica su apertura y carácter antidogmático en la discusión filosófica⁵⁸. Todas las concepciones eran objeto de crítica, y, desde luego, (PV) no escaparía a ello.

⁵³ Schlick, “Positivismo y realismo,” p. 113.

⁵⁴ “Entender una proposición quiere decir, si es verdadera, saber lo que acaece.” Wittgenstein, *Op. Cit.*, 4.024. En lo sucesivo, reemplazaré ‘proposición’ por ‘oración’ en las referencias al Círculo de Viena, pues, aunque estos hayan usado ‘Satz’ al igual que Wittgenstein, no tenían intención de aludir a ninguna entidad subsistente. ‘Oración,’ entendida como oración declarativa o enunciado, no se compromete con ese tipo de ontología.

⁵⁵ Cf. Moritz Schlick, “Experience, Cognition, and Metaphysics” en sus *Philosophical Papers*, Vol. 2 (1925-1936), Dordrecht, Reidel, 1979, pp. 99-111 (este artículo data de 1926.); A. J. Ayer, *Lenguaje, verdad y lógica*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1971, p. 37ss. (este libro data de 1936).

⁵⁶ Cf. Schlick, “Positivismo y realismo,” p. 93.

⁵⁷ Cf. Rudolf Carnap, “La superación metafísica mediante el análisis lógico del lenguaje” en A. J. Ayer (comp.), *El positivismo lógico*, pp. 66-87; p. 66. (Este artículo data de 1932.)

⁵⁸ Cf. Carnap, “Intellectual Autobiography,” p. 21.

Luego de interminables debates, se dio la liberalización del empirismo, abandonándose la postura verificacionista más estricta, la heredada de Hume y Wittgenstein, a favor de la tesis de confirmación gradual, la misma que no priva de significado cognitivo a las oraciones universales, todas ellas, por razones lógicas, imposibles de verificar en principio⁵⁹.

2. 1. Verificación

Wittgenstein sostiene en el prólogo al TLP que, entre sus fines, se encuentra *mostrar* cómo la formulación de los problemas filosóficos tiene su origen en una mala comprensión de la lógica del lenguaje. En este sentido, el aforismo cuarto advierte que no es propósito de su autor descalificar por falsos a los enunciados típicos de la filosofía, los llamados filosofemas, tales, por ejemplo, como los que pretenden establecer si lo bueno es más o menos idéntico que lo bello. Su propósito es, antes bien, afirmar que cuando se atribuye valores de verdad a un filosofema acontece un error categorial, pues estas “proposiciones” carecen de significado, al resultar imposible describir cuáles son las condiciones de su verificación.

Las tesis sobre el significado de la proposición y la naturaleza de la filosofía suceden a la exposición de la teoría pictórica. En efecto, Wittgenstein afirma que la proposición es una figura o modelo de la realidad tal y como la pensamos, habiendo una relación figurativa o pictórica entre lenguaje y mundo, pues ambos comparten una misma estructura lógica. Este isomorfismo descansaría en la lógica de la figuración: la proposición es una figura de la realidad por el hecho de que quien entiende el sentido

⁵⁹ Cf. Rudolf Carnap, “Testability and Meaning” en H. Feigl y M. Brodbeck (eds.), *Readings in the Philosophy of Science*, Nueva York, Appleton-Century-Crofts, 1953; pp. 47-92. (Este artículo consta de dos partes que datan de 1936 y 1937, respectivamente.) Para un examen de las versiones del criterio empirista de significado más contemporáneas, las de J. L. Cohen y Crispin Wright, que en el espíritu del Círculo de Viena se basan en la derivabilidad de las consecuencias observacionales, cf. Alfonso García Suárez, “Nuevos problemas y cambios en el criterio empirista de significación” en *Teorema*, Vol. XVIII, N° 2, 1999, pp. 19-31.

que *muestra* conoce el estado de cosas que *representa*. Y, desde luego, si la proposición es verdadera, es decir, si el hecho que representa existe, muestra cómo están efectivamente configuradas las cosas en el mundo; pudiéndose, a través de ellas, en tanto figuras lógicas y verdaderas de la realidad, “ver” el aspecto lógico de lo que acaece. “Un nombre está en lugar de una cosa y otro en lugar de otra y están unidos entre sí. Así el todo representa – como una figura viva – el hecho atómico” (4.0311). Por la misma razón, la lista de todas las proposiciones elementales verdaderas constituye una descripción completa del mundo.

En sus conversaciones con Waismann y Schlick al respecto, Wittgenstein afirma enfáticamente que “el significado de una proposición es el método de su verificación”⁶⁰. Así, para determinar el significado de una oración, se requiere tener conocimiento de un proceder puntual y específico que permita saber cuándo darla por verificada. O, en su defecto, si se nos da previamente el significado, obtenemos de inmediato un método confiable para verificarla⁶¹. Y si no es posible concebir método alguno para verificar *completamente* una oración, es decir, si la oración no es verificable en principio, no pudiéndose establecer las condiciones fácticas para declararla verdadera o falsa, entonces, ésta no dice ni significa nada, y, es más, no constituye una oración, sino, antes bien, un pseudoenunciado. Schlick, en tal sentido, puede afirmar: “La enunciación de las circunstancias en que una [oración] resulta verdadera es *lo mismo* que la enunciación de su significado, y no otra cosa”⁶².

Los neopositivos son, en frase de Schlick, “empiristas consecuentes”⁶³. Pues aceptan que si toda oración pertenece al reino de la ciencia, entonces, la filosofía no consta de oración declarativa alguna, ni con significado ni, mucho menos, carente de él,

⁶⁰ Waismann, p. 79. (2 de enero de 1930 en la casa de Schlick.)

⁶¹ Cf. *Ibid.*, p. 47. (22 de diciembre de 1929 en la casa de Schlick.)

⁶² Cf. Schlick, “Positivismo y realismo,” p. 93. (Énfasis en el original.)

⁶³ Cf. *Ibid.*, p. 113 y Moritz Schlick, “Meaning and Verification” en sus *Philosophical Papers*, Vol. 2 (1925-1936), Dordrecht, Reidel, 1979, pp. 456-481; p. 459. (Este último artículo data de 1936.)

no siendo, por lo mismo, teoría ni sistema. A su juicio, la filosofía debe entenderse como una práctica, y, en particular, como un método, a saber, el del análisis lógico. Con ello, la empresa filosófica por antonomasia resulta ser la aclaración del significado de enunciados y preguntas, el acto de develar la legitimidad de las afirmaciones y problemas que aparecen en el dominio discursivo de disciplinas con pretensión cognitiva. Defenestrando los pseudoenunciados, la filosofía limpia, pues, de sinsentidos el terreno del pensamiento científico y contribuye, de esta manera, a la fundamentación lógica de la ciencia fáctica y de la matemática, todo dentro del marco logicista de Frege, Russell, Whitehead y Wittgenstein⁶⁴.

La definición misma de filosofía como tarea científica surge en contraposición de la metafísica⁶⁵, proponiéndose, entre otras cosas, abordar los problemas tradicionales que han dado origen a vanas disputas a lo largo de la historia, no con el objeto de resolverlos, sino, más bien, para disolverlos en virtud de su asignificatividad. Mostrando con esto que, debido a estar fundados en pseudoenunciados, o descripciones lingüísticamente viciadas, los “grandes” temas filosóficos sólo presentan una salida posible de cara al análisis de un empirista consecuente: retornar a la concepción natural del mundo, a aquella que forma parte del sentido común y del hombre simple de la calle⁶⁶.

Es, pues, menester reparar en la institución filosófica de un modo diferente al tradicional. La filosofía habría de convertirse en crítica del lenguaje, no intentando zanjar una discusión, sino sometiendo a análisis la estructura de las posibles alternativas que permitan zanjarla, para, de este modo, declarar como sinsentido a cualquiera de ellas y, así, antes que resolver, disolver el problema en cuestión.

⁶⁴ Cf. Schlick, “Die Wende der Philosophie,” p. 7ss.

⁶⁵ Cf. Carnap, “La superación de la metafísica...,” p. 84.

⁶⁶ Cf. *Op. Cit.*, p. 481.

Para el Carnap verificacionista, el pseudoenunciado se define como una secuencia de palabras que carece de significado o sentido en el contexto de un lenguaje específico. El lenguaje, a su vez, es definido como aquello que consta de vocabulario y sintaxis, o, dicho en otros términos, como un conjunto de palabras y reglas para la formulación de oraciones a partir de estas palabras. Según esto, existen dos géneros de pseudoenunciados. El constituido por aquellas que poseen una palabra sin significado y el de aquellas cuyas palabras son significativas, pero se reúnen de modo asintáctico⁶⁷. Las reglas sintácticas, por consiguiente, indican cuándo es lícito afirmar que determinada secuencia de palabras es una oración, la categoría gramatical respectiva de cada una de ellas en la forma oracional más simple y sus modos de combinación en tal. Además, de acuerdo con Carnap, una secuencia de palabras es significativa, y, por consiguiente, una oración, tan sólo cuando es sabido de qué oraciones protocolares o de experiencia inmediata se deriva⁶⁸. Cubrir esta condición es necesario, pues, al hacer referencia a datos mesurables de la experiencia inmediata (i.e., lo dado), permite conocer cuál es su método de verificación, y, así, por tanto, su significado o sentido. “El *significado* de toda [oración] en última instancia tendrá que ser determinado por lo dado, y no por cosa alguna distinta”⁶⁹, sentencia Schlick como Presidente del Círculo de Viena.

Aquí, aparece implícito el hecho de que la verificación como condición de significatividad de una oración declarativa es una verificación lógicamente posible, es decir, concebible, aunque, establecido su método, no se pueda verificar en la práctica debido a la falta de instrumental técnico y a las limitaciones y finitudes de la vida humana. La posibilidad de verificación no es, pues, una posibilidad empírica y gradual,

⁶⁷ Cf. *Op. Cit.*, p. 67s.

⁶⁸ Cf. *Ibid.*, p. 70, y Schlick, “Positivismo y realismo,” p. 93

⁶⁹ *Loc. Cit.* (Énfasis en el original.)

sino una posibilidad lógica y total⁷⁰. Así, los sinsentidos o pseudoenunciados representan imposibilidades lógicas y no imposibilidades empíricas. Una imposibilidad lógica viola las reglas de la gramática de nuestro lenguaje, y, de acuerdo con la teoría pictórica, no se refiere a nada en el mundo, siendo, por tanto, inconcebible sin remedio. Una imposibilidad empírica, mientras tanto, sólo va más allá de las condiciones históricas de verificación en un contexto humano particular.

El sinsentido es lo irracional.

En su clasificación de los criterios empiristas de significado, Hempel reformula (PV) de la siguiente manera:

(PV') Una oración tiene significado empírico si, y sólo si, no es analítica y se deduce lógicamente de una clase finita y lógicamente consistente de oraciones observacionales [oraciones protocolares]⁷¹.

Siguiendo la concatenación lógico-argumentativa del enfoque verificacionista, es razonable concluir que la metafísica carece de sentido, pues, por no ser verdaderas o falsas en virtud de su forma, las oraciones que propugna no son analíticas, y, por otro lado, al resultar imposible establecer *en principio* una cadena de reducción que especifique su vínculo con lo dado mediante una oración protocolar, estas mismas oraciones tampoco son sintéticas.

Las interrogantes que plantea la metafísica, tales como '¿Por qué es el Ser y no más bien la Nada?', tampoco resultan legítimas, pues es imposible enunciar las condiciones que permitan contestarlas de manera afirmativa o negativa, así como la forma de la respuesta que solicitan⁷². Su respuesta es, por consiguiente, lógicamente

⁷⁰ Cf. Schlick, "Meaning and Verification," p. 461ss.

⁷¹ Carl G. Hempel, "Problemas y cambios en el criterio empirista de significado" en Ayer (comp.), *El positivismo lógico*, pp. 115-136; p.118.

⁷² Cf. Schlick, "Positivismo y realismo," p. 92.

imposible, siendo el caso que un problema es genuino si y sólo si su respuesta es lógicamente posible⁷³.

Entiéndase: “No hay misterios insondables en el mundo”⁷⁴.

No obstante lo dicho, de acuerdo con los propios neopositivistas resultaría erróneo ver en esto una *teoría* del significado por la sencilla razón de que “todo lo que precede a la formulación de una teoría, no puede constituir parte de la teoría”⁷⁵. Es decir, si la palabra ‘teoría’ hace referencia a un conjunto articulado de hipótesis con contenido empírico, y, por tanto, susceptibles de ser verificadas, no es correcto hablar de teoría del significado en este contexto, pues no se ha expresado ninguna hipótesis de tipo empírico, sino, más bien, un enunciado que hace inteligible la noción misma de significado implícita en las ideas correlativas de hipótesis y teoría; “un enunciado del modo en el cual se atribuye significado a las proposiciones en la vida cotidiana y la ciencia”⁷⁶.

2. 2. Confirmación

Con el verificacionismo arriba esbozado no sólo es posible acabar de una vez y para siempre con la metafísica y lo trascendente de sus presuntos problemas, sino también con la ciencia natural, pues sus afirmaciones estructurales, al ser de carácter estrictamente universal, son en principio inverificables. No importa cuán grande sea el número de instancias particulares verificadas nunca será suficiente para declarar verificada a la matriz. En consecuencia, no es posible concebir una verificación de las oraciones legaliformes, esta imposibilidad es de orden lógico, y, por tanto, siguiendo el

⁷³ Cf. Moritz Schlick, “Unanswerable Questions?” en *The Philosopher*, Vol. XIII, 1935-6, pp. 98-104.

⁷⁴ Schlick, “Meaning and Verification,” p. 467.

⁷⁵ Schlick, “Positivism and realism,” p. 94.

⁷⁶ Cf. *Op. Cit.*, p. 459.

canon antes especificado, toda ley científica ha de ser catalogada como sinsentido al lado de los enunciados de la metafísica tradicional⁷⁷.

En “Testability and Meaning,” Carnap revisa la solución que el Círculo de Viena dio inicialmente al problema del significado y la verificación. Para ello, parte por afirmar que éste, en tanto problema, debe escindirse en dos, pues, a su juicio, la cuestión del significado y la cuestión de la verificación son asuntos disímiles. Una cosa es inquirir por las condiciones que determinan el significado de cierta oración en un sentido cognitivo y fáctico; y otra muy diferente, inquirir por los métodos que permitan declarar verdadera o falsa a esa misma oración. Sin embargo, estos problemas se traslapan y son interdependientes en gran medida. La segunda pregunta supone la primera, ya que el método de verificación depende del conocimiento previo de cuáles son las condiciones fácticas que confieren significado a la oración⁷⁸ – o, para decirlo en términos caros al TLP, *conocimiento previo del estado de cosas que representa la proposición*.

Ahora bien, dado que la ciencia empírica no puede prescindir de enunciados nomológicos, y que estos, por universales, no son susceptibles de verificación entendida como establecimiento definitivo y final de la verdad, entonces, el problema de la verificación no es del todo pertinente en el contexto de una filosofía de la ciencia con pretensiones de cualquier tipo, sean normativas o descriptivas, pues no resulta sensato prescribir lo que es lógica y empíricamente imposible, ni mucho menos describirlo como cuestión de hecho acaeciendo en el mundo y que es objeto de experiencia. En la agenda de un empirista liberal como Carnap, el problema de la verificación se hace a un

⁷⁷ Uno de los primeros en ver este resultado contraintuitivo fue Popper. Cf. Karl R. Popper, *La lógica de la investigación científica*, Madrid, Tecnos, 1994. (Este libro data de 1934 y fue publicado con fecha de 1935 en la serie *Schriften zur wissenschaftlichen Weltanschauung* impulsada por el Círculo de Viena.)

⁷⁸ Cf. Carnap, “Testability and Meaning,” p. 47.

lado y, como consecuencia de ello, su lugar pasa a ser propio de un nuevo problema: la confirmación.

Una oración, particular o universal, se confirma gradualmente. Mientras más oraciones observacionales inferidas de ella se contrasten positivamente de cara a los hechos, mayor será su grado de confirmación y también mayor la confianza que tengamos respecto de lo que propone. Pero, debido a que la clase de oraciones observacionales inferidas tiene un dominio infinito, es imposible que la confirmación llegue a ser completa trastocándose, así, en verificación estricta⁷⁹. Esta situación no es siquiera ideal, pues, como se ha argumentado, resulta lógicamente inviable.

Para consumir la liberalización del empirismo, Carnap introduce la noción de comprobabilidad (*testability*). Una oración es comprobable si se conoce un método y el instrumental técnico para comprobarla, esto es, para registrar la realidad de los hechos que representa. Y es confirmable si se conoce únicamente bajo qué condiciones sería confirmada, es decir, bajo qué condiciones se haría verdadera. De este modo, una oración puede ser confirmable sin ser comprobable, pues no es necesario que del saber qué curso de eventos la confirmaría se desprenda el cómo llevar a cabo la observación de este hipotético curso de eventos⁸⁰. Todo lo comprobable es confirmable, pero no todo lo confirmable es comprobable. Lo fundamental aquí es la confirmación. Tal distinción salva, además de los enunciados legaliformes, la científicidad de las oraciones sobre el pasado y el futuro distantes, dado que en la comprensión de estas oraciones se hallan implícitas algunas de las condiciones que las confirmarían, aunque sea empíricamente imposible que buena parte de ellas, si no todas, se comprueben mediante la observación y el experimento.

⁷⁹ Cf. *Ibid.*, p. 81.

⁸⁰ Cf. *Ibid.*, p. 47.

La ley científica no se verifica, pero puede ser comprobada, mediante la contrastación positiva de un número creciente de oraciones observacionales e instancias singulares que se desprendan de ella, proceso con el cual aumenta su grado de confirmación. “Así, en lugar de la verificación, podemos hablar aquí de la confirmación gradualmente incrementada de una ley”⁸¹.

Resumiendo, llamaremos ‘principio de confirmación’ a lo siguiente:

(PC) Una oración sintética tiene significado empírico o cognitivo si y sólo si es confirmable,

y una oración es confirmable (completa o incompletamente) si todos sus predicados descriptivos son confirmables (completa o incompletamente), es decir, si pueden ser reducidos (completa o incompletamente) a una clase de predicados observables o de experiencia inmediata⁸².

(PC) representa el espíritu del empirismo liberalizado de Carnap, el cual, en sentido estricto, formula a través del requisito de confirmabilidad

(RC) Toda oración sintética debe ser confirmable⁸³,

en donde todas las restricciones del empirismo verificacionista duro son dispensadas, admitiéndose oraciones que, aunque confirmables, no sean comprobables ni verificables en principio. Pero, no obstante su tolerancia y complacencia, Carnap cree que (RC) basta para excluir las oraciones de naturaleza no empírica⁸⁴. Con esto, la búsqueda de leyes, *raison d'être* de la investigación científica, quedaría epistemológicamente justificada, a diferencia de lo que ocurre de acatar (PV) o (PV'). Carnap recoge el

⁸¹ *Ibid.*, p. 48.

⁸² Cf. *Ibid.*, p. 65.

⁸³ *Op. Cit.*, p. 86.

⁸⁴ Hempel ha mostrado lo contrario que esto no es cierto. Si la liberalización del empirismo concede científicidad a teorías abstractas con meras interpretaciones (confirmaciones) parciales, permite la combinación con un conjunto de proposiciones metafísicas, aun si éstas no tuviesen ninguna interpretación empírica. Cf. Carl G. Hempel, “The Concepts of Cognitive Significance: A Reconsideration” en *Proceedings of the American Academy of Arts and Sciences*, Vol. 80, N° 1, 1951; pp. 61-77.

llamado de Popper que es también precepto de toda ciencia: “No abandonaremos la búsqueda de leyes universales y de un sistema teórico coherente, ni cesaremos en nuestros intentos de explicar causalmente todo tipo de acontecimientos que podamos describir”⁸⁵.

Bajo este enfoque, aceptar una ley se transforma en un asunto convencional, en tanto depende del grado de confirmación que estemos dispuestos a aceptar como valla de validación empírica. ‘¿Cuántos enunciados observacionales deben ser comprobados para tener por confirmada la ley de la cual se infieren?’ es una pregunta que deberá ser contestada según la conveniencia del investigador y las características de la empresa cuya consecución persiga. Téngase en cuenta, no obstante, que para Carnap el componente convencional de la aceptación o rechazo de oraciones sintéticas como las leyes no significa que la decisión misma sea convencional, pues el componente objetivo está siempre allí, el mismo que consiste en el conjunto de observaciones y contrastaciones realizadas. Éstas últimas no son convencionales ni arbitrarias y sirven como base de la aceptación en el dominio científico, siendo, por lo común, tan grande su número en la práctica de las ciencias naturales que lo convencional prácticamente desaparece y somos *obligados por la experiencia* a aceptar las leyes⁸⁶.

⁸⁵ *Op. Cit.*, p. 59.

⁸⁶ *Cf. Ibid.*, p. 49.

CAPÍTULO II

LOS DOS DOGMAS DEL EMPIRISMO

Quine apunta a una liberalización del empirismo más radical que la desarrollada por Carnap⁸⁷. Su propósito es obliterar de esta doctrina dos creencias que identifica como dogmas profundamente interconectados entre sí. La primera, compartida con los racionalistas, consiste en postular una distinción tajante y de orden fundamental entre oraciones analíticas, aquellas cuyo necesario valor de verdad depende de su significado sin tomar en consideración los hechos, y oraciones sintéticas o contingentes, aquellas cuyo establecimiento depende de *cuestiones de hecho* – en el sentido humeano del término⁸⁸. La segunda creencia, el reduccionismo, consiste en suponer que toda oración significativa, o con sentido, es equivalente a un constructo lógico elaborado en base a términos que se remitan a la experiencia inmediata.

La consecuencia global de esta empresa revisionista tiene, a su vez, dos caras. Su aspecto negativo se revela en el rechazo de un criterio de demarcación entre ciencia y metafísica a la usanza del neopositivismo, sea en su versión conservadora y de derecha mediante el verificacionismo de Schlick, o en su versión liberal y de izquierda mediante la tesis carnapiana de confirmación por grados. La parte positiva, mientras

⁸⁷ Cf. W. V. Quine, "Dos dogmas del empirismo" en su *Desde un punto de vista lógico*, Barcelona, Ariel, 1962, pp. 49-81; p. 49.

⁸⁸ Cf. David Hume, *An Inquiry Concerning Human Understanding*, Sec. 4.

tanto, consiste en argumentar a favor del holismo y una visión filosófica pragmatista claramente influida por el educador John Dewey⁸⁹.

El presente capítulo pretende abordar esta crítica en su parte negativa, mostrando en cierto detalle la naturaleza de las tesis quineanas en contra del empirismo y su creencia en el reduccionismo y la analiticidad.

1. Analiticidad

La tradición que discurre a través de los escritos de Leibniz, Hume y Kant considera que

(AA) Las verdades de razón, relaciones de ideas u oraciones *analíticas* son aquellas cuyas negaciones son inconcebibles debido a su estatus lógico de *autocontradictorias*.

Para Quine, esta definición intuitiva carece de completud, pues apela a la noción de autocontradictoriedad, una que, al igual que la de analiticidad, también necesita ser aclarada. Pero, más allá de esto, Kant habría dicho que⁹⁰

(AS) Las oraciones *analíticas* son tales porque el valor de verdad que les corresponde depende única y exclusivamente de su *significado*, con independencia de las cuestiones de hecho y los acaeceres del mundo.

A todo esto, ¿cuál es el concepto de significado en juego?

Durante más de dos milenios se asumió, siguiendo a Aristóteles, que el significado es la esencia separada de su objeto y adscrita a la palabra. Frege, padre fundador de la filosofía analítica, vendría a enseñarnos que significar no es lo mismo que nombrar o referir⁹¹. Que, por ejemplo, ‘el lucero del alba’ y ‘el lucero de la tarde’

⁸⁹ Dewey, acaso paradójicamente de cara a sus fines, fue, junto a Neurath y Carnap, entre otros, parte del consejo editorial de la *Enciclopedia de Ciencia Unificada*, uno de los órganos creados para difundir la concepción científica del mundo que desarrolló el Círculo de Viena

⁹⁰ Cf. *Op. Cit.*, p. 50.

⁹¹ Cf. Gottlob Frege, “Sobre sentido y referencia” en sus *Estudios sobre semántica*, Barcelona, Ariel, 1984; pp. 49-84. Este artículo data de 1892

nombran la misma entidad, esto es, el planeta Venus, pero significan diferente, pues sólo se les consideró términos equivalentes al descubrirse de manera empírica que sus *denotata* eran uno y el mismo objeto. Así, el significado o sentido no debe confundirse con el referente⁹². El significado no es una entidad a la que uno haga referencia de manera directa o indirecta: “los significados mismos, en tanto que oscuras entidades intermediarias, pueden abandonarse tranquilamente”⁹³.

Esta observación lógica también es aplicable a términos generales o abstractos como los predicados. Ya que, en contra de lo que piensa la metafísica tradicional, Quine sostiene que el predicado no designa una propiedad en sentido entitativo, sino, antes bien, un conjunto de particulares de los cuales ese predicado es verdadero. Y tal conjunto es la extensión del predicado.

Puestas así las cosas, es evidente que en este contexto también prima la distinción fregeana entre significado y referencia – por ejemplo, los términos generales o predicados como ‘criatura con corazón’ y ‘criatura con riñones’ son iguales en extensión, y, por tanto, en referencia, pero diferentes en significado⁹⁴. De ello, que no podamos apelar libremente a la noción de significado para hacer inteligible la de analiticidad en el sentido de (AS). El concepto mismo de significado es ya bastante problemático. Explicarlo, a juicio de Quine, requiere la propugnación de una teoría que tome por objeto primario a la sinonimia de las formas lingüísticas y la analiticidad de las oraciones o enunciados. Para explicar la analiticidad, (AS) recurre al significado, pero para explicar el significado es previamente necesario recurrir a la analiticidad. El círculo es aparente, pues en esta dicotomía lo primordial es la analiticidad. (AS), en consecuencia, es un error, o, en el mejor de los casos, una petición de principio, lo que, por supuesto, viene a *significar lo mismo*.

⁹² Cf. *Op. Cit.*, p. 52.

⁹³ *Loc. Cit.*

⁹⁴ Cf. *Ibid.*, p. 51.

Rechazadas (AA) y (AS), Quine parte otra vez desde el inicio en su abordaje del problema por hacer inteligible la noción de analiticidad tan cara al empirismo. Plantea, así, que existen dos clases de oraciones analíticas.

(1) Ningún hombre no casado es casado.

(2) Ningún soltero es casado.

(1) es ejemplo de las oraciones analíticas lógicamente verdaderas, pues su valor de verdad es el mismo para toda interpretación posible de ‘hombre’ y ‘casado’ dado un inventario previo de partículas lógicas. (2), por otro lado, representa la clase de oraciones analíticas cuya analiticidad es, precisamente, cuestionable desde la perspectiva de cualquier teoría del significado, pues descansa en una supuesta comprensión de la sinonimia cognitiva. El problema de la analiticidad radica en (2) y no en (1). La visión tradicional sostiene que

(AI) (2) puede convertirse en una verdad lógica del tipo de (1) si se sustituye

sinónimos por *sinónimos*, en este caso, ‘hombre no casado’ por ‘soltero.’

Quine afirma que esta caracterización de la naturaleza de las oraciones analíticas no es adecuada, debido a que apela a la noción de sinonimia, la misma que debe ser tan aclarada como la de analiticidad⁹⁵. Se incurriría, pues, en una petición de principio idéntica a la de (AA) o (AS).

Carnap presentaba otra salida. Pues explica la analiticidad apelando a las así llamadas descripciones de estado. Una descripción de estado es cualquier asignación completa de valores de verdad a las oraciones atómicas del lenguaje. Es de prever que, para Carnap, todas las oraciones complejas del lenguaje se construyan a partir de las atómicas por medio de procedimientos lógicos convencionales, de tal modo que el valor

⁹⁵ Cf. *Ibid.*, p. 52s.

de verdad de cualquier oración compleja se remita a una descripción de estado por leyes lógicas especificables⁹⁶. En breve,

(AD) Una oración es *analítica* cuando resulta verdadera para cualquier descripción de estado.

Quine no tiene reparos en rechazar esta nueva tesis, (AD). Según dice, una definición semejante del concepto de analiticidad consigue su propósito sólo en caso de que las oraciones atómicas del lenguaje sean recíprocamente independientes. El criterio de analiticidad en términos de descripciones sólo es aplicable a lenguajes que carezcan de pares sinónimos del tipo que da origen a la clase de (2). “Este criterio es pues, en el mejor de los casos, una reconstrucción de la verdad lógica, y no de la analiticidad”⁹⁷.

Otra salida posible al problema de la analiticidad, la quinta a estas alturas, se encuentra en el típico expediente de que

(AE) Las oraciones de la clase de (2) se reducen a las de la clase de (1) por definición; ‘soltero,’ por ejemplo, se define como ‘hombre no casado.’

Naturalmente, Quine se pregunta quién ha definido ‘soltero’ como ‘hombre no casado.’ No podemos dar tal definición por axiomática, ya que la conexión subsistente entre uno y otro término no es otra cosa que una remisión al uso que los identifica como sinónimos. La definición de ‘soltero’ como ‘hombre no casado,’ es, en todo caso, una pauta acerca del uso de estas dos expresiones⁹⁸. Y, aunque es cierto, que existe un tipo de definición que no recurre a sinonimias anteriores, (i.e., la introducción, explícitamente convencional, de nuevas notaciones con fines de mera abreviación) “la definición descansa en la sinonimia más que explicarla”⁹⁹. La sinonimia creada por definición es una especie poco común de sinonimia, de lo contrario, el problema

⁹⁶ Cf. *Op. Cit.*, p. 53.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 54.

⁹⁸ Cf. *Ibid.*, p. 55.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 56

quedaría inmediatamente zanjado. La definición, entonces, excepto en el caso extremo de la introducción convencional de nuevas notaciones, se basa en relaciones de sinonimia anteriores¹⁰⁰.

Quine señala una frecuente respuesta alternativa a este problema: la intercambiabilidad *salva veritate*. Según esto,

(SI) La *sinonimia* de las formas lingüísticas consiste en su *intercambiabilidad* en todos los contextos sin que su valor de verdad se altere.

El rechazo de (SI) es inmediato e, inclusive, trivial. ‘Soltero’ y ‘hombre no casado,’ anota Quine, se identifican como sinónimos, y, sin embargo, no son intercambiables *salva veritate*. Considérese, si no, que

(E1) ‘Soltero’ tiene menos de diez letras.

(E2) ‘Hombre no casado’ tiene menos de diez letras.

(E1) y (E2) no tienen el mismo valor de verdad, pues (E1) es verdadero, mientras que (E2) es falso, a pesar de que se trata del mismo contexto mediado por un intercambio de términos presuntamente sinónimos.

Suponiendo explicada la noción de analiticidad, Quine sugiere, a manera de hipótesis, explicar la sinonimia cognitiva como sigue¹⁰¹:

(SA) Decir que ‘soltero’ y ‘hombre no casado’ son [cognitivamente] *sinónimos* es decir que (3) es *analítico*.

(3) Todos y sólo los solteros son hombres no casados.

Pero si se pretende explicar la analiticidad con ayuda de la sinonimia cognitiva, es necesaria una explicación de ésta que no presuponga aquélla. Ahora bien, en un lenguaje extensional, (i.e., un lenguaje en donde siempre que dos predicados coinciden extensionalmente son intercambiables *salva veritate*) la intercambiabilidad *salva*

¹⁰⁰ Cf. *Ibid.*, p. 58.

¹⁰¹ Cf. *Ibid.*, p. 60.



veritate no asegura una sinonimia cognitiva del tipo deseado. Pues, a decir de Quine, que ‘soltero’ y ‘hombre no casado’ sean intercambiables en un lenguaje extensional *salva veritate*, no garantiza más que la verdad de (3) y no su analiticidad. Siendo el caso que el tipo de sinonimia cognitiva requerido debería establecer la equivalencia de la sinonimia de ‘soltero’ y ‘hombre no casado’ con la analiticidad de (3) y no tan sólo con su verdad. Así, no se tiene certeza alguna de que la coincidencia extensional de ‘soltero’ y ‘hombre no casado’ descansa en el significado y no en circunstancias fácticas contingentes, como en el caso de la coincidencia extensional entre los términos generales ‘criatura con corazón’ y ‘criatura con riñones’¹⁰².

La intercambiabilidad *salva veritate* o coincidencia extensional no es, pues, una explicación valedera del concepto de sinonimia cognitiva que permita hacer inteligible la noción de analiticidad en juego; no obstante, resulta “la mejor aproximación a la sinonimia que podemos conseguir”¹⁰³. De allí, que la sinonimia parece no ser previa a la analiticidad. Quine es, en consecuencia, forzado a buscar otras salidas al problema por hacer inteligible este último concepto en tanto piedra de toque del empirismo.

La respuesta formalista sostiene que, aunque la noción de analiticidad es vaga en el lenguaje natural,

(AR) Las oraciones *analíticas* se distinguen con precisión de las oraciones sintéticas en lenguajes artificiales con *reglas semánticas* precisas.

Quine, como es de esperar, niega (AR). Pues si, como asegura el formalista, una oración *o* es analítica en un lenguaje *L*, el problema consistiría en conseguir un sentido general de la relación entre *o* y *L*. Sucede, por lo contrario, que las reglas semánticas nos dicen que sólo el conjunto *A* de oraciones son analíticas, y que, al contener la

¹⁰² Cf. *Ibid.*, p. 63.

¹⁰³ *Loc. Cit.*

palabra ‘analítica,’ aquella cuya comprensión se persigue, estas reglas asumen como dado lo que debería explicitarse. “Comprendemos cuáles son las expresiones a las que las reglas atribuyen analiticidad, pero no comprendemos qué es en realidad lo que las reglas les atribuyen”¹⁰⁴. No estamos frente a progreso alguno, peor aun cuando se repara en el hecho de que la noción misma de regla semántica es tan oscura e inexplicada como la de analiticidad¹⁰⁵.

Hasta aquí, Quine ha refutado seis elucidaciones de la analiticidad que se adjudicaban a sí mismas el establecimiento de las condiciones necesarias y suficientes para que tal o cual oración resulte analítica, ya sea que apelaran a la autocontradictoriedad (AA), el significado (AS), la sinonimia (AI), la descripción de estado (AD), la definición (AE) o a las reglas semánticas (AR). Y, aunque no son todas las explicaciones de la analiticidad ofrecidas por Carnap y sus seguidores¹⁰⁶, aparecen como las más importantes, y, así, su defenestración es causal suficiente para estigmatizar como simple artículo de fe a la creencia empirista en la analiticidad.

2. Reduccionismo

Para Quine, los empiristas han sido tentados a pensar que la verdad de una oración es analizable en un componente lingüístico y un componente fáctico, debido a que las oraciones, tales como ‘Bruto mató a César,’ serían falsas si los acontecimientos históricos hubieran sido diferentes del curso que han seguido, y también si, por ejemplo, la palabra ‘mató’ tuviera el sentido de ‘procreó.’ Los empiristas, además, también se sienten tentados a pensar que en algunas oraciones (las analíticas), el componente fáctico es nulo. Quine, por las razones presentadas en la sección anterior, sostiene que

¹⁰⁴ Cf. *Ibid.*, p. 66.

¹⁰⁵ Cf. *Ibid.*, p. 67.

¹⁰⁶ Cf. *Ibid.*, p. 69.

esta línea separatoria no logra justificarse y que, por tanto, es un dogma no empírico de quienes, paradójicamente, se reconocen empiristas¹⁰⁷.

Ahora bien, si (AS), la explicación de la analiticidad en función del significado, es la más común entre estos filósofos, ¿por qué Quine no la abordó con más detalle remitiéndose a la conocida doctrina wittgensteineana del significado como método de verificación?

Entendamos que tal cosa no se debe a una omisión, sino, más bien, a un orden programático y argumentativo que permite excluir de entrada todas las explicaciones alternativas de la analiticidad, abordando recién la noción de significado como verificación hacia el final, cuando la analiticidad ha quedado sin esperanzas de ser salvada.

Con esta estrategia, se hace posible la patética aparición en escena del segundo dogma: el reduccionismo.

El principio de verificación, (PV), depende del dogma de la analiticidad, pues sostiene que una oración tiene significado si y sólo si es verificable. La oración analítica sería el caso límite que queda verificado "*ipso facto*" frente a cualquier supuesto. Quine desprende de ello que el verificacionismo neopositivista está compelido a afirmar que¹⁰⁸

(SV) Dos oraciones cualesquiera son *sinónimas* entre sí si y sólo si coinciden en cuanto al método de *verificación* empírica¹⁰⁹.

Así, dado el caso de que se acepte a la teoría de la verificación como explicación adecuada de la sinonimia de enunciados, la noción de analiticidad podría salvarse. Pero, para angustia de los empiristas tradicionales, Quine cree que esto no es posible, pues la idea misma de verificación de oraciones en solitario hace agua por todos lados.

¹⁰⁷ Cf. *Ibid.*, p. 70.

¹⁰⁸ Cf. *Ibid.*, p. 71.

¹⁰⁹ Neurath dice "Las 'proposiciones sinónimas' deben ser definidas como estímulos que provocan en determinadas pruebas de reacción las mismas reacciones." Neurath, "Proposiciones protocolares," p. 210.

Si la teoría verificacionista del significado insinúa que la sinonimia de oraciones es la igualdad de método de confirmación o invalidación empírica, resulta lícito y sensato que, antes de asumirla como cierta, Quine se pregunte cuál es la naturaleza de la relación entre una oración y las experiencias propias a su verificación. El reduccionismo radical consiste en una respuesta a esta pregunta. En efecto, tal postura se reduce a afirmar que la relación entre oración y verificación es de referencialidad directa, que, en otras palabras, toda oración con significado es traducible a una oración protocolar, esto es, una oración que es verdadera o falsa acerca de la experiencia inmediata. El reduccionismo radical pretendería, entonces, especificar un lenguaje de los datos sensibles y mostrar la forma de traducir a él, oración por oración, el resto del discurso con significado. Quine reconoce que “Carnap [en su *Aufbau*] fue el primer empirista que, no contento con afirmar la reducibilidad de la ciencia a términos de experiencia inmediata, dio serios pasos hacia la realización de esa reducción”¹¹⁰. Pero, al mismo tiempo, Quine, no obstante la puesta en acto de semejante empresa, que bien cabría calificar de magnánima, sostiene sin remilgos que Carnap se equivocó por completo.

No sólo los enunciados más sencillos sobre el mundo físico quedaron reducidos a meros esbozos, sino que su plan original de asignar cualidades a los puntos-instantes de tal modo que se consiguiera el mundo más laxo (*laziest world*) compatible con nuestra experiencia, hacía imposibles cualquier intento ulterior de completar los esbozos. Según sus propios cánones, era menester atribuir valores veritativos a oraciones de la forma ‘La cualidad *c* se encuentra en el punto-instante *x; y; z; t,*’ y, sin embargo, no ofrece indicación alguna para traducir al lenguaje lógico y de datos sensibles una oración de la forma ‘La cualidad *c* se encuentra en *x; y; z; t,*’ “La conectiva ‘se encuentra en’ es una conectiva añadida y no definida; los cánones nos

¹¹⁰ *Op. Cit,* p. 73.

guían en su uso, pero no en su eliminación”¹¹¹. Quine también acepta que el propio Carnap ha notado esta falencia, y que, consecuente con el espíritu autocrítico del Círculo de Viena, abandonó el programa reduccionista trazado por el *Aufbau* junto a la noción de traducibilidad de las oraciones sobre el mundo físico a oraciones protocolares.

Quine lleva su crítica al reduccionismo más allá de la versión radical. Pues, a su juicio, la en aspecto inocua creencia de que toda oración, independientemente de sus pares, puede ser verificada en aislado, también encierra este dogma, del modo más sutil, pero también más fatal para la claridad del pensamiento y discurso. En este sentido, los dos dogmas están estrechamente vinculados, pues, además de que el problema del reduccionismo surgiera como respuesta al problema de la analiticidad, desde una perspectiva empirista, el componente factual en el análisis del significado de una oración debe reducirse a un campo de experiencias confirmativas, siendo, así, que donde tan sólo cuente el componente lingüístico, la oración en cuestión es analítica. Frente a tal hacer explícito lo subyacente y tácito en la doctrina empirista, Quine asume una postura resoluta. Permítasele expresarse *in toto*: “Quiero sugerir en este momento que hablar de una componente lingüística y una componente factual en la verdad de cualquier enunciado particular es un sinsentido que da lugar a muchos otros sinsentidos”¹¹². El holismo semántico y la infradeterminación de la teoría han sido afirmados.

Quine no está negando que la ciencia presente dependencia respecto de ambos, el lenguaje y los hechos, sino que esta dualidad pueda perseguirse, una por una, hasta las oraciones en solitario. Para él, no es suficiente con que Frege, haciendo a un lado la palabra y la tradición empirista clásica, haya reconocido a la oración como unidad

¹¹¹ *Ibid.*, p. 74.

¹¹² *Ibid.*, p. 76.

mínima significativa, pues, aun con este salto, la “malla semántica” resulta siendo demasiado “estrecha.” Su tesis, y su consiguiente revolución en filosofía, pasa por afirmar que la unidad mínima de significación empírica es el todo del corpus científico, que las oraciones sobre el mundo externo se someten como un todo, y no individualmente, a la experiencia¹¹³.

¹¹³ Cf. *Ibid.*, p. 75s.

CAPÍTULO III

EMPIRISMO SIN DOGMAS

La situación humeana es la
situación humana.

W. V. Quine

En el capítulo anterior, se abordó la parte negativa de la crítica quineana del empirismo tradicional, incluido el del Círculo de Viena, y su creencia en la analiticidad y el reduccionismo. Quine, al igual que su maestro Carnap, pretende remozar la doctrina empirista y ofrecerle un aspecto más tolerante y permisivo, aunque siempre riguroso y científicista. Pero, a diferencia de Carnap, habría efectuado un pillaje filosófico tal que el resultado si apenas merece calificarse de empirista. El propio Quine califica a su empirismo desprovisto de dogmas de “empirismo relativo,” cuya máxima es: “no alejarse de la evidencia sensorial más de lo que se necesite”¹¹⁴. Pues lo cierto es que, a pesar de toda la mordacidad y contundencia de su crítica, ésta deja incólumes dos principios, a saber¹¹⁵,

(PE1) La evidencia, cualquiera que ésta sea, que *hay* para la ciencia, *es*
evidencia sensorial, es decir, estimulación de receptores sensoriales.

¹¹⁴ W. V. Quine, *Las raíces de la referencia*, Madrid, Alianza Editorial, 1988; p. 162.

¹¹⁵ Cf. Quine, “Relatividad ontológica,” p. 100.

(PE2) Toda inculcación de significados de palabras ha de descansar, en última instancia, en la evidencia sensible.

El presente capítulo aborda la parte positiva de la filosofía quineana que surge como consecuencia del rechazo de los dos dogmas del empirismo tradicional. Las siguientes cinco secciones emprenden, en este sentido, un intento por dar cuenta de las tesis epistemológicas más características de Quine. Este recorrido parte del holismo confirmacional, discurre a través de las líneas de la indeterminación de la traducción y la inescrutabilidad de la referencia, para terminar en un relativismo ontológico y la propugnación explícita del programa naturalista para una filosofía libre de fundamentalismo e insertada en todos sus aspectos en la ciencia.

1. Holismo confirmacional

En el capítulo anterior, se pudo mostrar que el verificacionismo neopositivista temprano expresado en (PV) depende lógicamente de la creencia en la analiticidad y que, naturalmente, implica suscribir el reduccionismo. Toda oración *sintética* con significado era reductible a una oración protocolar verdadera o falsa con respecto de la experiencia inmediata. Aquí, desde luego, se encuentra implícita la idea de que cada oración puede verificarse en aislado, con independencia del resto de oraciones. Para Quine, si el reduccionismo se desprende de (PV), y (PV), a su vez, es consecuencia de la analiticidad, entonces, al ser injustificada esta última creencia, *a fortiori* también lo es (PV) y el reduccionismo. De allí, que el análisis del significado que consiste en dividir los componentes factual y lingüístico de una oración esté condenado al fracaso. Si ha de otorgarse algún sentido a la noción de significado, entonces, no se continuará considerando como unidad mínima de análisis a la oración, sino, más bien, al conjunto de oraciones significativas, es decir, a la ciencia en su totalidad.

No exento de metáforas, Quine, en su “Dos dogmas del empirismo,” sostiene que, desde las así llamadas ciencias blandas como la historia, hasta las calificadas de duras como la física nuclear, esta totalidad no es otra cosa que un enorme tejido hecho por el animal humano, cuyo contacto con la experiencia y el mundo se da únicamente por los hilos extremos, los mismos que, de sufrir algún daño, pueden ser reajustados con solvencia y verosimilitud por nosotros, sus creadores¹¹⁶. Así, el tejido no estaría determinado por la experiencia, pues es acomodable a los ejemplos en contrario. Toda oración puede concebirse como verdadera siempre que se haga reajustes suficientemente drásticos en otras zonas del tejido. Y, por lo mismo, no hay oración inmune a ser revisada. Ya que según Quine,

(H) Ninguna experiencia concreta y particular está ligada directamente con una oración concreta y particular; estos ligámenes son indirectos y se establecen a través de consideraciones de equilibrio que afectan al todo.

Esto quiere decir que ninguna oración de la ciencia puede ser confirmada o refutada en aislado, sino sólo como parte del todo al cual pertenece.

La noción de contenido y significado empíricos de una oración particular desaparece como consecuencia del holismo confirmacional o epistémico. Entre otras razones, porque de las oraciones en aislado no se desprende una serie independiente de consecuencias observables. Algo que sí sucede tratándose de una teoría comprensiva, de la cual, como un todo, es factible inferir un conjunto determinado de condicionales afirmando que si ciertas condiciones observables se cumplen, entonces tendrá lugar cierto evento observable. Si estos condicionales son falsos, la teoría es, en consecuencia, también falsa, pero, dada la naturaleza de su origen, es imposible decidir cuál de las oraciones integrantes de la teoría dio a luz esta falsedad¹¹⁷.

¹¹⁶ Cf. Quine, “Dos dogmas del empirismo,” p. 76.

¹¹⁷ Cf. Quine, “Cinco hitos del empirismo,” p. 91.

Con el paso de los años, y llegado a la madurez, Quine ha tendido a aligerar el tono de sus comentarios, y a debilitar el alcance de las abundantes metáforas epistemológicas presentes en sus escritos fechados alrededor de 1951, el *annus mirabilis*. En efecto, aunque hasta su muerte, acaecida en la Navidad del año 2000, nunca abandonara el holismo confirmacional, redujo considerablemente la radicalidad y aire nihilista de sus tesis. Por ejemplo, el todo que es unidad significativa no sigue siendo la ciencia en su totalidad, ni siquiera una ciencia, ésta o aquélla, y tampoco una teoría perteneciente a una ciencia, se trata, más bien, de una cuestión de grados y utilidades decrecientes desde las cuales juzgar. No dudó que todas las ciencias se entrelacen, y compartan, por lo menos, una lógica y cierta matemática, pero se convenció de que era inútil pensar que la ciencia en bloque se comprometa en cada nueva predicción. “Es suficiente con trozos más modestos, a los cuales es posible atribuir, con suficiente precisión, un sentido empírico independiente, ya que en todo caso tiene que admitirse cierta vaguedad en el sentido”¹¹⁸.

Quine niega el extremismo de (H). Habría, pues, oraciones con sentido empírico separable. Si, como indica la figura del tejido, las oraciones teóricas descienden gradualmente hacia las oraciones observacionales que se encuentran al límite, la observacionalidad es, entonces, una cuestión de grado, y, más precisamente, siguiendo su actitud conductista, del grado de acuerdo que la oración obtendría en el asentimiento o disentimiento por parte de un conjunto de testigos presentes durante su emisión. Pues la oración de observación es aquella sobre la cual “todos los hablantes de una lengua dan el mismo veredicto cuando se da la misma estimulación concurrente”¹¹⁹. Quine admite que una oración observacional pueda contradecir a la teoría como un todo, pero es consciente de que esto, *pace* Popper, no suele suceder, y de que, aun cuando

¹¹⁸ *Loc. Cit.*

¹¹⁹ Quine, “Naturalización de la epistemología,” p. 114.

ocurriese, habría oraciones singulares en el extremo de la red puramente teórico que “con seguridad tienen su sentido empírico separable, pues podemos componer un enunciado conjuntivo con una teoría compuesta”¹²⁰.

El punto defendido por Quine estriba en que las oraciones científicas no suelen implicar oraciones observacionales, y que, si lo hacen, esto se debe al haber entrado en conjunción con otros enunciados: las conocidas hipótesis auxiliares. Por tanto, si una oración o , por estar asociada a una hipótesis auxiliar h , implica una oración observacional b , no es lícito, por un mal concebido *modus tollens*, inferir la falsedad de o a partir de la falsedad de b . Lo que habría de inferirse, en este caso, es la falsedad de la conjunción entre o y h , o, lo que es lo mismo, la disyunción de sus negaciones correspondientes, esto es, la verdad de que una de las dos, o o h , sea falsa y no las dos a la vez.

$$(1) (o \wedge h) \rightarrow b$$

$$(2) \sim b$$

$$(3) \sim (o \wedge h) \quad \text{M. T., 1 y 2}$$

$$(4) \sim o \vee \sim h \quad \text{D. M. 3}$$

De esta manera, nunca se podría refutar una oración aislada, pues siempre podríamos culpar del fallo a la hipótesis auxiliar que eventualmente la acompañe para inferir una oración observacional¹²¹. Por lo mismo, tampoco se puede confirmar una oración en aislado, pues la verdad de la oración observacional a la que dé pie, la validará junto a la hipótesis auxiliar, más no sola. Así, “las experiencias predichas, las verdaderas y las falsas, no están implicadas por ninguno de los enunciados componentes de la teoría más que por otro”¹²².

¹²⁰ *Op. Cit.*, p. 92.

¹²¹ Cf. W. V. Quine, *Pursuit of Truth*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1990; p. 14s.

¹²² Quine, “Naturalización de la epistemología,” p. 105.

Es manifiesto que el holismo resultante, aun insistiendo en la infradeterminación de la teoría con respecto de la experiencia, es de una especie moderada.

2. Indeterminación de la traducción

Siguiendo a Dewey, y negando a la semántica mentalista, Quine concibe al significado como propiedad de la conducta y no como entidad. Pensar que la traducción consiste en la equivalencia de palabras respecto de un mismo significado es pensar que consiste en algo parecido al cambio de rótulos pertenecientes a piezas de museo que permanecen estáticas. Esta concepción, según Quine, es fallida porque exige considerar la semántica de un hombre como algo inaccesible, “algo determinado en su mente más allá de lo que puede estar implícito en sus disposiciones a una conducta manifiesta”¹²³. Que la comunicación sea un *factum* niega de plano tal pretensión. Y, en último caso, sucede que la tarea de explicar el significado resulta ser indiferente a que existan entidades significadas o no, pues lo único que realmente podemos apreciar en el espacio público es un conjunto de hechos sobre el significado consistente en sus consecuencias conductuales. Rechazar el mito del museo semántico implica, así, afirmar la indeterminación de la traducción. Pues si no existen piezas que permanezcan tras los cambios de rótulo, no hay nada que asegure la determinación. Es poco plausible negar que aprendamos el lenguaje de otra manera que observando la conducta verbal de la comunidad circundante; de allí que, en términos de la comunicación, no existan significados que rebasen la conducta manifiesta. Quine es enfático: “En psicología uno puede ser conductista o no, pero en lingüística uno no tiene elección”¹²⁴.

Declarado espurio el mito del museo, la concordancia con la conducta y disposiciones verbales es lo único que permitiría afirmar la determinación de la

¹²³ Cf. Quine, “Relatividad ontológica,” p. 45.

¹²⁴ Quine, *Pursuit of Truth*, p. 37s.

traducción. La tesis de la indeterminación a este respecto puede formularse como sigue¹²⁵:

(IT) No hay hecho objetivo del mundo que permita decidir cuál manual de traducción es correcto entre aquellos que, no obstante ser incompatibles en sus propuestas, estén igualmente de acuerdo con la conducta y disposiciones verbales de la comunidad lingüística estudiada.

Quine, con vistas a probar (IT), desarrolla en *Word and Object* por primera vez su famoso experimento de la traducción radical¹²⁶. De acuerdo con éste, se introduce a un hipotético lingüista de campo en una tribu recién descubierta y que hasta su llegada no ha tenido contacto alguno con el mundo civilizado¹²⁷. Su objeto sería producir un manual que permita traducir al suyo el lenguaje completamente desconocido de los aborígenes. Para ello, no dispondrá de la ayuda de intérpretes, sino tan sólo de la observación de cuáles son las respuestas verbales y de conducta que ofrecen espontáneamente los individuos de cara a estimulaciones sensoriales específicas. De este modo, las expresiones lingüísticas que se traducirían primero son las emitidas como reacción a eventos presentes al lingüista y el nativo, tales como la súbita aparición y huida de un conejo saltando en la escena de intercambio cultural. El nativo, por ejemplo, exclamaría ‘Gavagai,’ y el lingüista anotaría la oración ‘Conejo.’ El lingüista buscará comprobar esta traducción tentativa intentando reproducir la misma situación y observando si la conducta verbal del indígena es la misma. Notará, además, si éste asiente o disiente a la pregunta ‘¿Gavagai?’ en varias situaciones, para corroborar que la traducción no se trate de las igualmente plausibles ‘Animal’ o ‘Blanco.’

¹²⁵ Cf. Scott Soames, *Philosophical Analysis in the Twentieth Century*, Vol. 2, Princeton, Princeton University Press, 2003; p. 243. He reformulado libremente la didáctica presentación de la tesis de la indeterminación de la traducción ofrecida por Soames.

¹²⁶ Cf. W. V. Quine, *Word and Object*. Cambridge, Massachusetts, The MIT Press, 1960; p. 26ss.

¹²⁷ Óbviese el etnocentrismo que parece implicar esta idealización, pues, finalmente, el resultado también es aplicable a miembros del propio grupo civilizatorio, no importa cuál sea éste, e, inclusive, a los hablantes de la propia lengua.

La traducción de 'Gavagai' por 'Conejo' puede ser, en último término, objetiva si nos remitimos a la conducta verbal observable del caso, pero, según Quine, sería un error de parte del lingüista tomar ambas expresiones como equivalentes. Pues, aunque 'Gavagai' signifique, en tanto oración nominal, que hay un "gavagai" presente, y el nativo la afirme si y sólo si hay un conejo presente, no es lícito inferir que 'Gavagai' haga referencia a un conejo entitativo. Quine señala que podría referirse a "cualquiera de los diversos segmentos temporales del conejo, o [a] cualquiera de sus partes no separadas"¹²⁸. Pues hay un conejo presente si y sólo si hay presentes una parte no separada de conejo y un estado temporal de conejo. 'Gavagai' podría, entonces, además de 'Conejo,' también tener como traducciones legítimas y objetivas a 'Parte no separada de conejo' y 'Estado de conejo,' pues basándonos en la conducta del aborigen frente a un mismo tipo de estímulo no es posible determinar si una de estas alternativas es mejor que la otra. La ostensión, obviamente, tampoco resolvería nada, dado que cada vez que el informante de lengua ignorada señale al conejo entitativo afirmando 'Gavagai,' puede referirse a una de sus partes no separadas, al estado temporal del conejo en ese instante o bien al propio conejo, e, inclusive, a la conejidad o propiedad del ser-conejo en una manifestación local, si, como es posible, 'Gavagai' se considera un término abstracto.

Quine sugiere que para decidir cuál es la opción correcta se necesitaría conocer previamente el aparato de identidad y cuantificación del indígena, es decir, el esquema conceptual que le permite "descomponer de alguna manera la realidad en una multiplicidad de objetos identificables y discriminables a los que nos referimos mediante términos singulares y generales"¹²⁹. Pero con ello veríamos que, en realidad, no es posible verter 'Gavagai' a nuestro lenguaje de manera unívoca y no arbitraria,

¹²⁸ Quine, "Hablando de objetos," p. 14.

¹²⁹ *Ibid.*, p. 13.

pues éste supone una ontología producto de un esquema conceptual diferente. Hay, pues, una indeterminación de la traducción.

El experimento de la traducción radical se une a la crítica de la analiticidad en el minado de las nociones de igualdad de significado y sinonimia. Debemos, en consecuencia, pensar que sí, como es un hecho, los lingüistas han podido traducir tantas lenguas ignotas desde el pasado, esto ha sido así porque no se limitaron a elaborar una lista de oraciones equivalentes en significado, sino, antes bien, un manual de instrucciones recursivas para formular cualquier oración de un idioma en el otro. Pero, una vez hecho esto, y decidido a qué objetos se refieren tales y cuales expresiones, habrá irremediablemente “vertido nuestro punto de vista ontológico en el lenguaje nativo”¹³⁰.

En resumen, dos o más manuales alternativos para traducir un lenguaje dado a otro pueden ser incompatibles entre sí respecto de sus propuestas de equivalencia oracional y, no obstante, compatibles en relación con la totalidad de disposiciones y conductas verbales de los hablantes del lenguaje a ser traducido. Así, mientras más firmes sean los vínculos directos de una oración con la estimulación sensorial, sus traducciones divergirán menos de uno a otro manual¹³¹. El caso de ‘Blanco’ es poco problemático, pero no los de ‘Animal’ o ‘Conejo,’ que ya suponen una individuación y no referencia a la experiencia sensorial inmediata. Quine nos invita a reconocer que si, como Peirce sugiere, el significado de una oración remite tan sólo a lo que contaría como evidencia de su verdad, y si, como Pierre Duhem y el holismo confirmacional sentencian, las oraciones teóricas tienen evidencia no en tanto se encuentren aisladas, sino sólo como bloques más grandes de la teoría, entonces, la indeterminación de la

¹³⁰ *Ibid.*, p. 15.

¹³¹ *Cf. Op. Cit.*, p. 27s.

traducción de oraciones teóricas es la “natural conclusión”¹³². Los significados interlingüísticos no existen, ni hay un hecho objetivo (*fact of the matter*) que permita decidir entre manuales de traducción en disputa. Esto muestra que concebir a la proposición como significado de la oración es sencillamente insostenible¹³³.

Si tal conclusión resulta contraintuitiva es únicamente porque, sin ser conscientes de ello, suscribimos el modelo semántico mentalista reflejado en el mito del museo, así como un peligroso e injustificado remanente de la creencia en la analiticidad.

3. Inescrutabilidad de la referencia

La inescrutabilidad de la referencia es la indeterminación de la referencia. Y, aunque exista un traslapo, no debemos confundirla con la indeterminación de la traducción, entre otras razones, sobre todo, porque ésta se refiere a oraciones, y aquélla a términos, sean abstractos o concretos, singulares o generales. Considerada como una palabra, la expresión ‘Gavagai’ ejemplifica la inescrutabilidad de la referencia; y como oración, la indeterminación de la traducción. Es más, de la indeterminación de la traducción se sigue la inescrutabilidad de la referencia.

(IT) nos muestra que una expresión puede tener varias traducciones de un idioma a otro igualmente defendibles, pero incompatibles entre sí, siempre y cuando se ajusten igualmente bien a la conducta verbal. De darse este caso, preguntar cuál es correcta y cuál es errónea carece de sentido. Afirmar lo contrario, equivale a sostener que es posible decidir entre ‘Conejo,’ ‘Parte no separada de conejo’ o ‘Estado de conejo’ como traducción correcta de ‘Gavagai.’ Y esto no tiene ninguna justificación si reparamos en la evidencia empírica disponible al lingüista de campo y cualquier otro observador. Además de ello, Quine considera que existe un problema de índole

¹³² Cf. Quine, “Naturalización de la epistemología,” p. 107.

¹³³ Cf. Quine, *Pursuit of Truth*, p. 102.

ontológica. Pues, por ejemplo, ‘Conejo’ es un término de referencia dividida que, como tal, “no puede ser aprendido sin aprender su principio de individuación: dónde termina un conejo y comienza otro. Y esto no puede aprenderse por pura ostensión, por persistente que sea”¹³⁴. Aceptar uno de los otros dos términos como verdaderos, ‘Parte no separada de conejo’ o ‘Estado de conejo,’ también implica conocer su principio de individuación correspondiente así como el empate que tendría con el que estipula dónde termina un “gavagai” y dónde comienza otro. “Si se toma la total porción dispersa del mundo espacio-temporal formada por conejos, y la formada por partes no separadas de conejos, y la formada por estados de conejos, resultará la misma porción dispersa del mundo cada una de las tres veces”¹³⁵. Ésta es la inescrutabilidad de la referencia, pues la indeterminación no está en el significado, sino en la extensión del término, i.e., en su referencia.

La indeterminación de la traducción comenzó como un argumento quineano más en contra de la igualdad de significado o sinonimia, reparando en ‘Gavagai’ en tanto oración nominal. Ahora, al considerársele como término, acaece una indeterminación respecto de su referencia. Los términos ‘Conejo,’ ‘Parte no separada de conejo’ y ‘Estado de conejo’ difieren en significado, y, al ser verdaderos de cosas diferentes, aunque, paradójicamente, apunten a la misma porción dispersa del mundo espacio-temporal formada por conejos, también difieren en referencia o extensión¹³⁶. Ya que, según indica el vocabulario de la lógica, la extensión de un término es el conjunto de entes de los cuales éste, en tanto predicado, es verdadero, y, así, resulta que de dos predicados que sean iguales en extensión, no está claro cuáles son las condiciones que permitan afirmar su igualdad o desigualdad de significado. La indeterminación afecta la

¹³⁴ Quine, “Relatividad ontológica,” p. 49.

¹³⁵ *Loc. Cit.* Además, cf. Quine, *Word and object*, p. 52.

¹³⁶ *Cf. Op. Cit.*, p. 53.

intensión como indeterminación de la traducción, y a la extensión como inescrutabilidad de la referencia.

(IR) No hay hecho objetivo del mundo que permita decidir a cuál objeto se refiere una palabra individual si todas las respuestas posibles están igualmente de acuerdo con la conducta y disposiciones verbales de la comunidad lingüística estudiada

Quine ilustra este fenómeno tomando prestado un ejemplo del japonés. En esta lengua existen partículas conocidas como “clasificadores” que pueden ser interpretadas como si estuviesen en conexión con numerales para formar numerales de estilos característicos o como partes constituyentes del término al cual afectan, en tal caso el clasificador cumple una función individualizadora¹³⁷. Considérese, en este sentido, el numeral ‘4’ y dos clasificadores c_1 y c_2 . Según la primera interpretación, si ‘4’ se conecta a c_1 , se obtiene un ‘4’ idóneo para listar animales; y si ‘4’ se conecta a c_2 , uno para contar cosas delgadas como lápices o palillos. Según la segunda interpretación, c_1 individualiza al término de masa ‘madera’ como $4c_1$ [madera] (“cuatro varas de madera”) mientras que c_2 , al término de masa ‘ganado’ como $4c_2$ [ganado] (“cuatro cabezas de ganado”). En ambos casos, anota Quine, se obtiene de c_2 una expresión japonesa de tres palabras equivalente a decir “cuatro bueyes.” La primera sería el numeral ‘4,’ la segunda un clasificador del tipo animal, y la última “corresponde de alguna manera” a ‘buey’¹³⁸. Pero, según hemos visto, en la segunda interpretación de c_2 la tercera palabra no corresponde al término individuativo ‘buey’ como sugiere la primera, sino, más bien, al término de masa ‘ganado.’ La traducción de la frase no es cuestionada, podemos, si así lo deseamos, cerrar los ojos de cara a su indeterminación, el problema se encuentra en la referencia del tercer término, pues, considerada toda

¹³⁷ Cf. *Ibid.*, p. 54.

¹³⁸ Cf. *Ibid.*, p. 55.

evidencia posible, es inescrutable. No hay manera definitiva de decidir si la tercera palabra se refiere al bovino entitativo, como el *término individuativo* o de *referencia dividida* ‘buey,’ o a la totalidad de carne de bovino vivo sobre pezuñas, como el *término de masa* ‘ganado.’ Estamos, una vez más, frente a la inescrutabilidad de la referencia.

Cosa similar sucede en la distinción entre *términos generales concretos* (‘verde’ en “el césped es verde)” y *términos singulares abstractos* (‘verde’ en “el verde es un color”). Quine señala que, desde un punto de vista puramente ostensivo, no hay hecho alguno que permita distinguir los usos que se dan a estos dos tipos de términos, y que, por tanto, se trata de un nuevo ejemplo de la inescrutabilidad de la referencia, pues “la diferencia entre general concreto y singular abstracto es una diferencia en los objetos de referencia”¹³⁹.

4. Relatividad ontológica

Según se ha argumentado, la inescrutabilidad de la referencia es consecuencia de la indeterminación de la traducción entre dos idiomas cuyos conjuntos de hablantes no se intersecan. Pero debe considerarse que, de acuerdo con Quine, para probar la indeterminación de la traducción no es necesario recurrir a un ejemplo como el del lingüista de campo y el nativo exclamando ‘Gavagai,’ experimento mental tan antojadizo e improbable como el del contrato social de Rousseau o el de la posición original y el velo de la ignorancia de John Rawls. Pues, de alguna manera, “la traducción radical comienza en casa”¹⁴⁰. Considérese, si no, el hecho de que con frecuencia no identificamos las palabras emitidas por un compañero de lengua con las mismas cadenas de fonemas que nosotros solemos proferir. En estos casos, en tanto hablantes competentes y deseosos de lograr una comunicación exitosa con el otro,

¹³⁹ *Ibid.*, p. 58.

¹⁴⁰ *Ibid.*, p. 66.

tendemos naturalmente a asirnos del principio de caridad en la traducción de su discurso a nuestro idiolecto o vocabulario personal.

Por ejemplo, si Carlota, oriunda de Lambayeque y hablante nativa del castellano, dice: “Voy a hacer hervir un tacho con agua para tomar té.” No es caritativo concebir que haga hervir un basurero con agua para invitarnos a tomar té. Pues asumimos que Carlota es una persona sensata y bienintencionada. Tratamos de dar sentido a su frase, y aunque la palabra ‘tacho₁’ contenida en ella sea homófona con la palabra ‘tacho₂’ de nuestro idiolecto, no se justifica que atribuyamos la extensión de ésta a aquélla, pues, de lo contrario, Carlota aparecería como persona poco cuerda o, en el “mejor” de los casos, como un sujeto malintencionado. Creemos que no es correcto hacer hervir agua en los basureros, y, por tanto, debemos suponer que Carlota también lo cree así. Descartando el método homofónico de interpretación por inapropiado al caso, equiparamos la extensión de ‘tacho₁’ con la de la palabra ‘tetera₂’ perteneciente a nuestro idiolecto, y referido en éste al utensilio doméstico que se emplea en las cocinas para hacer hervir agua. Pero resulta que Carlota, de emplear el método homofónico para traducir a su idiolecto nuestra traducción, tendría problemas, pues en aquél ‘tetera₁’ hace referencia al aparato que se emplea para servir el té y no para hacer hervir agua. De ser caritativa, equipararía ‘tetera₂’ con ‘tacho₁,’ y nosotros ‘tetera₁’ con ninguna palabra en particular, sino con la descripción definida ‘El aparato que se emplea para servir el té esta noche en la mesa de Carlota.’ Está demás decir que ninguna de las traducciones sería correcta de no presuponer que compartamos un aparato de individuación¹⁴¹.

Pero si, como este ejemplo muestra, el método homofónico de interpretación no es aplicable a amplias secciones de nuestra lengua materna, no obstante la comunidad de aparatos individuativos, entonces, según Quine, es un hecho que la inescrutabilidad

¹⁴¹ Agradezco a Gabriela del Castillo por este ejemplo.

de la referencia, con su disimilitud de aparatos individuativos, tiene las puertas abiertas de nuestra propia casa. Así, podemos interpretar sistemáticamente “las aparentes referencias a conejos de nuestros vecinos como referencias reales a estados de conejos”¹⁴² y reconciliarlas con la conducta verbal de nuestros compañeros de lengua, ajustando “nuestras traducciones de sus diversos predicados conectores hasta compensar los desajustes de la ontología”¹⁴³.

Que haya inescrutabilidad de la referencia en la propia casa es una idea odiosa y que puede ser entendida de manera nihilista. La tesis de la relatividad ontológica aparece como salida razonable para debilitarla y no dar pie a los malentendidos que ésta pueda generar. Quine la formula como sigue¹⁴⁴:

(RO) No tiene sentido hablar de referencia excepto como relativa a un sistema de coordenadas.

Si el lenguaje, como es generalmente definido, consta de un conjunto de reglas de formación de oraciones y un vocabulario con todos sus predicados e instrumentos lógicos auxiliares, que permiten decir que “esto es una fórmula y eso un número, esto un conejo y eso una parte de conejo, esto y eso el mismo conejo, y esto y eso diferentes partes”¹⁴⁵, entonces, el lenguaje es un esquema de referencia o sistema de coordenadas. Y, de allí, *no tiene sentido hablar de referencia excepto como relativa a un lenguaje*. Lo que quiere decir que hablar de referencia no es en principio un sinsentido, como plantea, en su interpretación más laxa y nihilista, la inescrutabilidad de la referencia en casa.

Carece de sentido, eso sí, hablar de una referencia absoluta, como si realmente ‘conejo’ o ‘parte de conejo’ se refieran a conejos o partes de conejo. La referencia, según Quine, es relativa a un lenguaje de fondo. Y, por lógica, “las cuestiones de la

¹⁴² *Ibid.*, p. 67.

¹⁴³ *Loc. Cit.*

¹⁴⁴ *Cf. Ibid.*, p. 69.

¹⁴⁵ *Ibid.*, p. 68.

referencia del lenguaje de fondo tienen sentido a su vez sólo relativamente a un ulterior lenguaje de fondo”¹⁴⁶. El regreso *ad infinitum* se evita asumiendo el valor nominal de las palabras pertenecientes a nuestra lengua materna. Así, considerada la interrelación de lenguajes de fondo y la relatividad de la referencia, para Quine no tiene sentido decir cuáles son los objetos de una teoría en términos absolutos, sino *cómo una teoría de objetos es interpretable o reinterpretable en otra*. Ésta es la tesis de la relatividad ontológica en su formulación plena¹⁴⁷:

(RO') No tiene sentido decir cuáles son los objetos de una teoría si no se especifica cómo interpretar o reinterpretar esta teoría en otra.

Al enunciar una teoría, debe especificarse completamente la manera de interpretar sus palabras y composiciones de palabras u oraciones en relación con nuestro lenguaje o teoría de fondo, la cual, a su vez, debe ser también reinterpretable en términos de otra. Esto, desde luego, supone la elección de un manual de traducción cada una de estas veces. La relativización es, en consecuencia, doble. Pues, por un lado, está la relatividad a la elección de la teoría de fondo y, por otro, la relatividad a la elección de cómo traducir la teoría objeto a la teoría de fondo¹⁴⁸.

5. Naturalismo

Quine no abandona el empirismo, pues, en parte, lo cree ya purgado de sus dos principales defectos. Y considera, en tanto empirista reafirmado, que el “esquema conceptual” de la ciencia es un instrumento, cuya *raison d'être* es predecir el futuro valiéndose de la experiencia pasada. Su crudo instrumentalismo lo lleva a sostener que los objetos físicos se introducen en el discurso científico porque son intermediarios útiles desde un punto de vista conceptual y no porque tengan referente determinado en

¹⁴⁶ *Ibid.*, p. 70.

¹⁴⁷ Cf. *Ibid.*, p. 71.

¹⁴⁸ Cf. *Ibid.*, p. 90.

la experiencia, resultando, por ende, que su estatus epistemológico no difiere del correspondiente a los dioses de Homero y cualquier otra entidad reconocida como ficción. Y si la creencia en objetos físicos es mejor que la creencia en estos últimos es por el solo hecho de que sea más redituable en la explotación del mundo y el manejo de nuestra experiencia sensible de él¹⁴⁹. La vena pragmatista es clara: “Todo hombre recibe una herencia científica más un continuo y graneado fuego de estímulos sensoriales; y las consideraciones que le mueven a moldear su herencia científica para que recoja sus continuos estímulos sensoriales son, si racionales, pragmáticas”¹⁵⁰.

Ahora bien, ya que, para Quine, no cabe hablar de verdades analíticas y que todas las oraciones, si han de tener algún sentido, pertenecen a la ciencia, queda, llegados a este punto, un vacío en la caracterización de la filosofía. ¿La concibe, acaso, como práctica sin afanes cognitivos, siguiendo a los neopositivistas y Wittgenstein? Todo lo contrario. Quine tiene una visión de la filosofía como sistema, y esto, no porque admita el modo de proceder de la metafísica sistemática tradicional, la de Spinoza, Tomás o Hegel, sino porque la considera inscrita en el mismo terreno que las ciencias, como si formara un continuo metodológico y temático con ellas. La filosofía, en este sentido, no fundamenta a la ciencia, yendo contra Descartes y toda la modernidad, incluido Husserl, y exceptuado Nietzsche, ni justifica su proceder, como creyeron los neopositivistas y logicistas de la primera mitad del siglo XX. ¿Cuál es, entonces, el trabajo de la filosofía, una vez deshecha la idea de fundamentación y el consecuente deseo de obtener una filosofía primera?

El fundamentalismo puede dividirse en dos aspectos, a saber, el conceptual y el doctrinal. El primero se encarga del significado y la aclaración de conceptos, definiendo los más oscuros en términos de los más claros. El segundo, mientras tanto, es

¹⁴⁹ Cf. Quine, “Dos dogmas del empirismo,” p. 79s.

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 81.

responsable de la verdad y el establecimiento de leyes, probando las menos obvias sobre la base de las más obvias¹⁵¹. La empresa conceptual partiría de ideas claras y distintas, de las cuales deducir todos los términos; y la doctrinal, de axiomas o verdades autoevidentes a partir de los cuales probar todos los teoremas o enunciados nomológicos. A esto se reducen las pretensiones del fundamentalista. Para Quine, no obstante, es claro que semejante tarea está viciada desde el inicio.

Pues, por ejemplo, tomándose el caso de la fundamentación de la matemática, se ha visto que, al intentar derivarla de la lógica, cuyas verdades son las únicas que pueden ser catalogadas de realmente evidentes, el resultado ha sido negativo, y, con mucho, se redujo la matemática a la teoría de conjuntos, cuyos principios bien sabemos que están lejos de ser evidentes. Así, esta supuesta fundamentación no muestra cómo es posible la certeza en matemática. Además, recuérdese que Gödel *demonstró* que “ningún sistema axiomático consistente puede cubrir toda la matemática, ni aunque renunciáramos a la autoevidencia”¹⁵².

Y, en lo que respecta a la fundamentación de la ciencia natural, es conocida la pretensión de querer reducirla a la experiencia sensible. En efecto, la parte conceptual busca explicar la noción de cuerpo en términos sensoriales, y la doctrinal, justificar las leyes de la naturaleza en estos mismos términos. Pero, desde una época tan temprana del empirismo como la de David Hume, se ha sabido que esta empresa resulta, en tanto conjunto, inviable. Pues, aunque se pueda identificar con verosimilitud los cuerpos y las impresiones sensibles, y, legitimar, en consecuencia, las oraciones particulares en tiempo presente, sucede que las referidas al futuro, así como las generales o nomológicas, no pueden recibir ninguna justificación racional, tal como plantea el viejo

¹⁵¹ Cf. Quine, “Naturalización de la epistemología,” p. 93s.

¹⁵² *Ibid.*, p. 95.

y prácticamente inexpugnable problema de la inducción¹⁵³. Esto es terreno vedado, y no se trata de una imposibilidad empírica, a causa de la presunta limitación de las capacidades humanas, sino de una imposibilidad lógica, de algo inconcebible. Quine, no sin razón, exclama: “La situación humeana es la situación humana”¹⁵⁴.

Es cierto, sin embargo, que, a juicio de Quine, el lado conceptual ha experimentado progreso desde que Descartes planteó su exigencia de certeza a todo conocimiento, tal es el caso de la llamada definición contextual o paráfrasis, en donde se explica un término mostrando cómo traducir todas las oraciones completas en las que deba usarse. Pero el lado doctrinal de la fundamentación, acaso el más importante, ha seguido un camino igualmente trunco desde su inicio. Pues, a pesar de que los logicistas del siglo XX, y, en particular Carnap, siguiendo el programa atomista lógico de Russell, expresaran ciertas oraciones en términos de observación, lógica y teoría de conjuntos, de allí, como era de esperar, no se siguió que puedan probarlas a partir de oraciones observacionales mediante la lógica o la teoría de conjuntos. Pues cualquier generalización respecto de rasgos observables incluye más instancias de las que su emisor, entidad finita en el espacio-tiempo, puede observar. Nuevamente, se corrobora que *la situación humeana es la situación humana*, y no queda otra alternativa sino

¹⁵³ Hume dice que él es quien formula por primera vez esta disquisición filosófica: “but as the question is yet new (...)”. Hume, IV, II. Sin embargo, Kisor Kumar Chakrabarti en el capítulo noveno de su libro *Definition and Induction: A Historical and Comparative Study* muestra, basándose en los textos del nyaya Urdayana, que el mismo planteamiento había sido ya propuesto por la escuela Carvaka de la India seis siglos antes de Cristo. Por su parte, Ian Hacking, en la página 178 de *The Emergence of Probability*, sugiere que el “problema de Hume” ya era objeto de controversia para los escépticos antiguos, pues Sexto Empírico en el capítulo XV del libro II de *Esbozos pirrónicos* dice lo siguiente: “Considero que también es fácil hacer a un lado el método de la inducción. Pues cuando se propone el establecimiento de un universal a partir de particulares, tal cosa se debe efectuar ya sea por una revisión de todos o de algunos de aquellos. Pero si se han revisado sólo algunos, la inducción no será segura, ya que algunos de los particulares omitidos pueden contradecir al universal, mientras que si se han revisado todos los casos, se habrá hecho lo imposible, pues los particulares son infinitos e indefinidos. Así, en ambos casos, como yo creo, la consecuencia es que la inducción es inválida.” El planteamiento de este problema se encuentra, en muchos sentidos, ya en *A Treatise of Human Nature* (I, III, III). Debo señalar que no pretendo tener injerencia alguna en cuestiones históricas, por no estar este ámbito en relación directa con el objeto de mi trabajo.

¹⁵⁴ Quine, “Naturalización de la epistemología,” p. 96.

reconocer que “el proyecto de fundamentar la ciencia natural sobre la experiencia inmediata de una manera firmemente lógica carec[e] de toda esperanza”¹⁵⁵.

Pese a todo, Quine rescata al empirismo del desconsuelo epistemológico, reconociendo dos principios irrefutables en su doctrina, esto es, que¹⁵⁶

(PE1) La evidencia, cualquiera que ésta sea, que *hay* para la ciencia, es evidencia sensorial, es decir, estimulación de receptores sensoriales.

(PE2) Toda inculcación de significados de palabras ha de descansar, en última instancia, en la evidencia sensible.

La filosofía, como epistemología, pretendiendo reconstruir a la ciencia a partir de la evidencia sensible, no tiene por qué dar un paso hacia atrás y erguirse en una fase anterior a la científica. Si, como Quine, reconocemos que no hay evidencia para la conceptualización del mundo más allá de la estimulación de los receptores sensoriales, es razonable recurrir a una ciencia, i.e., la psicología empírica, para reconstruir el nexo entre ciencia y observación, que es finalmente lo que, como filósofos y seres humanos, perseguimos. A este giro epistemológico no puede imputársele el vicio de la circularidad o la petición de principio, argumentando que es erróneo utilizar una ciencia para validar a la ciencia, dando por sentado lo que se tiene que sentar. Pues esta acusación sólo cobra sentido de creer en la plausibilidad de una deducción de la ciencia a partir de observaciones, pero, como se ha dicho, Hume enseñó al mundo que no existe justificación racional que sostenga a tal creencia, aquella en la que, precisamente, se basa el proyecto fundamentalista cartesiano en su aspecto doctrinal, y, por añadidura, la modernidad misma.

Es simple: la reconstrucción racional en términos lógico-matemáticos no tiene sentido por el hecho de que, como muestra (1), (2), (3) y (4), es lógicamente imposible

¹⁵⁵ *Ibid.*, p. 99.

¹⁵⁶ Cf. *Ibid.*, p. 100.

que de toda oración en aislado se desprenda una oración observacional. El holismo confirmacional y la indeterminación de la traducción vedan el tan sólo pensar lo contrario. El resultado es que, mientras la filosofía fundamentalista quería contener a la ciencia y ser ella misma una especie de ciencia primera, la nueva filosofía, en tanto epistemología naturalizada, está contenida en la ciencia natural, como parte subordinada de la psicología¹⁵⁷.

Para plantear este naturalismo, Quine, considerando inútil toda ἐποχή, o suspensión del juicio con respecto del mundo o el conocimiento de él, se inspira en la metáfora que Neurath utilizara alguna vez en contra de la idea carnapiana de oraciones protocolares: “Somos como navegantes que tienen que transformar su barco en alta mar, sin desmontarlo jamás en un dique para poder construirlo de nuevo con los mejores componentes”¹⁵⁸.

Dado que nuestra información no tiene otra fuente que las irritaciones de nuestras superficies, el problema epistemológico por antonomasia es también un problema científico y se reduce a explicar cómo, esquema conceptual de por medio, el animal humano postula los cuerpos y proyecta su física a partir de sus magros y amorfos datos sensoriales.

El héroe de esta historia es, según confesión propia de Quine, el tantas veces vilipendiado Auguste Comte, padre del positivismo y propugnador de una filosofía cuyo método no es diferente al de las ciencias naturales¹⁵⁹.

¹⁵⁷ Cf. *Ibid.*, p. 109.

¹⁵⁸ Neurath, “Proposiciones protocolares,” p. 206s. y cf. *Op. Cit.*, p. 111.

¹⁵⁹ Cf. Quine, “Cinco hitos del empirismo,” p. 93.

CAPÍTULO IV

HACIA LA ELIMINACIÓN DEL EMPIRISMO

Los capítulos II y III estuvieron circunscritos a la crítica de Quine en contra del empirismo tradicional y su posterior reformulación de la filosofía empirista, respectivamente. El empirismo sin dogmas estaría basado en (PE1) y (PE2). Pero, dado el carácter contraintuitivo y el tono provocador de algunas de sus nuevas tesis, y, en particular, de la relatividad ontológica, es legítimo preguntarse cuán libre de prejuicios y dogmas resulta esta nueva concepción empirista.

El presente capítulo, tal como su título insinúa, asume la tarea de sentar las bases para la eliminación de todo empirismo, incluida la versión ilustrada de Quine. Se salva, quizá, tan sólo el “pálido reclamo” de que los órganos de los sentidos son causalmente esenciales al conocimiento empírico, cuya negación equivaldría a negar el mundo y la objetividad del conocimiento. En este sentido, la primera sección ofrece una teoría del significado que, tomando como modelo la convención V de Tarski, explica el funcionamiento de un lenguaje natural. Esta teoría, al ser de carácter empírico, exige una especie de contrastación que, de acuerdo con Davidson, consiste en la explicación exitosa de un caso paradigmático de interpretación radical. Precisamente, la segunda sección construye una teoría filosófica sobre la redescipción del discurso de un otro de cuya lengua o actitudes proposicionales se sea por completo ignorante. Aquí, Davidson

también emplea el modelo de Tarski, pero, a diferencia de éste, toma al concepto de verdad como básico y, a partir de él, hace inteligible la noción de traducción o interpretación. Se trata, pues, de revertir el *modus operandi* tarskiano. Y, de este modo, la teoría de la interpretación radical servirá para argumentar en contra del tercer dogma del empirismo: el dualismo esquema-contenido asociado con la relatividad ontológica de Quine. Deshecha esta creencia, es dudoso que lo resultante sea calificable de empirismo¹⁶⁰.

1. Teoría de la verdad *qua* teoría del significado

Una teoría del lenguaje deberá empezar especificando cuáles son las características que hacen posible que los lenguajes naturales sean aprendidos. Tal es la máxima de Davidson¹⁶¹. Y, aunque parezca obvia, es sabido que por lo común, en tanto pauta metodológica, no se reconoce, al creerse que una descripción idealizada del proceso de aprendizaje de los lenguajes naturales cubriría el inicio de la teoría, antes que el haber especificado qué permite que estos lenguajes de capacidad expresiva infinita sean aprendidos por seres finitos como el animal humano.

Así, la teoría impuesta, la que presuntamente iría de la mano con el sentido común, es la empirista. Esta línea de pensamiento sostendría que el proceso ostensivo en el cual consiste aprender un lenguaje natural, parte por la adquisición de nombres y

¹⁶⁰ Quine admite con ciertos reparos la crítica de Davidson, pero, en general, la tiene como válida y es forzado a admitir, al igual que éste, que la traducibilidad es una noción inadecuada para defender las teorías de la incommensurabilidad cultural. Al respecto ha dicho: "Si interpretamos el empirismo como una teoría de la verdad, entonces lo que Davidson le imputa como un tercer dogma está correctamente imputado y correctamente abandonado. En consecuencia, echamos por la borda al empirismo en tanto teoría de la verdad. Eso está bien. Sin embargo, como una teoría de la evidencia, el empirismo sigue con nosotros, pero, ciertamente, sin los dos viejos dogmas. El presunto tercer dogma, entendido ahora no en relación con la verdad, sino con la creencia justificada, permanece intacto. Tiene a la vez un aspecto descriptivo y un aspecto normativo, y en ninguno de estos aspectos me parece un dogma. Es lo que hace que el método científico sea parcialmente empírico y no únicamente una búsqueda de coherencia interna. Ha necesitado en verdad ciertos ajustes, y los ha recibido." Cf. Willard Van Orman Quine, "Sobre la idea misma de un tercer dogma" en su *Teorías y cosas*, pp. 53-58; p. 54s.

¹⁶¹ Cf. Donald Davidson, "Theories of Meaning and Learnable Languages" en sus *Inquiries into Truth and Interpretation*, 2da ed., pp. 3-15; p. 3.

predicados de objetos físicos, para luego llegar a la de predicados complejos, términos singulares de objetos inobservables y términos teóricos, dando en algún momento feliz el salto hacia la oración a través de expresiones como ‘Fuego’ o ‘Gavagai’¹⁶². Algunos representantes contemporáneos de esta filosofía equiparan a la ostensión con una especie de “confrontación directa,” sosteniendo, en este sentido, que es necesario que ciertos términos universales, al estar conectados con partes particulares de nuestra experiencia, sean aprendidos como predicados de particulares demostrativamente identificados, si se cree que han de ser entendidos de alguna manera¹⁶³.

Frente a estas ideas, Davidson se declara escéptico. De acuerdo con su parecer, no habría razón alguna para pensar que el aprendizaje ostensivo de predicados esté relacionado con la jerarquía y prioridad epistemológicas de los términos “observacionales” según el cuadro empirista, y que no pueda acaecer de otra manera. Tampoco habría razón para que la referencia a particulares sea a través de demostrativos. Además, afirma que el hablar de los datos de los sentidos es algo que se aprende después de hablar sobre objetos físicos¹⁶⁴. Para Davidson, en suma, ninguna teoría del lenguaje que ignore la característica necesaria de los lenguajes naturales, en tanto lenguajes que pueden ser aprendidos, es una teoría filosóficamente satisfactoria. Y esta característica no sería otra que el hecho de que permitan dar cuenta constructiva o en términos composicionales del significado de sus oraciones, o, lo que es lo mismo, de que el lenguaje tenga un número finito de primitivos semánticos¹⁶⁵. Pues, de suceder lo contrario, es decir, en el caso de que exista una infinidad de expresiones primitivas,

¹⁶² La alusión es a la frase nominal de Quine, quien en el capítulo dos de su *Word and Object* sugiere el proyecto de la traducción radical. Cf. Quine, *Word and Object*, pp. 26-79.

¹⁶³ La alusión es a P. F. Strawson, “Singular Terms, Ontology and Identity” en *Mind*, N° 65, 1956, pp. 433-54; p 446, citado por Davidson, “Theories of Meaning and Learnable Languages”, p. 5s.

¹⁶⁴ Cf. *Ibid.*, p. 4ss.

¹⁶⁵ Una expresión es un ‘primitivo semántico’ si las reglas que dan el significado para las oraciones en las que no aparece no son suficientes para determinar el significado de las oraciones en las que sí aparece. Cf. *Ibid.*, p. 9.

tomaría un tiempo infinito aprenderlas, y, así, al ser imposible que un hablante llegue a conocerlas en su totalidad, nunca alguien aprendería en sentido estricto un lenguaje. Pero es una cuestión de hecho que los humanos aprenden a dominar los lenguajes naturales. Se revela, entonces, como absurda la idea de atribuir infinitud al conjunto integrado por los primitivos semánticos, siendo necesario aceptar que es un conjunto finito, y que nuestra comprensión del número potencialmente infinito de oraciones depende de la comprensión previa del significado de estos primitivos y de sus modos de combinarse. Esta explicación es, en principio, la teoría del significado¹⁶⁶.

Pero considérese que, aunque Davidson no conceda entidad al significado como objeto abstracto al cual se refiera cada palabra, no decide hacer a un lado los significados de palabras y oraciones por su identidad oscura, sino porque, en general, y paradójicamente, no son útiles para construir una teoría del significado¹⁶⁷. En efecto, es posible intentar dar cuenta de los significados de expresiones complejas sin requerir de significados para cada una de sus partes, llegando a trivialidades como ‘las oraciones sinónimas son aquellas cuyas partes son sinónimas.’ Para ello, identificándose el significado de un término singular con su referencia, se enunciaría una teoría que implique toda oración de la forma ‘t se refiere a x’ donde ‘t’ sea reemplazada por una descripción estructural de un término singular, y ‘x’ por el mismo término. Sin embargo, aun así, las dificultades persistirían. Pues los términos lógicamente equivalentes tienen la misma referencia, y un término singular no cambia su referencia

¹⁶⁶ O el “proyecto inicial,” como LePore y Ludwig lo han denominado en fecha reciente para marcar la diferencia con lo que identifican como “proyecto extendido” en la semántica de Davidson. Estos comentaristas declaran que el proyecto inicial no guarda relación directa con la búsqueda del significado de las expresiones primitivas, estando limitado a mostrar cómo contribuyen con el de las oraciones complejas, para, así, argumentar a favor del carácter composicional del lenguaje. El proyecto extendido, por otra parte, deshecha como inútil la noción reificada de significado para apelar a la teoría de la verdad como herramienta que nos permita comprender los significados de las oraciones complejas y de los primitivos que las componen. Cf. LePore y Ludwig, *Donald Davidson: Meaning, Truth, Language and Reality*, p. 22ss y p. 74ss.

¹⁶⁷ Una teoría *composicional* del significado. Es ya célebre su imagen: “Paradoxically, the one thing meanings do not seem to do is oil the wheels of a theory of meaning.” Donald Davidson, “Truth and Meaning” en sus *Inquiries into Truth and Interpretation*, 2da. ed., pp. 17-36; p. 20.

si un término singular contenido es reemplazado por otro con la misma referencia. Davidson ilustra esto recordando un contraejemplo definitivo de origen fregeano y de consecuencias aberrantes: si se supone que ‘R’ y ‘S’ abrevian cualquier par de oraciones similares en valor de verdad, las cuatro oraciones siguientes tendrían la misma referencia:

- (1) R
- (2) $\lambda(x = x.R) = \lambda(x = x)$
- (3) $\lambda(x = x.S) = \lambda(x = x)$
- (4) S

Pues (1) y (2) son lógicamente equivalentes, tanto como (3) y (4). Y (3) difiere de (2) sólo por contener el término singular ‘ $\lambda(x = x.S)$ ’ donde (2) contiene ‘ $\lambda(x = x.R)$ ’, refiriéndose éste y aquél a la misma cosa si los valores de verdad de ‘S’ y ‘R’ son idénticos. Y si el significado de una oración es aquello a lo que se refiere, se desprende que, al tener cualquier par de oraciones la misma referencia si tienen el mismo valor de verdad, todas las oraciones con idéntico valor de verdad deben ser sinónimas¹⁶⁸.

Davidson, por su parte, sugiere que, al describir la habilidad de una persona que ha aprendido a hablar, debemos, en virtud de una teoría adecuada, ser capaces, por un lado, de extraer la gramática del lenguaje en cuestión considerando expresiones tan sólo en su aspecto formal, y, por otro, de especificar, también bajo consideraciones puramente formales, qué significa cada oración, concibiendo su significado como una función de un número finito de sus componentes. Es manifiesto que ésta sea una postura holista, pues si el significado de las oraciones depende de la estructura de éstas, y, a su vez, el significado de cada primitivo semántico es entendible sólo como abstracción del conjunto potencial de oraciones en las que aparece, entonces, ofreceremos el significado

¹⁶⁸ Cf. *Ibid.*, p. 19. Davidson extrae el ejemplo de Alonzo Church, *Introduction to Mathematical Logic*, Vol 1, Princeton, Princeton University Press, 1956; p.24s.

de cualquier oración (o palabra) siempre que hagamos lo propio con cualquier oración (y palabra) en el lenguaje¹⁶⁹. De este modo, comprenderíamos cómo es que se da la consecución finita de una aptitud infinita, esto es, el aprendizaje de un lenguaje. Por ello, si un lenguaje dado carece de las condiciones que lo hagan objeto de este examen, no importa cuántas oraciones un hablante potencial aprenda a producir y entender, siempre permanecerán otras cuyo significado no ha sido dado por las reglas dominadas, no siendo, entonces, este lenguaje natural, pues no podría ser aprendido.

Ahora bien, la estructura de la teoría que nos permita dar esta explicación es – aunque relativizada a tiempos, lugares y circunstancias – idéntica a la del tipo de definición tarskiana del concepto semántico de verdad. A juicio de Davidson, ya que esta definición hace explícitas las condiciones bajo las cuales cada oración *o* es verdadera en el lenguaje *L* bajo estudio, proporciona también un método efectivo para determinar lo que significa cada oración *o* en ese mismo lenguaje *L*, sin que esto, por supuesto, implique igualar la noción de significado con la de condiciones de verdad¹⁷⁰.

A partir del siguiente esquema:

(V) *o* es V si y sólo si *p*

lo requerido por Davidson, dentro de las directrices de la Convención V de Alfred Tarski, pero esta vez como condición de adecuación material para una teoría del significado en un lenguaje *L*, es que, sin apelar a noción semántica distinta a la de verdad, satisfacción y referencia, implique *todas* las instancias del esquema V cuando ‘*o*’ es reemplazado por una descripción estructural de *cualquier* oración de *L*, y ‘*p*’ por esa oración, *o*, en su defecto, por su traducción si *L* no está incluido en el metalenguaje del caso. Así, las oraciones para las que el predicado ‘es V(erdadero)’ se aplica son sólo

¹⁶⁹ “Frege said that only in the context of a sentence does a word have meaning; in the same vein he might have added that only in the context of the language does a sentence (and therefore a word) have meaning.” *Op. Cit.*, p. 22.

¹⁷⁰ Cf. Davidson, “Theories of Meaning and Learnable Languages,” p. 8, y Donald Davidson, “In Defence of Convention T” en sus *Inquiries into Truth and Interpretation*, 2da ed., pp. 65-75; p. 70 y 74s.

las oraciones verdaderas de *L*. Por ello, de contener una definición recursiva de la verdad en *L*, una teoría del significado para este lenguaje muestra “cómo los significados de las oraciones dependen de los significados de las palabras”¹⁷¹.

Llegado a este punto, Davidson no puede evadir la objeción inmediata de que el lenguaje *L* paradigmático del cual habla Tarski y su Convención V es un lenguaje formalizado, y que, por consiguiente, no habría razón que justifique el extender sus observaciones al respecto hacia lenguajes naturales, aquellos para los que Davidson pretende enunciar una teoría del significado. Es más, Tarski rechaza desde el inicio la sola idea de definir el concepto de verdad de modo consistente y no confuso en el lenguaje cotidiano por la facilidad con la que se incurriría en paradojas semánticas de la familia del mentiroso, y porque, a final de cuentas, no hay de donde asirse para aplicar la metodología de las ciencias formales con corrección¹⁷².

Nuestro hombre, es cierto, admite este reparo. Pero no le interesa depurar de “términos ambiguos” a los lenguajes naturales, pues la ambigüedad no afectaría la forma gramatical, y pudiendo ser traducida, ambigüedad por ambigüedad, al metalenguaje, “una definición de la verdad no nos diría ninguna mentira”¹⁷³. Además, para él, bastaría con decir que las paradojas semánticas surgen sólo cuando se es “demasiado generoso” con el alcance de los cuantificadores del lenguaje objeto, para que resulte claro que estos presuntos vicios del lenguaje en cuestión no constituyen un

¹⁷¹ Cf. Davidson, “Truth and Meaning,” p. 23. Para Davidson, “to give a recursive theory of truth for a language is to show that the syntax of the language is formalizable in at least the sense that every true expression may be analysed as formed from elements (the ‘vocabulary’), a finite supply of which suffice for the language by the application of rules, a finite number of which suffice for the language.” *Op. Cit.*, p.57. En otras palabras, se dice que la definición de un concepto *x* es recursiva, si parte especificando una subclase de los objetos que, de alguna manera, instancian o ejemplifican dicho concepto; para, luego, especificar (implicar) al resto de objetos que también lo instancian, mediante una relación con los objetos de la primera subclase. Esto es lo que hace la convención V de Tarski con el predicado ‘es verdadero’ al no ocuparse de una definición en términos esenciales del concepto ‘verdad.’ En efecto, la convención V implica para toda oración del lenguaje objeto *L* un teorema u oración-V en donde son especificadas sus condiciones de verdad. Para mayores detalles, cf. Tarski, *Op. Cit.*

¹⁷² Cf. *Ibid.*, p. 165.

¹⁷³ Cf. *Op. Cit.*, p. 30.

obstáculo conceptual para el despliegue normal de su propuesta. Habría, pues, que procurar evitarlos a través de ciertas modificaciones en el lenguaje natural. Davidson es consciente, no obstante, que de llevar a cabo esta tarea, el lenguaje natural terminaría siendo irreconocible antes de que se pueda aplicar sobre él con toda soltura los métodos formales de la semántica, y que, de esta manera, su teoría del significado iría contra su propósito inicial de comprender y describir la naturaleza del lenguaje, optando por cambiarlo para satisfacer criterios puramente teóricos y ajenos a los de la comunicación en sí¹⁷⁴. Sin embargo, esta implicancia, aunque plausible, tampoco es un obstáculo para la propuesta de Davidson. Pues aduce que Tarski enseñó cómo elaborar una teoría para lenguajes formales interpretados de diversas maneras, y que es necesario que exista uno muy parecido – en este caso – al castellano, el cual, al haber sido explicado en esta lengua, y contener, por tanto, mucho de ella, deberá concebirse como una parte del inglés para quienes lo aprendieron y entienden. De acuerdo con esta hipótesis, un fragmento de un lenguaje natural como el castellano satisfaría la adecuación material de la Convención V. y sería, en consecuencia, posible que se extienda la teoría a oraciones del castellano natural que tengan las mismas condiciones de verdad que algunas oraciones de su fragmento¹⁷⁵.

Pero, por último, Davidson tampoco evade las acusaciones de que, a diferencia de Tarski, quien pensaba que una teoría semántica para un lenguaje debía poder ser enunciada por cualquiera sin que se altere el valor de lo enunciado, él no podrá hacer efectivo tal *desideratum* en su proyecto de aplicar una teoría de la verdad de este estilo como teoría del significado a los lenguajes naturales, lenguajes atiborrados de

¹⁷⁴ Davidson no es un reformista: “Like Quine, I am interested in how English and languages like it (i.e. all languages) work, but, unlike Quine, I am not concerned to improve on it or change it. (I am the conservative and he is the Marxist here.)”. Donald Davidson, “Reply to Quine on Events” en Ernest LePore (ed.), *Actions and Events: Perspectives on the Philosophy of Donald Davidson*, Oxford, Blackwell, 1985, pp. 172-176; p. 172.

¹⁷⁵ Cf. *Op. Cit.*, p. 28s.

demostrativos, y en donde la *misma* oración puede ser en un tiempo, o para un hablante, verdadera, y en otro tiempo, y para otro hablante, falsa. Es previsible que, siguiendo su “política conservadora,” Davidson no elimine los demostrativos del lenguaje natural, sino que, antes bien, modifique su teoría para que los incluya y, aun así, satisfaga sus requerimientos formales. Decide, por ello, tratar a los demostrativos como términos constantes. El resultado que arroja esta salida es que para cada expresión conteniendo un demostrativo, la teoría deberá implicar una oración-V que relativice a tiempo, hablante y circunstancias, las condiciones de verdad de las oraciones en las que aquella expresión ocurra¹⁷⁶. Se aprecia, pues, que el esquema V original ha sido alterado, y que sus instancias, las oraciones-V, presentan ahora las siguientes características:

- (5) ‘Estoy cansado’ es verdadera en tanto
(potencialmente) hablada por p en t si y sólo
p está cansado en t.
- (6) ‘Ese libro es robado’ es verdadera en tanto
(potencialmente) hablada por p en t si y sólo
el libro demostrado por p en t fue robado
antes de t.

¹⁷⁶ Cf. *Ibid.*, p. 33s., y Donald Davidson, “Semantics for Natural Languages” en sus *Inquiries into Truth and Interpretation*, 2da ed., pp. 55-64; p. 58. Davidson admite que, a pesar de esto, permanecen muchas otras dificultades que vadean antes que su propuesta quede inmune a futuras objeciones, tales como las que se originarían debido a su ignorancia con respecto de la forma lógica de oraciones contrafácticas, subjuntivas y probabilísticas, así como, entre otras cosas más, del no saber cuál es el rol lógico de los adverbios, y de no haber ofrecido una explicación clara sobre oraciones de creencia, percepción e intención – además, por cierto, de que su propuesta daría pie a pensar que oraciones sin valor de verdad, como los imperativos e interrogativos, no tendrían significado. Pero, finalmente, el desarrollo de su programa de investigación luego de enunciado consiste en subsanar las aparentes dificultades que presentan estas expresiones de modo que pueda aplicárseles el paradigma de Tarski. Al respecto de esto último, cf. Donald Davidson, “Quotation,” “On Saying That” y “Moods and Performances” en su *Inquiries into Truth and Interpretation*, 2da ed., pp. 79-92, 93-108 y 109-121, respectivamente; y Donald Davidson, “The Logical Form of Action Sentences,” “Causal Relations,” “The Individuation of Events,” “Events as Particulars” y “Eternal vs. Ephemeral Events” en sus *Essays on Actions and Events*, 2da ed., Nueva York, Oxford University Press, 2001; pp. 105-122, 149-162, 163-180, 181-188, 189-203, respectivamente.

2. Teoría de la verdad *qua* teoría de la interpretación

La teoría davidsoniana del significado recién esbozada pretende ser una teoría empírica correcta que explique el funcionamiento de un lenguaje natural, y, por consiguiente, una teoría que, mediante la comparación de sus consecuencias con los hechos, esté sujeta a ser contrastada. Lo que, como es de intuir, en el caso presente acaece de modo inmediato, aun cuando, con una oración-V para cada oración del lenguaje objeto *L*, dispongamos de un conjunto infinito de consecuencias, pues aquélla es una definición recursiva y el lenguaje objeto estaría incluido en el metalenguaje, lo que permite que *p*, es decir, las condiciones de verdad de una oración *o*, sea reemplazada, de alguna manera, por la misma oración *o*. Pero debe considerarse que no es necesario que el lenguaje objeto esté incluido en el metalenguaje. De hecho, relativizando la teoría de la verdad a tiempos y hablantes, de modo que haga las veces de teoría del significado para el lenguaje natural, se debe estar en condiciones de especificar un tipo de prueba empírica que permita contrastar esta teoría, en tanto enunciada en un lenguaje particular como el castellano, dentro del dominio de oraciones pertenecientes a un lenguaje natural foráneo, y que, para el caso, sea desconocido de quien eventualmente cubra la tarea de someter a contraste último la propuesta semántica de Davidson. Este tipo de prueba, la interpretación radical, deberá, por supuesto, satisfacer una serie de constreñimientos de índole formal y empírica para que, a través de ella, se declare validada la teoría de la verdad *qua* teoría del significado, y se prosiga en el acto a desprender las posibles implicancias metafísicas y epistemológicas de esta filosofía.

Para Donald Davidson, toda comprensión del discurso de otro, sea hablante de la misma lengua o de una extranjera, involucra una interpretación radical¹⁷⁷. Por ello, sugiere que es necesario inquirir sobre cuáles sean las condiciones de posibilidad de la interpretación, es decir, poner en acto con la ayuda del lingüista y el psicólogo la construcción de una teoría filosófica en torno a lo que se debe saber para ser competente en la redescipción del discurso de un otro de cuya lengua o actitudes proposicionales se sea por completo ignorante, y, además, sobre cómo se dispuso de la evidencia pertinente¹⁷⁸. Pero no se trata de dar cuenta de la adquisición empírica de datos particulares que nos permitan comprender el discurso de determinado sujeto. Lo que se busca, antes bien, es enunciar una teoría general de la interpretación que nos capacite en el entendimiento efectivo de cualquiera de la infinidad de oraciones que el hablante objeto de estudio esté en condiciones de emitir. Esta teoría deberá, en principio, hacer explícito de manera finita lo que se requiere para la interpretación. Además, deberá estar refrendada por evidencia disponible al intérprete radical eventual que no sepa cómo interpretar las expresiones que la teoría tenga como correlato y que no conozca interpretaciones correctas modelo¹⁷⁹. Ambos requisitos, a juicio de Davidson, *sólo* pueden ser satisfechos por el uso de una teoría explícitamente semántica, en particular, por una teoría tarskiana de la verdad modificada de tal manera que resulte aplicable a los lenguajes naturales como teoría de la interpretación. Según ésta, las oraciones podrían ser interpretadas de saberse las condiciones de verdad bajo las cuales se

¹⁷⁷ Davidson es enfático al respecto: "All understanding of the speech of another involves radical interpretation." Donald Davidson, "Radical Interpretation" en sus *Inquiries into Truth and Interpretation*, 2da ed., pp. 125-139; p. 125.

¹⁷⁸ Cf. Donald Davidson, "Belief and the Basis of Meaning" en sus *Inquiries into Truth and Interpretation*, 2da ed., pp. 141-154; p. 141s.

¹⁷⁹ Cf. *Op. Cit.*, p. 127s.

afirman. La teoría, así, daría, por un lado, condiciones de verdad, y, por otro, produciría interpretaciones al “dar el significado” de las oraciones de su lenguaje objeto¹⁸⁰.

Por supuesto, ya se ha dicho cuán dudoso es que teorías de la verdad de este tipo puedan extenderse a un lenguaje natural. Como se sabe, en las teorías tarskianas rige la Convención V que implica para cualquier oración *o* del lenguaje objeto – en este caso, el lenguaje a ser interpretado – una oración de la forma:

(V') *o* es verdadera (en el lenguaje objeto) si y sólo si *p*,

siendo oraciones-V las instancias de (V') obtenidas al reemplazar ‘*o*’ por una descripción canónica de *o*, y ‘*p*’ por una traducción de *o*. Es obvio que las oraciones-V enuncian las condiciones de verdad usando los mismos elementos de las oraciones *o*. Y, en el caso de aplicar esta teoría a los lenguajes naturales, las oraciones-V deberían enunciar condiciones de verdad de oraciones *o* que contengan, entre otros, atribuciones de actitudes proposicionales, modalidad, contrafácticos, y, aun, indicativos de autoreferencia que den pie a la paradoja. Esta vez, Davidson pretende salvar dificultades como las encontradas en la sección anterior, dando cuenta del concepto de verdad no para todo el lenguaje, sino para una parte cuidadosamente seleccionada conteniendo una infinidad de oraciones que agoten el poder expresivo del lenguaje completo en cuestión. Asimismo, Davidson pretende unir cada una de las oraciones excluidas de la selección inicial a una o más de las oraciones para las que se caracterizó la verdad, y que muestran la estructura lógica de todas las oraciones¹⁸¹.

Pero ¿cómo es posible justificar una teoría de la verdad como teoría de la interpretación apelando a evidencia previa a la interpretación?

Recuérdese que Tarski consideraba a las oraciones-V como verdaderas porque asumía a *p* como traducción de las condiciones de verdad de la oración *o*. Por su parte,

¹⁸⁰ Cf. *Ibid.*, p. 131 y *Op. Cit.*, p. 153.

¹⁸¹ Cf. *Op. Cit.*, p. 133.

Davidson *revierte* esta estrategia. En efecto, a diferencia de Tarski, quien asumía como dadas las nociones de sinonimia o traducción para definir a la verdad, su proceder consiste en tomar como noción básica a la verdad para, a partir de ella, dar cuenta de la traducción o interpretación, algo que podría efectuarse si se concibe a la verdad como propiedad que puede o no ser adjuntada a expresiones que tienen de por sí una interpretación. Dicho de otro modo, Davidson no somete a examen sintáctico a las oraciones-V para declarar su validez, pues la teoría de la interpretación radical que se propone aducir tiene como problemático el concepto de traducción implícito en la Convención V, el cual, yendo contra la presunta ignorancia absoluta de nuestro intérprete, invita a pensar en un conocimiento previo del significado de las oraciones expresadas por el hablante. Para Davidson, sin embargo, no sería nada difícil enunciar la convención V sin apelar al concepto de traducción. Para ello, reemplaza ‘p’ en (V’) por una oración que sea verdadera si y sólo si *o* lo es; con esto, asegura haber cubierto los estreñimientos formales que exigían una axiomatización finita de la teoría¹⁸².

Sin duda, la evidencia empírica de la que dispondría el intérprete radical para sostener la verdad de una oración-V obtenida en su trabajo de campo, no debe estar ligada al conocimiento de creencias e intenciones del hablante que expresa la oración *o*, pues la atribución de actitudes proposicionales requiere de una teoría con la misma evidencia que la de la interpretación. Es manifiesto, por otra parte, que la base evidencial deseable se constituya por expresiones no interpretadas, ya que de esta manera la teoría sería de naturaleza específicamente semántica, mientras que la evidencia, disponible aun para el investigador que no conozca la teoría, sería descrita en términos no semánticos y no lingüísticos¹⁸³. Siguiendo a Davidson, será menester *asumir* que todo intérprete radical pueda reconocer el hecho de que, en cierto momento,

¹⁸² Cf. *Ibid.*, p. 134 y *Op. Cit.*, p. 153s.

¹⁸³ Cf. *Ibid.*, p. 142s.

y bajo circunstancias determinadas, el hablante del lenguaje a ser interpretado sostenga que una oración es verdadera (*hold a sentence to be true*) – i.e. que la asiente – en respuesta a eventos o condiciones de su ambiente circundante, aunque, como es manifiesto, no sepa de ante mano cuál es el significado de esta expresión ni las creencias o intenciones que la auspicien, pues es imposible conocer lo que significa alguien si no se sabe lo que cree, y no se puede saber lo que cree a menos que se sepa lo que él o ella significa. La interpretación radical quebraría este círculo al tener como supuesto el que sea posible reconocer el asentimiento de una oración sin conocer su significado ni las creencias del hablante que la expresa. A esto, se reduce la evidencia disponible que justifica el empleo de una teoría de la verdad como teoría de la interpretación, siendo la evidencia para la interpretación de una expresión particular, a su vez, evidencia para la interpretación de todas las expresiones de un hablante o comunidad, pues es lógica y temporalmente anterior¹⁸⁴.

En resumen, una teoría como ésta postula que especificando las condiciones de verdad se llega a una interpretación. Y no sería la oración-V sola la que lo permitiría, sino su prueba canónica en donde es reflejada la forma lógica que la teoría asigna a la oración *o* revelando en cierta medida su significado, pues Davidson cree mostrar que el tipo referido de evidencia, a saber, la afirmación o asentimiento de una oración por parte del hablante, proporciona un *test* para aceptar las oraciones-V como correctas¹⁸⁵. Así, por ejemplo,

¹⁸⁴ Davidson admite que el afirmar una oración es una creencia, a saber, creer que la oración afirmada es verdadera. No obstante esto, y el haber negado la atribución de creencias como base evidencial plausible para la teoría de la interpretación radical, asume como evidencia de esta misma teoría al afirmar la veracidad o falsedad de las oraciones por parte del hablante. A su juicio, no se le podría objetar el incurrir en contradicción, pues la afirmación sería una creencia de las más simples, al poder ser aplicada a cualquier oración. Supone, así, que se sabe qué oraciones son afirmadas, restando por conocer qué significan. Cf. *Ibid.*, pp. 142, 145 y 148, *Op. Cit* p.135, y Donald Davidson, "Thought and Talk" en sus *Inquiries into Truth and Interpretation*, 2da ed., pp. 155-170; 161s.

¹⁸⁵ Cf. *Op. Cit*, pp. 135 y 138. Por supuesto, Davidson no sugiere que del hecho de que la interpretación radical de los lenguajes naturales sea posible se infiera que *deba* serlo. Cf. Donald Davidson, "Radical Interpretation Interpreted" en J. E. Tomberlin (ed.), *Philosophical Perspectives: Logic and Language*,

(V'') 'It is raining' es verdadera (en inglés) cuando
es hablada por x en el tiempo t si y sólo si
está lloviendo cerca de x en t .

tendría *prima facie* como evidencia de su verdad a

(E) Donald pertenece a la comunidad angloparlante, y
Donald sostiene que 'It is raining' es verdadera
el sábado en la mañana y está lloviendo cerca de
Donald el sábado en la mañana.

Nótese que, para adquirir la condición de axiomas de una teoría de la verdad, el paso de la evidencia a las oraciones-V del nuevo esquema, deberá estar guiado por el así llamado principio de caridad¹⁸⁶. Según éste, en un primer enfoque, el intérprete está en la obligación de conferir sentido en términos racionales a las expresiones del hablante, escogiendo condiciones de verdad que las hagan verdaderas y maximizando en la medida de lo posible el acuerdo entre sus creencias. Tal cosa no implica que se declare inmune de error al discurso del hablante. Por lo contrario, este procedimiento sirve para

Vol. 8, Atascadero, Ridgeview, 1994, pp. 121-128; p. 121. Ésta es una réplica a la crítica de la que fue objeto por parte de Fodor y LePore, quienes sostienen que la interpretación radical, tal como la presenta Davidson, no sería posible, y que, en realidad, no es siquiera una cuestión de hecho, sino un mero experimento mental que falla en su intento de dar cuenta de la naturaleza de la interpretación, pues no sería posible apelar a la interpretación real, a la del *hic et nunc*, para argumentar a favor del modelo explicativo del fenómeno de la comunicación, en general, y de la interpretación, en particular, que representa la teoría de la interpretación radical. Cf. Jerry Fodor y Ernest LePore, "Is Radical Interpretation Possible?" en Tomberlin, *Op. Cit.*, pp. 101-119. Además, cf. Robert Sinclair, "What is Radical Interpretation? Davidson, Fodor, and the Naturalization of Philosophy" en *Inquiry*, Vol. 45, N° 2, 2002, pp. 161-184. En este artículo se encontrará una defensa de Davidson, recalándose, en contra de las objeciones de Fodor y LePore, que, por un lado, el proyecto de la interpretación radical, en tanto prueba empírica de la teoría de la verdad como teoría del significado, no abandona el paradigma naturalista inaugurado por Quine que toma a la filosofía como continuo y no como fundamento de la ciencia, siendo, por decirlo así, un naturalismo que cabría etiquetar de "no esencialista;" y, por otro, recalca que el proyecto de la interpretación radical no busca dar cuenta de cómo se entiende en realidad a un hablante, es decir, de cómo se da este fenómeno en tanto cuestión de hecho, sino que, más bien, pretende inquirir por las condiciones mismas de posibilidad de la interpretación, aquellas sin las cuales ninguna sería posible, lo que se entiende por constreñimientos formales, empíricos, y, aun, trascendentales (como el así llamado principio de caridad) de los que requiere un acto interpretativo para ser tal.

¹⁸⁶ Principio introducido originalmente por N. Wilson, "Substances without Substrata" en *Review of Metaphysics* N° 12, 1959; pp. 521-539. Quine lo extrae de este artículo para elevarlo a máxima de su proyecto de traducción radical, y ordena evitar que la traducción acuse un sinsentido mayor al común en el pensamiento del hablante objeto de estudio, pues, de no tenerse este cuidado, se incurriría con suma facilidad en una mala traducción. Cf. Willard V. Quine, *Word and Object*, p. 59.

sentar un acuerdo extendido, el único trasfondo racional posible para dar origen a la disputa o interpretar cualquier error¹⁸⁷. Davidson también ha presentado el principio de caridad de manera bifurcada como Principio de Coherencia y Principio de Correspondencia. En el primer caso, el intérprete habrá de descubrir consistencia lógica en el pensamiento del hablante; mientras que en el segundo, deberá creer que éste responde a las mismas características del mundo, y que lo hace como él lo haría de encontrarse en circunstancias similares, atribuyéndole, así, creencias verdaderas. Pues es supuesto que el principio de caridad y los estándares interpretativos de coherencia discursiva y correspondencia con los hechos se aplican tanto al hablante como a su intérprete. Una interpretación radical exitosa, en suma, como la buscada por Davidson para justificar su semántica, atribuye al hablante interpretado una racionalidad básica¹⁸⁸.

¹⁸⁷ En palabras de Davidson: "To see too much unreason on the part of others is simply to undermine our ability to understand what it is they are so unreasonable about." Davidson, "Belief and the Basis of Meaning," p. 153. Además, cf. Davidson, "Truth and Meaning," p. 27.

¹⁸⁸ Cf. Donald Davidson, "Three Varieties of Knowledge" en su *Subjective, Intersubjective, Objective*, Nueva York, Oxford University Press, 2001, pp. 205-220; p. 211. En una exégesis crítica de los escritos de Davidson, LePore y Ludwig sugieren tres interpretaciones afines e interconectadas del principio de caridad. La primera, la Veracidad, es que, *ceteribus paribus*, las actitudes de asentimiento de un hablante dirigidas hacia oraciones ocasionales son verdaderas; la segunda, la Caridad, es que, *ceteris paribus*, las creencias de un hablante sobre su contexto son verdaderas; la tercera, el Acuerdo, es que, *ceteris paribus*, el hablante y el intérprete *deben de estar de acuerdo*. Cf. LePore y Ludwig, *Donald Davidson: Meaning, Truth, Language and Reality*, p. 185ss. Además, es conocida la reformulación del principio de caridad por parte de David Lewis, quien, modificando el proyecto radical de interpretación davidsoniano, introduce, además de aquél, cinco principios más (racionalización, veracidad, generatividad, manifestación y triangularidad). Entendido por Lewis, el principio de caridad no se limita a atribuir corrección gratuita al sujeto interpretado, pues, considerando su historia y acceso a la evidencia, a la vez que atribuirle coherencia y creencias verdaderas, también procede a adscribirle los errores y falsedades que nosotros, los intérpretes radicales, habríamos sostenido de estar en su lugar; así, pues, la caridad sería un principio que nos inhibe de atribuir verdad o falsedad a las creencias de un hablante sin considerar su posición, lo que, por supuesto, no presupone que se conozca de ante mano el significado de las expresiones a interpretar, pues, de lo contrario, no habría ninguna interpretación que llevar a cabo. Cf. David Lewis, "Radical Interpretation" en sus *Philosophical Papers*, Vol I, Nueva York, Oxford University Press, 1983, pp. 108-121; p. 112s.

CAPÍTULO V

EL TERCER DOGMA DEL EMPIRISMO

En su realización, la teoría de la interpretación radical recién esbozada llega a sugerir que una comunidad de hablantes que comparta el mismo lenguaje, debe compartir también una visión del mundo en gran medida correcta. Pues, al ser el error de un sujeto comprensible tan sólo sobre la base de creencias que comparta con quien lo acuse de errado, si se *atribuye* un error masivo a la visión interpretada estamos refutando las pretensiones de validez de nuestro propio acto interpretativo. Sin un suelo proposicional común creado a partir del principio de caridad no hay lugar para la interpretación ni, mucho menos, para la disputa, y, por ello, la posibilidad de *atribuir* error total a otro es lógicamente nula¹⁸⁹. Esto, por supuesto, no quiere decir que se esté negando la posibilidad de que un individuo, una comunidad, o la humanidad en su conjunto, incurran en el error masivo, o que estén ahora mismo y sin salida inmersos en él, sino que es imposible que se *atribuya* a un sujeto este tipo de error. Nadie lo puede hacer, ni siquiera un intérprete omnisciente, pues, como se ha mostrado, la interpretación, y la consiguiente *atribución* de error, suponen creencias compartidas, no importa cuán pocas sean, y esto, a su vez, supone que el error del otro esté en función del sistema de

¹⁸⁹ Cf. Donald Davidson, "A Coherence Theory of Truth and Knowledge" en su *Subjective, Intersubjective, Objective*, pp. 137-157; p. 150. Además, cf. Barry Stroud, "Radical Interpretation and Philosophical Scepticism" en Lewis Edwin Hahn (ed.) *The Philosophy of Donald Davidson*, The Library of Living Philosophers, Vol. XXVII, La Salle, Illinois, Open Court, 1999; pp. 139-161.

creencias que ambas partes tienen por verdadero, y, así, que sea un error únicamente parcial.

En una palabra, si los humanos estuviesen equivocados por completo, ni el mismo Dios sería capaz de advertirlo, pues su condición de omnisciente lo ataría también a este error; y, yendo contra el aforismo de Demócrito establecido a estas alturas de la historia inclusive en el sentido común¹⁹⁰, se puede afirmar que *la falsedad es lo que yace en lo más profundo del pozo*, y la verdad lo que flota en su superficie y está al alcance de todos.

La enseñanza que Davidson extrae de este argumento es que al revelar las características generales del lenguaje, vehículo de comunicación y de creencias nunca erradas por completo, se revela *a fortiori* las características de la realidad y el mundo. Por supuesto, esta concepción metafísica no supone una escisión entre lenguaje y realidad. La sugerencia se reduce a sostener que si las condiciones de verdad de oraciones se colocan en el contexto de una teoría comprensiva del lenguaje como la desarrollada en el capítulo anterior, la estructura lingüística que emerja reflejará las características generales de la realidad¹⁹¹. Es preciso tener tal cosa en cuenta para apreciar el alcance de la crítica davidsoniana en contra del tipo de empirismo que auspicia a la doctrina de la inconmensurabilidad entre esquemas conceptuales.

Davidson sigue a Quine en su crítica del empirismo tradicional, pero, a diferencia de éste, no suscribe el “empirismo ilustrado,” pues lo percibe tan dogmático y lógicamente pútrido como el anterior. Su objeto es, antes bien, eliminar definitivamente al empirismo del horizonte filosófico. En “On the Very Idea of a Conceptual Scheme,” Davidson pone al descubierto el dualismo esquema-contenido como tercer dogma del

¹⁹⁰ Cf. Hermann Diels y Walter Kranz, *Die Fragmente der Vorsokratiker*, Vol. II, 6ta ed., Berlín, Weidmannsche Buchhandlung, 1951; p. 166, Fr. 68 B 117.

¹⁹¹ Cf. Donald Davidson, “The Method of Truth in Metaphysics” en sus *Inquiries into Truth and Interpretation*, 2da ed., pp. 199-214; p. 201.

empirismo. Y muestra que la creencia en un esquema organizador y algo a la espera de ser organizado es ininteligible de cara a sus presuntas consecuencias epistemológicas.

Este capítulo ofrece una presentación pormenorizada de los argumentos esgrimidos por Davidson para rechazar el dualismo esquema-contenido. La primera sección analiza el concepto de esquema en tanto parte de este dualismo y permite inferir que su empleo en dicho contexto resulta contradictorio con las tesis que estaría llamado a defender. La segunda sección, mientras tanto, observa que la relación entre esquema y contenido supuesta por el dualismo de marras tampoco ayuda a hacer inteligible las tesis relativistas de sus defensores y que, en contra de sus expectativas, nos invita a rechazarlas por paradójicas, y, en el mejor de los casos, por ser infundadas. Aunque estas dos secciones refuten al dualismo esquema-contenido, la tercera puede considerarse complementaria, pues también aporta argumentos para la crítica de algo que, como el empirismo, ya está desahuciado. Esta sección aborda la problemática del contenido, tal y como se revela en la disputa entre las teorías proximal y distal del significado y la evidencia a partir de “Meaning, Truth and Evidence.” La teoría distal aparece aquí como salida al escepticismo y relativismo latentes en la teoría proximal de Quine. Se apreciará cómo Davidson, adoptando una teoría distal, rechaza al empirismo junto con su tercer y último dogma.

1. Esquema

Davidson indica las tres definiciones más corrientes de ‘esquema conceptual’ que podemos ubicar en los debates filosóficos:

- (a) Puntos de vista desde los cuales los individuos, las culturas y las épocas escrutan lo que pasa antes ellos.
- (b) Sistemas de categorías que dan forma a los datos de la sensación.

(c) Modos de organizar la experiencia (el universo, el mundo, la naturaleza).

Es pertinente señalar que estas definiciones se ajustan a posturas que sostengan la existencia de un solo esquema o de múltiples y variados. Pues en la idea misma de esquema conceptual se halla implícita la posibilidad de esquemas alternativos, aun cuando en la actualidad, por causas contingentes, sólo exista uno. Además, en estas definiciones figura una invitación latente e inevitable al relativismo, pues todas sugieren que dado el caso de que los esquemas no sean traducibles entre sí, las creencias, deseos, esperanzas y conocimientos de una persona en particular no tendrían equivalente alguno en aquellas personas que cuentan con un esquema diferente. Y sucede que el relativismo conceptual postula precisamente esto, es decir, que

(TR) Los esquemas conceptuales no son traducibles (comparables) entre sí, o, si se prefiere, siguiendo la terminología de Kuhn y Feyerabend, que son inconmensurables. La realidad, de acuerdo con esta doctrina, es relativa a los esquemas, y lo que es real para uno puede no serlo para otro¹⁹².

Para Davidson, como para cualquier lector de sensibilidad estética encendida, el relativismo conceptual es una “doctrina embriagadora y exótica”¹⁹³. Sin embargo, cuando, al intentar dar sentido a esta postura, asumimos un espíritu lógico e inquisitivo, la excitación y el entusiasmo desaparecen irremediabilmente de cara a la radicalidad de sus tesis. Pero, tal vez, el desencanto empiece tan pronto como reparamos en la sola formulación verbal de éstas. En efecto, Davidson recuerda el caso de Benjamin Lee Whorf, quien, en su intento por “demostrar” que la metafísica subyacente al hopi hace imposible que este lenguaje se “ calibre” con el inglés, utiliza al inglés para explicar la naturaleza de tal metafísica en toda su incompatibilidad. Cosa similar a lo que sucede en otro autor, cuya obra, *La estructura de las revoluciones científicas*, es un hito en la

¹⁹² Cf. Donald Davidson, “On the Very Idea of a Conceptual Scheme” en su *Inquiries into Truth and Interpretation*, 2da ed. Nueva York, Oxford University Press, 2001, pp. 183-198; p. 183.

¹⁹³ *Loc. Cit.*

literatura relativista del siglo XX. Pues Kuhn explica el discurso pre-revolucionario mediante el lenguaje post-revolucionario, siendo, no obstante, ambos, según el propio Kuhn, inconmensurables entre sí¹⁹⁴.

Hechas estas observaciones, Davidson pasa a refutar una a una las definiciones de esquema conceptual que es sólo ofrecer.

Así, empieza rechazando a (a), ya que, según la experiencia de todos, es la más popular dentro de la filosofía como fuera de ella, en el ámbito y discurso de la vida cotidiana. La metáfora de los distintos puntos de vista o diferentes perspectivas encierra, en este sentido, una paradoja subyacente, una que mina fatalmente sus propios fines. Pues, de ser verdadera, supondría un sistema compartido de coordenadas que los identifique en tanto puntos de vista distintos de un objeto, y ello implica que, al ser parte de un mismo sistema, los puntos de vista sean comparables entre sí, cosa que niega de entrada (TR), la tesis relativista de la inconmensurabilidad¹⁹⁵. Ésta, por tanto, si es verdadera, es falsa. Y si es falsa, hace inocua a (a) como definición, pues no habría necesidad de establecer un concepto tan radical como el de esquemas conceptuales si todos son comparables y, por consiguiente, traducibles entre sí. Entonces, el hecho de que existan diferentes puntos de vista de la realidad presupone la posibilidad de compararlos, y ello, por lo mismo, despoja a esta idea de todo su encanto y excentricidad.

Davidson refuta a (b) partiendo del común asociar la posesión de un lenguaje con la posesión de un esquema conceptual.

(EL) Donde difieran los *esquemas conceptuales* también difieren los *lenguajes*.

Si, de acuerdo con (TR), los esquemas conceptuales no son traducibles entre sí, entonces, en una vena relativista deberíamos interpretar a (EL), como afirmando de

¹⁹⁴ Cf. *Ibid.*, p. 184.

¹⁹⁵ Cf. *Loc. Cit.*

manera tácita que los lenguajes tampoco son intertraducibles. Pues, si hay manera de traducir un lenguaje a otro, los hablantes de distintos lenguajes podrían compartir un esquema conceptual, lo que precisamente niega (EL). Esta situación obliga a que el relativismo, si desea permanecer incólume, sostenga que *el lenguaje distorsiona la realidad* y, ya que lo distorsionado es posible sólo si se concibe algo que no padece de distorsión, que *la mente capta sin palabras las cosas como realmente son*¹⁹⁶. Pero, aun así, resulta necesariamente afectado, ya que si, para captar las cosas como son en realidad, la mente debe prescindir del lenguaje, entonces, la percepción de la realidad no está mediada por categorías o conceptos, y, así, por ningún esquema conceptual, en contra de lo que postula (b). Otra vez, a partir de sus propias razones, aparece una paradoja indeseable para el relativista. Si (TR) es verdadero, (b) es falso, y si (b) es verdadero, (TR) es falso.

Davidson cree que es imposible afirmar la verdad de (EL), inclusive para quien sostenga (TR), como hemos visto. El lenguaje no distorsiona la percepción de la realidad por parte del individuo porque éste no puede perder el lenguaje reteniendo la mente o propiedad del pensar. Un esquema conceptual no estaría identificado con un lenguaje en particular, sino con un conjunto de lenguajes, y, si esto es así, los lenguajes deben ser intertraducibles. Lo que quita nuevamente el hábito de turbulencia a la idea misma de esquema conceptual.

Para Davidson, la intraducibilidad global que postula (TR) no resulta aceptable por tales razones, aunque la intraducibilidad parcial sí lo sea, pues es una cuestión de hecho que hay subconjuntos de oraciones pertenecientes a un lenguaje que, a diferencia

¹⁹⁶ Cf. *Ibid.*, p. 185.

de sus pares, no se pueden verter a otros lenguajes. En breve, *la traducibilidad es criterio de lingüisticidad*¹⁹⁷.

(c) está estrechamente vinculada a (b), pues una y otra definiciones aluden un sistema que estructura la experiencia y los datos de la sensación, respectivamente. Éste es un dualismo entre algo (esquema) que organiza y algo (experiencia) que espera ser organizado, y entre algo (esquema) que da forma y algo (datos de la sensación) que espera recibirla. El dualismo en cuestión, presupuesto por (b) y (c), es el dualismo esquema-contenido. La segunda sección del presente capítulo tiene como tarea dar cuenta de la refutación davidsoniana de este presupuesto. Aquí, en la primera sección, la sección en curso, el trabajo se limita a las definiciones de esquema conceptual, y el resultado permite comprender que, aun dando por válido el dualismo esquema-contenido, es posible rebatir las dos definiciones mencionadas – inclusive, una, la definición (b), ya lo ha sido.

El proceso es fácil e inmediato.

Davidson apela tan sólo al análisis de las palabras que utiliza el propio relativista al formular las definiciones. Así, dado que (c) define al esquema conceptual como un modo de organizar la experiencia, el universo, el mundo o la naturaleza, el problema radica en analizar el significado de ‘organizar.’

¹⁹⁷ Manuel Hernández Iglesias ha criticado este principio. Considera que emplearlo para minar las bases del relativismo conceptual es como “matar moscas a cañonazos.” Su argumento es simple. Sostiene que de seguir a Davidson seríamos forzados a afirmar que el idiolecto correspondiente a cada fase del aprendizaje de una lengua es traducible a los idiolectos correspondientes a las fases previas, tesis que va en contra de la experiencia, pues de ser cierta toda la física debería ser traducible al idiolecto del niño pequeño y el lenguaje sería así inaprendible. Por su lado, Davidson responde a estas críticas apelando a su holismo semántico, según el cual los lenguajes son sistemas interdependientes en donde el significado de las palabras lo determina su contribución al significado de las oraciones. Lo que estaría en cuestión no es la traducción del dialecto adulto al infantil como condición de lingüisticidad, pues, de hecho, es imposible, sino más bien la aprehensión de las reglas semánticas recursivas para la formación de oraciones con sentido. Ésa es la relación que hace uno a todo el sistema compuesto por el lenguaje y sus dialectos. Cf. Manuel Hernández Iglesias, *El tercer dogma*, Madrid, A. Machado Libros, 2003, pp. 89ss.; Manuel Hernández Iglesias, “Esquemas y rudimentos” en *Ideas y Valores*, N° 125, Santa Fe de Bogotá, agosto de 2004, pp. 39-52; Manuel Hernández Iglesias, “Verdad y traducción en Davidson” en Carlos E. Caorsi (ed.) *Ensayos sobre Davidson*, Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria, 1999, pp. 295-316; Donald Davidson, “Reply to Manuel Hernández Iglesias” en Caorsi, pp. 340-342.

Ahora bien, si, como el relativista *à la* Kuhn sugiere, el esquema conceptual *organiza* el mundo o la experiencia, esto presupone que el mundo o la experiencia consten de particulares dados de antemano al proceso de *organizar*, pues no cabe pensar que se *organice* un ente singular. Si esto es así, el relativista, yendo contra (TR), y sus pretensiones epistemológicas de inconmensurabilidad, admite que existen principios de individuación anteriores a toda experiencia, así como un trasfondo ontológico dado y previo a la ontología producto de tal o cual esquema conceptual, y que, por ello, sin “contaminación” categorial que medie, sería lo común entre diferentes esquemas, y el éxito en la traducción una cosa posible. “Un lenguaje que organiza *tales* entidades debe ser un lenguaje muy parecido al nuestro”¹⁹⁸, señala Davidson con ironía.

La paradoja aparece otra vez, si (c) es verdadero, (TR) es falso, y si (TR) es verdadero, (c) es falso. Por tanto, (c) es incompatible con (TR). Lo que, sumado a las argumentaciones de los párrafos precedentes, equivale a afirmar que el relativismo es incompatible con sus propias definiciones, (a), (b) y (c), del concepto de esquema conceptual, precisamente aquel que lo caracteriza y otorga sentido.

2. Dualismo esquema-contenido

Cuando Kuhn dice que Aristóteles vivía en un mundo diferente al de Galileo y que, en general, los científicos que trabajan bajo cánones de paradigmas diferentes, trabajan en mundos que también son diferentes, debe entenderse que su hablar es, en buena cuenta, metafórico¹⁹⁹. Davidson nos sugiere interpretarlo como si sostuviese que distintos observadores del mismo mundo se aproximan a él con sistemas inconmensurables de conceptos. En la filosofía de Kuhn, un único mundo sería contemplado desde distintos

¹⁹⁸ Cf. *Op. Cit.*, p. 192.

¹⁹⁹ Cf. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, p. 176ss.

puntos de vista²⁰⁰. Esta metáfora sugiere un dualismo entre esquema total (lenguaje) y contenido no interpretado (mundo). Precisamente, el dualismo esquema-contenido.

El cambio de paradigma o esquema conceptual es resultado del proceso “revolucionario” en virtud del cual los hablantes de un lenguaje llegan a aceptar como verdaderas una importante gama de oraciones que antes consideraban falsas. Obviamente, en el caso de una oración *o* cualquiera, su significado ha sufrido un cambio porque ahora pertenece a un nuevo lenguaje. Pero no se justifica llamar a tales cambios “revoluciones” en el paradigma o esquema conceptual. Es una cuestión *inocua* de cambio de significado, ya que a pesar de ser la misma oración *o* la que se afirma por verdadera tras una “revolución,” no tiene el mismo significado que el que cuando se negaba por falsa, dado que, al haberse alterado el esquema conceptual o paradigma, ahora pertenece a un nuevo lenguaje. Es simple y conocido desde antiguo: *la verdad de una oración es relativa al lenguaje al que pertenece*. “En lugar de vivir en mundos distintos, los científicos [hipotéticos] de Kuhn, como aquellos que necesitan un diccionario, viven en palabras distintas”²⁰¹, dice Davidson no exento de ironía una vez más.

A pesar de las muchas, efusivas y populares proclamas de los historiadores de la ciencia y otros personajes influidos por la terminología kuhniana, las falsedades no pueden convertirse en verdades, ni viceversa, éstas en aquéllas, y afirmar lo contrario es incurrir en un error lógico y categorial. Pues si ha de llamarse “verdades” o “falsedades” a tales o cuales cosas, éstas son las proposiciones, los vehículos de verdad en sentido primario²⁰². Si la oración *o* es calificada de falsa en el tiempo t_1 , antes de la “revolución,” y de verdadera en el tiempo t_2 , luego de la “revolución,” la oración *o* se

²⁰⁰ Cf. *Op. Cit.*, p. 187.

²⁰¹ Cf. *Ibid.*, p. 189.

²⁰² Sobre esta distinción, cf. Óscar Augusto García Zárate, “Consideraciones previas a una teoría de la verdad” en *Letras*, Año 75, N° 107-108, 2004; pp.97-115.

refiere a una proposición falsa p_1 en t_1 y otra verdadera y diferente p_2 en t_2 . No es que o misma haya pasado de falsedad a verdad, sino que tan sólo ha *cambiado* de designación.

Propugnar el dualismo esquema-contenido hoy en día, en la actual coyuntura del desarrollo filosófico, no es gratuito o antojadizo. Pues, aunque implícito en el empirismo tradicional, su defensa depende epistemológicamente de la crítica quineana de la analiticidad y el reduccionismo. El rechazo de la distinción entre oraciones analíticas, verdaderas o falsas únicamente por su significado, y oraciones sintéticas, verdaderas o falsas por su significado y contenido empírico, anula el concepto de significado, mas no, así, el de contenido empírico. Se podría, en este sentido, mantener sin ninguna inconsistencia argumentativa con la crítica de la analiticidad que *todas* las oraciones tienen contenido empírico, y que éste se refiere a los hechos, el mundo, la experiencia o los datos de la sensación. El esquema que filtra, organiza o da forma este contenido estaría constituido por el lenguaje.

De este modo, del rechazo a la distinción dualista entre lo analítico y lo sintético pasamos a la defensa del dualismo esquema conceptual y contenido empírico. El empirismo resultante, el de Willard van Orman Quine y sus epígonos, libre, si bien es cierto, de los dogmas de la analiticidad y el reduccionismo, y de la consiguiente idea de que el contenido empírico es asignado oración por oración, se encuentra, no obstante su iconoclasia, y, acaso por la radicalidad de su holismo, presa de la noción de contenido empírico y de un esquema conceptual organizador, y, por lo mismo, presa de un dogma: el tercer dogma del empirismo.

Davidson, siguiendo el modelo dialéctico de la crítica quineana de la analiticidad, no refuta directamente el tercer dogma, sino que opta por declararlo

ininteligible e inviables a sus defensas. Rechazada esta creencia, “no está claro que quede nada reconccible a lo que podamos llamar empirismo”²⁰³.

Sabemos, por (TR), que la imposibilidad de la traducción es condición necesaria para diferenciar un esquema conceptual de otro. Tal imposibilidad se haría notoria por el hecho de que los usuarios de diferentes esquemas tengan una relación compartida con la experiencia, porque entre ellos exista algo neutral y común que se encuentre al margen de sus paradigmas, y que, por tanto, no es sustrato (*subject matter*) de los lenguajes, ya que, si lo fuera, la traducción, en contra de (TR), sería posible. Este *contenido* neutral a la espera de ser organizado por el esquema lo suministra la naturaleza. Davidson recuerda, a este propósito, a Feyerabend, paladín del relativismo contemporáneo. Este filósofo sugiere que es factible comparar distintos esquemas “eligiendo un punto de vista exterior al sistema o al lenguaje [si]... existe la experiencia humana como un proceso real”²⁰⁴. La idea resultante es que algo es un lenguaje y está asociado con determinado esquema conceptual si mantiene una relación (predecir, organizar, afrontar o encajar) con la experiencia (la naturaleza, la realidad, los estímulos sensoriales). El problema, a juicio de Davidson, estriba en dar cuenta de la relación en juego, así como en aclarar qué son exactamente las entidades relacionadas. Como es de esperar, en el intento de dar sentido a la relación y las entidades relacionadas el dualismo dogmático se desvanece.

La relación puede ser de (1) organización, sistematización o división, o de (2) adecuación, predicción, explicación o enfrentamiento. Las entidades relacionadas por (1) o (2) pueden ser (3) la realidad, el universo, el mundo o la naturaleza, o bien (4) la experiencia, el devenir, las irritaciones de la epidermis, los estímulos sensibles, los datos de los sentidos o lo dado.

²⁰³ *Op. Cit.*, p. 189.

²⁰⁴ P. K. Feyerabend, “Problems of Empiricism,” p. 214. Citado por *Ibid.*, p. 191.

(1), sea aplicable a (3) o (4), ya ha sido desvirtuada en la sección anterior, cuando se hizo el análisis de la definición (c) de esquema conceptual observándose que ‘organizar’ hace referencia a un proceso efectuado respecto de una multiplicidad de objetos, diferenciados uno del otro antes de que tome lugar el proceso mismo de organización, cosa que no es compatible con la tesis del relativismo que supone a la ontología como producto de la acción del esquema conceptual sobre ese algo neutral externo a la espera de ser organizado.

En lo que respecta a (2), el usuario de tal o cual esquema conceptual, a diferencia de (1), no aparece con las manos vacías dispuesto a organizar (3) o (4), sino que, provisto de oraciones completas, las confronta con (4). Las oraciones predicen, afrontan y se adecuan a (4) y se cree que (4) proporciona toda la *evidencia* para que éstas, y las teorías que componen al reunirse, se corroboren, y sean, así, consideradas verdaderas. “Si una teoría cuantifica sobre objetos físicos, números o conjuntos, lo que diga sobre esas entidades es verdadero siempre que se adecue a la evidencia sensible”²⁰⁵. Bajo esta asunción, es razonable que Quine tenga al universo ontológico de una teoría por conjunto de meros postulados (*posits*), sean partículas subatómicas, elefantes o los dioses olímpicos de Homero, pues algo es un postulado si puede contrastarse con algo que no lo sea, en este caso, con (4), la insoslayable evidencia.

Sin embargo, el caso es que, al igual que la noción de adecuación a hechos particulares, la noción de adecuación a la totalidad de la experiencia no hace más inteligible el concepto de verdad. El holismo en cuestiones aléticas de empatar el esquema con lo externo no supera al atomismo. Hablar de la totalidad de la experiencia, y no de tal o cual hecho como prefería el empirismo tradicional, el de Locke y Carnap, no añade, estructuralmente hablando, una nueva entidad al universo a la cual,

²⁰⁵ *Ibid.*, p. 193.

poniéndose a prueba, afronten los esquemas conceptuales. Y, aun cuando lo haga, para Davidson “ninguna *cosa* hace oraciones o teorías verdaderas; ni la experiencia, ni las irritaciones de la epidermis, ni el mundo pueden hacer una oración verdadera”²⁰⁶. Pues, por ejemplo, la oración ‘Mi piel está caliente’ es verdadera si y sólo si mi piel está caliente, y aquí no se hace referencia a ningún hecho, al mundo, la experiencia o una evidencia de cualquier tipo, sino a una simple y llana proposición.

El intento de caracterizar (2) con respecto de (4) termina en la idea de que algo es un esquema conceptual (o una teoría aceptable) si es verdadero. O, mejor aun, a sugerencia de Davidson, en su mayor parte verdadero, pues, de lo contrario, no habría diferencias de opinión entre quienes comparten un esquema. Y el criterio para reconocer a un esquema conceptual como diferente al nuestro es el de que sea verdadero en su mayor parte, aunque, siguiendo a (TR), no resulte traducible. Pero nada constituye una base para comparar esquemas conceptuales, ni siquiera para identificarlos como diferentes, pues esto también implica el establecimiento de una comparación. Sería contraproducente apelar a tal base, concebida como algo compartido por esquemas conceptuales inconmensurables. (TR) veda esta apelación, y, así, somos forzados a abandonar el intento de dar sentido a la metáfora de un espacio único con una materia neutral, sea (3) o (4). Por consiguiente, la idea de (4) cae con respecto de (2) a causa de (TR), y, así, el tercer dogma del empirismo, y su noción de contenido, se desploman.

No se piense que, por despotricar del concepto de una realidad no interpretada, Davidson renuncia a la posibilidad de una verdad objetiva. Rechazar el dualismo esquema-contenido va en contra del concebir la verdad como relativa a un esquema, es decir, niega el relativismo. “Por supuesto, la verdad de las oraciones sigue siendo relativa al lenguaje, pero esto es todo lo objetivo que se puede ser”²⁰⁷.

²⁰⁶ *Ibid.*, p. 194.

²⁰⁷ *Ibid.*, p. 198.

El argumento de Davidson contra la posibilidad de hacer inteligible la idea de esquemas conceptuales que difieran del todo es, de alguna manera, consecuencia de su teoría de la interpretación radical. Según ésta, el grado de diferencia entre oraciones de dos o más partes sólo sería comprensible en función del grado de creencias compartidas. Pues, tal como se plantea, la diferencia entre esquemas conceptuales se da cuando *organizamos* una misma evidencia de manera diferente que otros; siendo esto, acaso, una diferencia de *opinión*, más que de esquemas. Y si la interpretación radical, junto con el principio de caridad, nos enseña que no estamos en posición de afirmar que otros tienen *creencias* radicalmente distintas de las nuestras, lo mismo sucede, en este caso, con los *conceptos*. En resumen, no hay justificación racional para sostener la existencia de esquemas conceptuales inconmensurables. Ello, por supuesto, no implica afirmar que la humanidad ha compartido, comparte y compartirá un mismo esquema, ya que tan imposible como dar sentido a la idea de esquemas conceptuales por completo diferentes, lo es el dar sentido a la idea de que todos son uno. El pensador sin dogmas está compelido a desasirse de la creencia gratuita entre un esquema, por un lado, y una realidad no interpretada, en el otro extremo²⁰⁸.

3. Contenido

Aun cuando haya abandonado por ininteligible el dualismo analítico-sintético, y, junto con él, su concepción de significado, el presunto empirista sin dogmas conserva, no obstante, la idea de contenido empírico en la que se fundaba la distinción entre enunciados sintéticos, verdaderos o falsos en virtud de su significado y su *contenido*, y enunciados analíticos, verdaderos o falsos tan sólo a causa de su significado. Así, el relativismo conceptual puede concluir que hablantes de diferentes lenguajes, aunque

²⁰⁸ Cf. *Ibid.*, p. 197s.

tengan aparatos sensibles similares por pertenecer a la misma especie animal, en este caso, la humana, no *organizan* de la misma manera la evidencia física que recogen. Esta tesis revela de inmediato un dualismo entre un sistema que organiza y algo esperando ser organizado. Este dualismo es el tercer dogma del empirismo, uno del que adolece fatalmente el propio Quine cuando sostiene que *descomponemos* la realidad en objetos identificables y discriminables²⁰⁹.

Aquí, el esquema es el lenguaje, con su construcción ontológica y teoría del mundo; y el contenido no interpretado, el patrón de disparo (*triggering*) neuronal. Examinadas las nociones de esquema y dualismo en las dos secciones previas, es preciso terminar este capítulo ofreciendo el análisis de la noción de contenido presente en los escritos de Davidson tendientes a acabar con toda forma de empirismo, pues éste conlleva, quiérase o no, propugnar tesis relativistas y escépticas ininteligibles de por sí, tal como se ha mostrado.

Para Davidson, no cabe duda de que el conocimiento que el animal humano asegura tener del mundo depende de manera directa o indirecta de secuencias elaboradas y contingentes que “se originan en eventos como la corrida de un conejo, o un espasmo en el estómago, progresan a través del sistema nervioso y terminan en creencias”²¹⁰. A su juicio, el problema consiste en determinar cuál es el rol epistemológico que desempeña la evidencia y el contenido de las oraciones observacionales, así como en ubicar qué punto de la cadena de causas y efectos nos encontramos con los eslabones que dan a nuestras creencias sus sentidos particulares y a nuestras palabras sus significados²¹¹. Se trata, pues, del mismo proyecto, que el

²⁰⁹ Cf. Quine, “Hablando de objetos,” p. 13.

²¹⁰ Donald Davidson, “Meaning, Truth and Evidence” en Robert B. Barret y Roger F. Gibson (eds.) *Perspectives on Quine*, Oxford, Basil Blackwell, 1990, pp. 68-79; p. 69.

²¹¹ Cf. Donald Davidson, “Reply to W. V. Quine” en L. E. Hahn, pp. 80-86; p. 83. En este artículo, Davidson atribuye la búsqueda de la ubicación del estímulo a los psicólogos, sin embargo, en el citado en

delineado por Quine en su “Naturalización de la epistemología”²¹². La respuesta, sin embargo, es diferente, de tipo distal y no proximal.

Pues Davidson sostiene que la dependencia de significado y creencia respecto de patrones de estimulación sugerida por Quine es una idea que debe ser rechazada como respuesta a nuestro problema. Ésta no sería otra cosa que un peligroso remanente dogmático del empirismo, afirmando que la evidencia última de los pensamientos se halla en los sentidos en tanto mediadores entre el pensar y el mundo. Quine ha reafirmado la vigencia del tercer dogma como sostén del empirismo *qua* teoría de la evidencia²¹³. Sus principios irrefutables serían²¹⁴,

(PE1) La evidencia, cualquiera que ésta sea, que *hay* para la ciencia, es evidencia sensorial, es decir, estimulación de receptores sensoriales.

(PE2) Toda inculcación de significados de palabras ha de descansar, en última instancia, en la evidencia sensible.

Davidson piensa que no hay concepto de evidencia última como los insinuados en (PE1) y (PE2). Quine, por su lado, insiste en sostener que el lenguaje es aprendido mediante ostensión. El aprendizaje requeriría observacionalidad. Pero la evidencia no se refiere, por ejemplo, a la visión de algo rojo (la sensación experimentada) o al evento de ver que algo es rojo (tener una actitud proposicional), sino a las oraciones observacionales como ‘Esto es rojo’ y ‘Hay un conejo.’ Según Quine, las oraciones observacionales, al vincularse directamente con los estímulos del sujeto y permanecer libres de teoría, están en el “límite observacional” del lenguaje, y, por ello, más cercanas al mundo que cualquier cosa que pueda tomarse como evidencia. Para conocer cuál es exactamente la conexión entre estimulación sensorial, significado y evidencia se

la nota anterior la afirma como tarea de la teoría del significado y la evidencia. Mantengo ambas tareas en esta interpretación por ser complementarias y no estar en contraposición.

²¹² Cf. *supra*, p. 70ss

²¹³ Cf. Quine, “Sobre la idea misma de un tercer dogma,” p. 54s.

²¹⁴ Cf. Quine, “Relatividad ontológica,” p. 100.

necesita, no obstante, una descripción de *cómo* las estimulaciones sensoriales determinar el significado (contenido) de las oraciones observacionales. La pregunta por la evidencia se convierte en la pregunta por la relación entre las estimulaciones sensoriales y el significado de las oraciones observacionales a las cuales las estimulaciones incitan asentimiento y disentimiento.

El problema entre Quine y Davidson radica en la ubicación del estímulo sensorial y en cuál es el rol epistemológico que desempeña; como se ha dicho, en determinar el contenido de las oraciones observacionales y saber en qué punto de la cadena de causas y efectos, que va desde el exterior a las diferentes partes del sistema nervioso central, nos encontramos con los eslabones que dan a nuestras creencias sus sentidos particulares y a nuestras palabras sus significados. Pues mientras que Quine lo ubica en los receptores sensoriales, como indica (PE1), Davidson lo hace en los objetos y eventos acerca de los cuales son las oraciones observacionales. El primero ata significando y evidencia al estímulo proximal, y éste al distal²¹⁵.

El significado de una oración observacional es su significado estimulativo (*stimulus meaning*). Según Quine, el significado estimulativo de una oración *o* para un hablante es el par ordenado consistente en el conjunto de patrones de estimulación (i. e., receptores sensoriales activados) que incitarían el asentimiento de *o*, y el conjunto de estimulaciones que incitarían su disentimiento²¹⁶. Dos oraciones observacionales tienen el mismo significado para un hablante si los patrones de estimulación que causan el asentimiento (o disentimiento) de una oración causan el asentimiento (o disentimiento) de la otra. Si quiere entenderse en algún sentido la sinonimia en el corpus quineano, sólo se la entiende como similitud de significado estimulativo. Esta definición no origina problemas a nivel personal, es decir, en la esfera del propio sujeto comparando

²¹⁵ Cf. Davidson, "Meaning, Truth and Evidence," p. 73.

²¹⁶ Cf. Quine, *Word and Object*, p. 32s.

dos oraciones observacionales que tendrían el mismo significado estimulativo. El problema de la sinonimia reside, más bien, en el hecho de si este criterio es aplicable a nivel interpersonal aludiendo a las mismas oraciones o a diferentes con patrones estimulativos presentemente similares. Dándose cuenta de este fenómeno, se da cuenta de la posibilidad de la comunicación.

La teoría proximal afirma que las oraciones observacionales tienen el mismo significado si tienen el mismo significado estimulativo, es decir, si los mismos patrones de estimulación promueven su asentimiento (o disentimiento). La teoría distal, por su lado, sostiene que dos oraciones comparten significado cuando eventos y objetos idénticos causan su asentimiento (o disentimiento). En efecto, la metodología davidsoniana de la interpretación radical nos compele a que, en tanto intérpretes, correlacionemos respuestas verbales de un hablante con cambios en el medio circundante, e infiramos una relación causal, traduciendo estas respuestas a una oración cuya asentimiento (o disentimiento) sea consecuencia de los mismos cambios en el circundante²¹⁷.

Davidson rechaza la teoría proximal porque da pie a que oraciones con diferente valor de verdad se interpreten como estimulativamente sinónimas. En este sentido, sugiere el siguiente ejemplo. Cuando un jabalí berrugoso trota, el sujeto *s* tiene los patrones de estímulo que el sujeto *x* cuando hay un conejo a la vista. La holofrasis a la que *s* asiente a causa del jabalí berrugoso es '¡Gavagai!'. Guiado por el significado estimulativo, *x* traduce el 'Gavagai' de *s* por su 'He ahí un conejo' aunque sólo vea un jabalí berrugoso²¹⁸. La teoría proximal insta, pues, a traducir una oración verdadera por una oración falsa. Es obvio: *la equivalencia empírica no implica compatibilidad lógica*. Se trata de una disfunción sensorial perfectamente posible; ejemplos semejantes podrían

²¹⁷ Cf. *Op. Cit.*, p. 74.

²¹⁸ Cf. *Ibid.*, p. 75.

aducirse en el caso de la sordera o de animales racionales con diferentes órganos sensoriales que los humanos. De allí que “las conexiones causales entre las situaciones externas y las estimulaciones no son, si nos adherimos a la teoría proximal, ninguna garantía de que tengamos una visión aproximadamente correcta de un mundo público”²¹⁹. Es más, la explicación proximal llevaría al escepticismo, pues, al igual que éste, supone que el conocimiento empírico requiere una brecha epistemológica entre el mundo tal cual lo concebimos y nuestra concepción de él, brecha en cuyo tránsito corremos el riesgo de ser engañados y terminar sumidos en un error global ineludible.

Como teorías del significado, la teoría proximal hace primaria a la evidencia, y la teoría distal, a la verdad. Quine ata significado y evidencia mediante el rol desempeñado por las estimulaciones sensoriales en la definición del significado estimulativo. Para él, “todo lo que importa para el significado (o los contenidos de los pensamientos) ocurre dentro de la piel del hablante, y así esto es todo en lo que el intérprete necesita estar interesado”²²⁰. Davidson, por el contrario, ata el significado a las condiciones externas que hacen a las oraciones intersubjetivamente verdaderas o falsas, pues piensa que basar el significado en la superficie del sujeto lleva necesariamente a relativizar la verdad a los individuos y al escepticismo hiperbólico cartesiano. A su juicio, debe entenderse el rol causal de los sentidos en un sentido más pálido y menos influyente, ya que los estímulos compartidos entre hablantes son distales. Este rol requeriría que el intérprete correlacione sus propias respuestas y las del hablante por referencia a las causas mutuamente compartidas en el mundo respecto del cual platican. (PE1) y (PE2) deberían, pues, reinterpretarse si el empirismo ha de sobrevivir de alguna manera, aunque ésta sea sólo nominal. El empirismo resultante no viene a ser más que el reclamo pálido de que los órganos de los sentidos son

²¹⁹ *Loc. Cit.*

²²⁰ *Ibid.*, p. 78

causalmente esenciales al conocimiento empírico. Tal tesis no diferencia al empirista de quien tenga otra postura, y, por tanto, el concepto mismo de empirismo es prescindible²²¹.

Es cierto que en una publicación salida a la luz en 1999, un año antes de su muerte, Quine reformula su término de arte ‘significado estimulativo’ (*stimulus meaning*) y pide entenderlo tan sólo como disparo (*triggering*) de las terminaciones nerviosas. En este sentido, “el disparo es proximal y la situación u objeto externos son distales”²²². Considerando esto, sus oraciones observacionales siempre habrían sido sobre el mundo externo distal. “Al igual que Davidson, siempre he representado al traductor como si coordinara su discurso con el del nativo considerando la presunta referencia distal y no las terminaciones nerviosas”²²³. No obstante, Quine insiste en conceder un rol epistemológico prioritario a la activación proximal de los receptores como la evidencia mayor que el sujeto tiene del mundo y, por ende, como la base evidencial que justifica las oraciones observacionales. Es decir, aquí no hay cambio epistemológico sustantivo. Pues, en su supuesto intento de encontrar un punto medio entre el empirismo tradicional, con su visión del lenguaje observacional libre de toda carga teórica, y la “antiepistemología” de Kuhn, Feyerabend y Hanson, con su visión del lenguaje observacional cargado de teoría, Quine continúa confinando la evidencia en el sujeto, si, como es manifiesto, los receptores sensoriales que determinan el significado de las oraciones observacionales son privados, y dejan, así, la puerta abierta a tesis relativistas y escépticas²²⁴.

²²¹ Cf. *Ibid.*, p. 76s.

²²² W. V. Quine, “Where Do We Disagree?” en L. E. Hahn, pp. 73-79; p. 74. (Este artículo fue escrito originalmente en 1993.)

²²³ *Loc. Cit.*

²²⁴ Cf. W. V. Quine, “In Praise of Observation Sentences” en *The Journal of Philosophy*, Vol. XC, Nº 3, marzo de 1993; pp. 107-116.

Según Davidson, el contenido de los pensamientos no está en los órganos, como supone Quine, sino en lo externo. Pero esta idea, a pesar de la doctrina exotérica quineana, la habría aprendido del propio Quine y su consabido conductismo: "... la cosa más importante que [Quine] me enseñó fue que no puede haber más contenido comunicativo en las palabras que el transmitido por la conducta verbal"²²⁵.

²²⁵ Davidson, "Rep. y to W. V. Quine," p. 80.

CONCLUSIONES

1. El principio de confirmación de Carnap representa una apertura epistemológica fundamental respecto de la fase verificacionista del Círculo de Viena, y, por tanto, una liberalización del empirismo. Sin embargo, no constituye un cambio radical, pues insiste en la distinción entre oraciones analíticas y sintéticas, así como en la reducción a predicados observables.
2. El rechazo que Quine propone de la analiticidad y el reduccionismo no lo aleja estructuralmente del empirismo lógico en cuestiones de confirmación. La diferencia es, más bien, de matiz, pues la unidad mínima con significado empírico ya no es la oración particular, sino el todo del sistema al cual pertenece. No está claro, sin embargo, cuál es este "todo," si la totalidad de la teoría en la cual se inscribe determinada oración, la totalidad de la ciencia en la cual se inscribe esta teoría, o, acaso, el todo de la ciencia de la cual esta ciencia en particular es parte. Y, por tanto, no es posible especificar un procedimiento para desprender condicionales de observación que han de ser sometidos a experimento.

3. Mediante su argumento a favor de la indeterminación de la traducción, Quine contribuye a obliterar la creencia en las proposiciones como significados interlingüísticos de oraciones pertenecientes a diferentes lenguajes, y así la creencia general de que las proposiciones son los significados de las oraciones. Con esto, sin embargo, es posible sustentar el relativismo conceptual o lingüístico. Ya que la tesis de la inconmensurabilidad propone que la traducción entre lenguajes es imposible; y la tesis de la indeterminación de la traducción, por su lado, que si no hay hecho objetivo del mundo que permita decidir cuál manual de traducción es correcto entre aquellos que, no obstante ser incompatibles en sus propuestas, estén igualmente de acuerdo con la conducta y disposiciones verbales de la comunidad lingüística estudiada. Sostengo, no obstante, que asociar ambas tesis no está justificado, pues, aunque Quine afirme que la traducción sea indeterminada, no cree que resulte imposible. Su punto es que cualquier correlación interlingüística entre palabras, frases y teorías, es una de las varias correlaciones empíricamente admisibles. La comunicación entre hablantes de diferentes lenguajes se caracteriza por cuestiones pragmáticas, tales como el diálogo fluido y la negociación exitosa. Esto no es compatible con la tesis relativista de la inconmensurabilidad, de acuerdo con la cual no es posible la comunicación entre quienes sostienen paradigmas diferentes.

4. El proyecto filosófico de Davidson parte por establecer una caracterización general de la forma que debe tener una teoría del significado para un lenguaje natural, así como de las condiciones que ésta debe satisfacer para ser considerada exitosa. Es sabido que la forma por la que Davidson opta es la de una teoría de la verdad siguiendo los lineamientos de Tarski, y que, no obstante

esto. las condiciones de adecuación que sugiere invierten los términos, al tomar la verdad como noción básica y no a la traducción o a la sinonimia, como, por obvias razones, el propio Tarski prefiere. Pero un problema que también es obvio surge precisamente aquí. En primer lugar, la adecuación material no es suficiente para que una teoría del significado sea exitosa. Pues, si una teoría V es una teoría de la verdad para un lenguaje L si y sólo si, para cada oración o de L , V implica una oración- V de la forma de ' o es verdadera en L si y sólo si p ;' entonces, V es una teoría de la verdad materialmente adecuada si y sólo si las oraciones- V que implica son verdaderas; y esta última condición permitiría aparear cada oración de L con cualquier oración materialmente equivalente sin tomar en cuenta su significado, ya que el resultado de esta operación no carecería de adecuación material, como por ejemplo

(E) "La nieve es blanca" es verdadera en castellano si y sólo si el césped es verde.

Tarski propondría la corrección extensional. En este sentido, una teoría V es materialmente adecuada si, además de serlo extensionalmente, en cada teorema u oración- V que implique, p , el extremo derecho del bicondicional, traduce o , esto es, la oración entrecomillada en el extremo izquierdo del bicondicional. Ésta es la Convención V . Pero si, como Davidson quiere, se trata de dar las condiciones de adecuación para que una teoría del significado de un lenguaje natural sea exitosa, pedir que ésta, en tanto teoría de la verdad, sea materialmente adecuada y extensionalmente correcta es insostenible. Ya que se solicita que p deba traducir o , y la noción de traducción en este contexto necesita ser explicada tanto como la de significado. Davidson lo ha visto. Por ello, tomanc a la verdad como noción básica, y no como noción a explicar, busca

una caracterización de 'teoría del significado adecuada para L ' que prescindiera de nociones como las de traducción, sinonimia y significado en una adscripción directa, llegando a sugerir que el éxito para una teoría del significado de un lenguaje L se defina de modo tal que su adecuación pueda ser suscrita por alguien que se encuentre en la situación epistémica de un hipotético intérprete radical. Los problemas, sin embargo, continúan. Pues si se exige que la teoría del significado rinda oraciones- V verdaderas, y la verdad de estas oraciones depende de la equivalencia extensional entre o y p , no está claro cómo esta teoría pueda dar cuenta de una relación semántica como la de significado.

5. La teoría de la interpretación radical sugiere que, al ser el error de un sujeto comprensible tan sólo sobre la base de creencias que comparta con quien lo acuse de errado, si se *atribuye* un error global a la visión interpretada estamos refutando las pretensiones de validez de nuestro propio acto interpretativo. Sin un suelo proposicional común creado a partir del principio de caridad no hay lugar para la interpretación ni, mucho menos, para la disputa, y, por ello, la posibilidad de *atribuir* error total a otro es lógicamente nula.

6. El rechazo de la distinción entre oraciones analíticas, verdaderas o falsas únicamente por su significado, y oraciones sintéticas, verdaderas o falsas por su significado y contenido empírico, anula el concepto de significado, pero no el de contenido empírico. Se podría, en este sentido, mantener que *todas* las oraciones tienen contenido empírico, y que éste se refiere a los hechos, el mundo, la experiencia o los datos de la sensación. El esquema que filtra, organiza o da forma este contenido estaría constituido por el lenguaje. De este modo, del

rechazo quineano a la distinción dualista entre lo analítico y lo sintético pasamos a la defensa del tercer dogma del empirismo: el dualismo esquema conceptual y contenido empírico.

7. La metáfora de los distintos puntos de vista o diferentes perspectivas encierra una paradoja que mina sus ambiciones relativistas. Pues, de ser verdadera, supondría un sistema compartido de coordenadas que los identifique en tanto puntos de vista distintos de un objeto, y ello implica que, al ser parte de un mismo sistema, los puntos de vista sean comparables entre sí, cosa que niega de entrada la tesis relativista de la inconmensurabilidad. Además, si, como el relativista sugiere, el esquema conceptual *organiza* el mundo o la experiencia, esto presupone que el mundo o la experiencia consten de particulares dados de antemano al proceso de organizar, pues no cabe pensar que se organice un ente singular. Si esto es así, el relativista admite la existencia de una ontología previa a la ontología producto de tal o cual esquema conceptual, y que, por ello, sería lo común entre diferentes esquemas, y, de allí, el éxito en la traducción una cosa posible. Vemos, pues, que el relativista se autorefuta.

8. El cambio de paradigma o esquema conceptual es resultado del proceso “revolucionario” en virtud del cual los hablantes de un lenguaje llegan a aceptar como verdaderas una importante gama de oraciones que antes consideraban falsas. Obviamente, en el caso de una oración *o* cualquiera, su significado ha sufrido un cambio porque ahora pertenece a un nuevo lenguaje. Pero no se justifica llamar a tales cambios “revoluciones” en el paradigma o esquema conceptual. Es una cuestión *inocua* de cambio de significado, ya que a pesar de

ser la misma oración o la que se afirma por verdadera tras una “revolución,” no tiene el mismo significado que el que cuando se negaba por falsa, dado que, al haberse alterado el esquema conceptual o paradigma, ahora pertenece a un nuevo lenguaje. Para Davidson, se trata de algo simple: *la verdad de una oración es relativa al lenguaje al que pertenece.*

9. El argumento de Davidson contra la posibilidad de hacer inteligible la idea de esquemas conceptuales que difieran del todo es consecuencia de su teoría de la interpretación radical. Pues, tal como se plantea, la diferencia entre esquemas conceptuales se da cuando *organizamos* una misma evidencia de manera diferente que otros; siendo esto, acaso, una diferencia de *opinión*, más que de esquemas. Y si la interpretación radical, junto con el principio de caridad, nos enseña que no estamos en posición de afirmar que otros tienen *creencias* radicalmente distintas de las nuestras, lo mismo sucede, en este caso, con los *conceptos*.

10. Criticado el dualismo esquema-contenido como tercer dogma del empirismo, el abandono de la doctrina empirista es inminente. Pero Quine, a pesar de tener como válida en ciertos aspectos la crítica de Davidson, se resiste a abandonar el empirismo, considerándolo como imprescindible teoría de la evidencia. Afirma que las oraciones observacionales tienen el mismo significado si tienen el mismo significado estimulativo, es decir, si los mismos patrones de estimulación promueven su asentimiento (o disentimiento). Pero, dado que los receptores sensoriales son privativos al sujeto, la evidencia estaría circunscrita a su esfera personal e inaccesible. Y esto da pie al escepticismo y el relativismo. Los cuales,

como se ha indicado, carecen de sentido. Así, pues, esta resistencia a abandonar el empirismo no es efectiva.

BIBLIOGRAFÍA

- Ayer, A. J. "El círculo de Viena." En: G. Ryle. *La revolución en filosofía*. Madrid, Revista de Occidente, 1958; pp. 87-106.
- (comp.). *El positivismo lógico*, Madrid, F. C. E., 1978
- *La filosofía del siglo XX*. Barcelona, Crítica, 1983.
- *Lenguaje, verdad y lógica*. Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1971.
- Caorsi, C. E. (ed.). *Ensayos sobre Davidson*. Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria, 1999.
- Carnap, R. "Intellectual Autobiography." En: Schilpp, *The Philosophy of Rudolf Carnap*, pp. 1-84.
- *La construcción lógica del mundo*. México D. F., UNAM, 1988.
- "La superación metafísica mediante el análisis lógico del lenguaje." En: Ayer (comp.), *El positivismo lógico*, pp.66-87.
- "Testability and Meaning." En: H. Feigl y M. Brodbeck (eds.). *Readings in the Philosophy of Science*. Nueva York, Appleton-Century-Crofts, 1953; pp. 47-92.
- Chakrabarti, K. K. *Definition and Induction: A Historical and Comparative Study*. Honolulu, University of Hawaii Press, 1995.
- Davidson, D. "A Coherence Theory of Truth and Knowledge." En su *Subjective, Intersubjective, Objective*. Nueva York, Oxford University Press, 2001; pp. 137-157.
- "Belief and the Basis of Meaning." En sus *Inquiries into Truth and Interpretation*, 2da ed., Nueva York, Oxford University Press, 2001; pp. 141-154.
- "Causal Relations." En sus *Essays on Actions and Events*, 2da ed. Nueva

- York, Oxford University Press, 2001; pp. 149-162.
- P. Suppes y S. Siegel. *Decision Making: An Experimental Approach*. Stanford, Stanford University Press, 1957.
- "Eternal vs. Ephemeral Events." En sus *Essays on Actions and Events*, 2da ed., pp. 189-203.
- "Events as Particulars." En sus *Essays on Actions and Events*, 2da ed., pp. 181-188.
- "In Defence of Convention T." En sus *Inquiries into Truth and Interpretation*, 2da ed., pp. 65-75.
- "Meaning, Truth and Evidence." En R. B. Barret y R. F. Gibson (eds.). *Perspectives on Quine*. Oxford, Basil Blackwell, 1990; pp. 68-79.
- "Moods and Performances." En sus *Inquiries into Truth and Interpretation*, 2da ed., pp. 109-121.
- "On the Very Idea of a Conceptual Scheme" en sus *Inquiries into Truth and Interpretation*, 2da ed., pp. 183-198.
- "On Saying That." En sus *Inquiries into Truth and Interpretation*, 2da ed., pp. 93-108.
- "Quotation." En sus *Inquiries into Truth and Interpretation*, 2da ed., p. 79-92.
- "Radical Interpretation." En sus *Inquiries into Truth and Interpretation*, 2da ed., pp. 125-139.
- "Radical Interpretation Interpreted." En J. E. Tomberlin (ed.) *Philosophical Perspectives: Logic and Language*, Vol. 8. Atascadero, Ridgeview, 1994; pp. 121-128.
- "Reply to Manuel Hernández Iglesias" en Caorsi (ed.), *Ensayos sobre Davidson*, pp. 340-342.
- "Reply to Quine on Events." En: Ernest LePore (ed.) *Actions and Events: Perspectives on the Philosophy of Donald Davidson*. Oxford, Blackwell, 1985; pp. 172-176.
- "Reply to W. V. Quine." En: L. E. Hahn (ed.) *The Philosophy of Donald Davidson*, pp. 80-86.
- "Semantics for Natural Languages" en sus *Inquiries into Truth and Interpretation*, 2da ed., pp. 55-64.
- "The Individuation of Events." En sus *Essays on Actions and Events*, 2da

ed., pp. 163-180.

- "The Inscrutability of Reference." En sus *Inquiries into Truth and Interpretation*, 2da ed., pp. 227-241.
- "The Logical Form of Action Sentences." En sus *Essays on Actions and Events*, 2da ed., pp. 105-122.
- "The Method of Truth in Metaphysics." En sus *Inquiries into Truth and Interpretation*, 2da ed., pp. 199-214.
- "Theories of Meaning and Learnable Languages" en sus *Inquiries into Truth and Interpretation*, 2da ed., pp. 3-15.
- "Thought and Talk." En sus *Inquiries into Truth and Interpretation*, 2da ed., pp. 155-170.
- "Three Varieties of Knowledge." En su *Subjective, Intersubjective, Objective*, pp. 205-220.
- *Truth, Language, and History*. Nueva York, Oxford University Press, 2005.
- "Truth and Meaning." En sus *Inquiries into Truth and Interpretation*, 2da ed., pp. 17-36.
- *Truth and Predication*. Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2005.
- Diels H. y W. Kranz. *Die Fragmente der Vorsokratiker*, Vol. II, 6ta ed. Berlín, Weidmannsche Buchhandlung, 1951.
- Empirico, S. *Esbozos pirrónicos*. Madrid, Gredos, 1993.
- Feigl, H. y A. E. Blumberg. "Logical Positivism: A New Movement in European Philosophy." En: *The Journal of Philosophy*, Vol. 28, N° 11, 21 de mayo de 1931; pp. 281-296.
- Feyerabend, P. K. *Límites de la ciencia: explicación, reducción y empirismo*. Barcelona, Paidós, 1989.
- Fodor, J. y E. LePore. "Is Radical Interpretation Possible?" En : J. E. Tomberlin, (ed.) *Philosophical Perspectives: Logic and Language*, pp. 101-119.
- Frank, P. *Modern Science and Its Philosophy*. Nueva York, George Braziller, 1955.
- Frege, G. "Sobre sentido y referencia." En sus *Estudios sobre semántica*. Trad. de C. Ulises Moulines. Barcelona, Ariel, 1984; pp. 49-84.
- García Suárez, A. "Nuevos problemas y cambios en el criterio empirista de

- significación.” En: *Teorema*, Vol. XVIII, N° 2, 1999; pp. 19-31.
- García Zárate, Ó. A. “Consideraciones previas a una teoría de la verdad.” En: *Letras*, Año 75, N° 107-108, Lima, 2004; pp.97-115.
- Hacking, I. *The Emergence of Probability*. Cambridge, Cambridge University Press, 1995.
- Hahn, L. E (ed.). *The Philosophy of Donald Davidson*, The Library of Living Philosophers, Vol. XXVII. La Salle, Illinois, Open Court, 1999.
- Hempel, C. G. “Problemas y cambios en el criterio empirista de significado”. En: Ayer (comp.), *El positivismo lógico*, pp. 115-136.
- “The Concepts of Cognitive Significance: A Reconsideration.” En: *Proceedings of the American Academy of Arts and Sciences*, Vol. 80, N° 1, 1951; pp. 61-77.
- Hernández Iglesias, M. *El tercer dogma: Interpretación, metáfora e incommensurabilidad*. Madrid, A. Machado Libros, 2003.
- “Esquemas y rudimentos.” En: *Ideas y Valores*, N° 125, Santa Fe de Bogotá, agosto de 2004; pp. 39-52.
- “Verdad y traducción en Davidson.” En: Caorsi (ed.), *Ensayos sobre Davidson*, pp. 295-316.
- Hildebrand, D. v. “Professor Schlick.” En: *Der Christliche Ständestaat*, 28. 6, 19 de julio 1936.
- Hanson, N. R. *Observación y explicación*. Buenos Aires, Paidós, 1979.
- Hume, D. “An Inquiry Concerning Human Understanding.” En: *Hume on Human Nature and The Understanding*. Nueva York, The Crowell-Collier Publishing Company, 1962; pp. 17-163.
- *A Treatise of Human Nature*. Londres, Penguin Books, 1984.
- Kant, I. *Critica de la razón pura*. Trad. de Pedro Ribas. Madrid, Alfaguara, 1994.
- Kraut, R. “The Third Dogma.” En: Ernest LePore (ed.) *Truth and Interpretation: Perspectives on the Philosophy of Donald Davidson*. Oxford, Blackwell, 1986; pp. 398-416.
- Kuhn, T. S. *La estructura de las revoluciones científicas*. México D. F., F. C. E., 1985.
- LePore, E y K. Ludwig. *Donald Davidson: Meaning, Truth, Language and Reality*, Nueva York, Oxford University Press, 2005.
- *Donald Davidson: Truth-Theoretic Semantics*. Oxford, Oxford

University Press, 2005.

Lewis, D. K. "Radical Interpretation." En sus *Philosophical Papers*, Vol. I, Nueva York, Oxford University Press, 1983; pp. 108-121.

Locke, J. *An Essay Concerning Human Understanding*. Oxford, Clarendon Press, 1987.

Mach, E. *The Science of Mechanics: A Critical and Historical Account of Its Development*. Chicago, Open Court Publishing, 1940.

Magee, B. "El positivismo lógico y su legado, diálogo con A. J. Ayer." En su *Los hombre detrás de las ideas*. México D. F., F. C. E., 1993; pp. 123-141.

McDowell, J. *Mind and World*. Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1996.

..... "Scheme-Content Dualism and Empiricism." En: L. E. Hahn (ed.) *The Philosophy of Donald Davidson*, pp. 87-104.

Neurath, O. "Proposiciones protocolares." En: Ayer (comp.), *El positivismo lógico*, pp. 205-214.

....., H. Hahn y R. Carnap. "Wissenschaftliche Weltauffassung: Der Wiener Kreis." En: Rudolf Haller y Heiner Rutte (eds.) *Otto Neurath Gesammelte philosophische und methodologische Schriften*, Vol. 1. Viena, Hölder-Pichler-Tempsky, 1981; pp. 219-317.

Popper, K. R. *La lógica de la investigación científica*. Madrid, Tecnos, 1994

Quine, W. V. "Cinco hitos del empirismo." En su *Teorías y cosas*. México D. F., U. N. A. M., 1986; pp. 87-93.

..... "Ccentenido empírico. En su *Teorías y cosas*, pp. 37-44.

..... "Dos dogmas del empirismo." En su *Desde un punto de vista lógico*. Barcelona, Ariel, 1962; pp. 49-81.

..... *Las raíces de la referencia*. Madrid, Alianza Editorial, 1988.

..... "Naturalización de la epistemología." En su *La relatividad ontológica y otros ensayos*. Madrid, Tecnos, 2002; pp. 93-119.

..... "Hablando de objetos." En su *La relatividad ontológica y otros ensayos*, pp. 13-41.

..... "In Praise of Observation Sentences." En: *The Journal of Philosophy*, Vol. XC, N° 3, marzo de 1993; pp. 107-116.

..... "On What There Is." En: *Review of Metaphysics*, Vol. 2, N° 5, 1948; pp. 21-33.

- *Pursuit of Truth*. Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1990.
- "Relatividad ontológica." En su *La relatividad ontológica y otros ensayos*; pp. 43-91.
- "Sobre la idea misma de un tercer dogma." En su *Teorías y cosas*, pp. 53-58.
- "Where Do We Disagree?": En: L. E. Hahn (ed.) *The Philosophy of Donald Davidson*, pp. 73-79.
- *Word and Object*. Cambridge, Massachusetts, The MIT Press, 1960.
- Rorty, R. *Consecuencias del pragmatismo*. Madrid, Tecnos, 1996.
- *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Madrid, Cátedra, 1983.
- Sapir, E. "The Status of Linguistics as a Science." En: David G. Mandelbaum (ed.). *Selected Writings of Edward Sapir in Language, Culture and Personality*. Berkeley, University of California Press, 1949; pp. 160-168.
- Sauter, J. (Prof. Dr. Austriacus). "Der Fall des Wiener Professors Schlick - eine Mahnung zur Gewissenerforschung." En: *Das Neue Reich*, Viena, XI, 12. 7, 9 de agosto de 1936; pp. 1-2.
- Schilpp, P. A. (ed.) *The Philosophy of Rudolf Carnap*. The Library of Living Philosophers, Vol. XI. La Salle, Illinois, Open Court, 1963.
- Schlick, M. "Die Wende der Philosophie." En: *Erkenntnis*, Vol. I, 1930-1; pp. 4-11.
- "Experience, Cognition, and Metaphysics" en sus *Philosophical Papers*, Vol. 2 (1925-1936). Dordrecht, Reidel, 1979; pp. 99-111.
- "Meaning and Verification" en sus *Philosophical Papers*, Vol. 2 (1925-1936); pp. 456-481.
- "Positivism and realism." En: Ayer (comp.), *El positivismo lógico*, pp. 88-114.
- "Unanswerable Questions?". En: *The Philosopher*, Vol. XIII, 1935-6, pp. 98-104.
- Sellars, W. "Empiricism and the Philosophy of Mind." En: Herbert Feigl y Michael Scriven (eds.). *Minnesota Studies in the Philosophy of Science, Volume I: The Foundations of Science and the Concepts of Psychology and Psychoanalysis*. Minneapolis, Minnesota, University of Minnesota Press, 1956; pp. 253-329.
- Sinclair, R. "What is Radical Interpretation? Davidson, Fodor, and the Naturalization of Philosophy." En: *Inquiry*, Vol. 45, N° 2, 2002; pp. 161-184.

- Soames, S. *Philosophical Analysis in the Twentieth Century*, Vol. 2. Princeton, Princeton University Press, 2003.
- Sokal, A. "Transgredir las fronteras: Hacia una hermenéutica transformadora de la gravedad cuántica." En: Alan Sokal y Jean Bricmont. *Imposturas intelectuales*. Barcelona, Paidós, 1999; pp. 231-274.
- Stroud, B. "Radical Interpretation and Philosophical Scepticism." En L. E. Hahn (ed.) *The Philosophy of Donald Davidson*, pp. 139-161.
- Tarski, A. "The Concept of Truth in Formalized Languages." En su *Logic, Semantics, Metamathematics*. Oxford, Clarendon Press, 1956; pp. 152-278.
- Uebel, T. "On the Austrian Roots of Logical Empiricism." En: P. Parrini, W. C. Salmon y M. H. Salmon (eds.) *Logical Empiricism. Historical and contemporary Perspectives*. Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2003, pp. 67-93.
- Varios. *Novum Testamentum Graece*, 26ta ed. Stuttgart, Deutsche Bibelgesellschaft, 1979.
- Villena, D. "Crítica naturalizada y antirrealista del holismo y la verdad." Ponencia presentada en el I Simposio de Estudiantes de Filosofía. Pontificia Universidad Católica del Perú, 19, 20 y 21 de octubre de 2005. (Inédito)
- "Davidson: alcances y límites." Ponencia presentada en el X Congreso Nacional de Filosofía. Universidad Nacional San Antonio de Abad del Cusco, 7, 8 y 9 de noviembre de 2005. (Inédito)
- "El dualismo esquema-contenido." Ponencia presentada en el Coloquio Interpretaciones de Davidson "Mente, Significado y Verdad." Pontificia Universidad Católica del Perú, 2 y 3 de noviembre de 2006. (Inédito)
- "¿Empirismo sin dogmas?". En: *Solar*, Año 2, N° 2, Lima, agosto de 2006; pp. 51-71.
- "Quine, Davidson y el tercer dogma del empirismo." Ponencia presentada en el I Coloquio Peruano de Filosofía de las Ciencias "Significado, Relativismo e Interpretación: Entre Frege, Quine y Davidson." Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 28, 29 y 30 de noviembre de 2005. (Inédito)
- Waismann, F. *Ludwig Wittgenstein and the Vienna Circle*. Oxford, Blackwell, 2005.
- Whorf, B. L. "Science and Linguistics." En: John Carroll (ed.). *Language, Thought and Reality: Selected Writings of Benjamin Lee Whorf*. Cambridge, Massachusetts, The M.I.T. Press, 1956; 207-219.
- Wilson, N. "Substances without Substrata." En: *Review of Metaphysics*, N° 12, 1959; pp. 521-539.
- Wittgenstein, L. *Tractatus logico-philosophicus*. Madrid, Alianza Editorial, 1973.